

VI

ARTESANADO Y ARTE

Uno de los aspectos de mayor trascendencia de la Cultura Celtibérica es el importante desarrollo que alcanzó la actividad artesanal a lo largo de un período de casi seis centurias (siglo VI-I a.C.), sobre todo en lo que se refiere al trabajo del hierro y el bronce, así como a la producción cerámica. Prueba de esta actividad se halla en las armas, los adornos y los útiles descubiertos en las necrópolis y poblados celtibéricos, en buena medida fabricados en talleres locales.

La siderurgia encuentra su máximo exponente en el armamento y en el utillaje metálico de diverso tipo y funcionalidad, aunque el hierro también fuera utilizado para la realización de ciertos objetos de adorno, como fíbulas y pulseras. El trabajo del bronce, ocasionalmente vinculado con la fabricación de ciertas armas (escudos, cascos y discos-coraza), se centró en la producción de objetos relacionados con la vestimenta y el adorno personal, como fíbulas, broches de cinturón, pectorales, brazaletes, pulseras, pendientes, anillos, cuentas de collar, etc., elementos en los que se emplearon a veces el hierro y la plata, lo que determinará la adopción de formas diferentes. La orfebrería, basada en los objetos de adorno, generalmente de plata, aparecidos formando parte de tesorillos, sólo alcanzó un desarrollo notable en época avanzada.

Una parte importante de estos objetos metálicos —sobre todo armas y adornos— pueden ser considerados como elementos de prestigio, según se deduce de su presencia habitual en los ajuares funerarios, así como por las ricas decoraciones que muchas de estas piezas ostentan. Un claro carácter simbólico puede defenderse para los elementos de banquete y una serie de utensilios, como las tijeras o las hoces, dada su presencia en tales ajuares, a veces en tumbas consideradas «ricas», asociados frecuentemente con armas. Interpretación que puede hacerse extensiva a otros útiles agrícolas presentes ya de forma excepcional en conjuntos funerarios, e incluso a ciertos objetos de *toilette* como las llamadas «pinzas de depilar».

El análisis del artesanado celtibérico puede realizarse desde diferentes planteamientos. Por un lado, globalmente desde una perspectiva diacrónica, de acuerdo con la estructura que ha servido para el estudio del armamento. Esta aproximación resulta factible dado que una buena parte de los objetos analizados proceden de necrópolis, cuya seriación ha sido establecida siguiendo la evolución de la panoplia (*vid.* capítulos V y VII). Este es el caso de los objetos que se vinculan con la vestimenta y el adorno personal o de los elementos de banquete, algunos útiles, los arreos de caballo, etcétera. A ellos habría que añadir la mayor parte de los utensilios relacionados con diversas actividades agrícolas o artesanales, así como el volumen más importante de las piezas de orfebrería, procedentes en su mayoría de hábitats o atesoramientos de finales de la Edad del Hierro.

Otra opción, la que aquí se ha elegido, es tratar individualmente cada categoría de elementos. Tiene la ventaja de permitir su caracterización morfológica —lo que resulta de especial interés al estar en muchos casos ante objetos con una gran variabilidad tipológica— con independencia de los problemas de cronología que a menudo ofrecen, al tratarse en muchos casos de hallazgos descontextualizados, como es el caso de los procedentes de las excavaciones de Cerralbo y Morenas de Tejada, o por haber sido encontrados formando parte de ajuares poco significativos desde el punto de vista cronológico. Otro problema añadido es el de la perduración de ciertos tipos a lo largo de un dilatado espacio de tiempo. No obstante, se ha intentado seguir la evolución de cada tipo, adscribiéndolo siempre que ello ha sido posible a las fases establecidas a partir del estudio del armamento (*vid.* capítulo V), ya que algunos de los elementos analizados, como fíbulas, broches de cinturón o ciertos útiles, están registrados en conjuntos militares relativamente bien fechados.

A continuación se abordará una amplia panorámica del artesanado celtibérico, comenzando por la orfebrería

para continuar con los objetos relacionados con la vestimenta y el adorno (excluyendo las piezas realizadas en metales nobles, analizadas previamente), los útiles de diverso tipo, etcétera. Un análisis independiente merece la cerámica, tanto las producciones vasculares, entre las que destacan las especies a torno conocidas como «cerámicas celtibéricas» o las producciones pintadas numantinas, como otro tipo de manifestaciones, las ya comentadas trompas de guerra, la coroplástica, etcétera. Por lo que se refiere a los recipientes cerámicos, la enorme cantidad de material recuperado y su amplia cronología dificulta su tratamiento pormenorizado, habiéndose optado por ofrecer una panorámica general, remitiendo a los trabajos de síntesis existentes (*vid.*, en cualquier caso, el capítulo VII, donde se ofrece una visión diacrónica de la producción cerámica).

1. ORFEBRERÍA

El desarrollo de la orfebrería constituye un fenómeno eminentemente tardío en el mundo celtibérico. Como excepción, tan sólo cabe hacer referencia a algunas piezas de cronología incierta, anterior en cualquier caso a la de la orfebrería propiamente celtibérica (finales del siglo III-I a.C.), como determinados objetos de oro y plata aparecidos en los túmulos de Pajaroncillo (fig. 82,1) (Almagro-Gorbea 1973: 90 ss.), cuya cronología puede remontarse al siglo VIII a.C., y los dos torques de oro con decoración troquelada de Jaramillo Quemado (Burgos) (Almagro-Gorbea 1995: 494, fig. 1,C), piezas éstas que han sido interpretadas incluso como productos de La Tène (Lenerz-de Wilde 1991: 162, fig. 119,1-2). Junto a ellas, un pendiente o colgante de plata procedente de la tumba 4 de Chera (Cerdeño *et alii* 1981: 45, fig. 6,2), adscrita a la fase más antigua de este cementerio (fase I), y un conjunto de joyas, todas ellas de plata, que forman parte de los ricos ajuares de algunas sepulturas del Alto Duero adscribibles a la fase IIA (*vid.* capítulos V y VII).

El conjunto más variado y numeroso procede de la necrópolis de La Mercadera (fig. 82,2-3) (Taracena 1932; Llorio 1990). Está constituido por veinticinco piezas de plata maciza distribuidas en media docena de tumbas, tres de las cuales (sepulturas 5, 9 y 73) —integradas exclusivamente por piezas argéneas con un peso de 110, 81 y 148 gramos, respectivamente— constituyen las de mayor riqueza respecto al resto de las sepulturas con elementos de adorno de este cementerio. Se trata de tres parejas de pulseras, dos de ellas formadas por un lingote macizo con remate circular con grueso reborde cilíndrico donde se encaja una chapita en forma de casquete esférico (tumbas 5 y 73), y otra con remates en forma de «ofidio» (tumba 9); cuatro pares de pendientes y dos ejemplares sueltos, ocho de ellos de tamaño grande, ador-

nados con tres troncos de cono macizos, a veces perdidos, a modo de campánulas (tumbas 5, 9 —un único ejemplar—, 45 y 73, así como una pieza sin contexto), y dos pequeños rematados con una laminita doblada en forma de trébol (tumba 66b); dos torques formados por un vástago cilíndrico con remates esféricos (tumba 66b y 73), de los que el de la tumba 66b fue interpretado (Taracena 1932: 25) como perteneciente a una niña; tres fíbulas anulares (tumbas 5, 7 y 9); dos botones ornamentales (tumbas 9 y 66b), el de la tumba 66b, de bronce y plata, es similar a otro de plata de la necrópolis de Carabias (Taracena 1932: 26); y dos aros (tumba 73), que Taracena (1932: 28 s.) consideró que corresponderían a otras tantas fíbulas anulares.

El propio Taracena (1932: 29) apuntó la excepcional riqueza de estas sepulturas respecto a lo registrado en las restantes necrópolis de la zona. Baste recordar que en Gormaz únicamente se localizó una pieza de plata, anillo o pendiente, decorada con un triángulo de gránulos (Morenas de Tejada 1916a: 175; Mérida 1917: 157, lám. XIII, der.; Taracena 1941: 84). A estas piezas viene a sumarse un pendiente de plata de la necrópolis de Carratiermes (Argente *et alii* 1991a: fig. 22) y una fíbula de plata del mismo tipo que las documentadas en La Mercadera, así como un aro incompleto, también de plata y que quizás formaría parte de un pendiente, procedentes de la tumba 29 de Ucero, conjunto integrado por un importante ajuar (fig. 87,A,6-7) (García-Soto y Castillo 1990).

En cuanto a la cronología de estos hallazgos, merecen atención especial las fíbulas argéneas de las tumbas 5, 9 (en ambos casos junto con objetos de plata que las pone claramente en relación con las tumbas 66b, 73 y 45) y 7 (en la que aparece con dos fíbulas anulares del tipo 6B de Argente —*vid. infra*— y adornos espiraliformes de bronce). Los tres ejemplares se han interpretado como pertenecientes al tipo de timbal 2d, con cabuchón (Cuadrado 1958: 15 y 61, figs. pp. 2-4 y 42; Martín Montes 1984b: 39 y 41, esquema 2; Argente 1994: 274, fig. 44.382), forma que según Cuadrado aparecería en el siglo III, y se desarrollaría en el II a.C. (Cuadrado 1958: 61), si bien dada la cronología general de la necrópolis de La Mercadera (*ca.* siglos VI-finales del IV/primer cuarto del III a.C.) hay que considerar esta datación con ciertos reparos, debiendo aceptarse una fecha anterior para estos ejemplares, situándolos posiblemente en el siglo IV a.C. (fase IIA). Una cronología semejante —entre finales del siglo IV, o incluso algo antes, y mediados del III a.C.— se ha sugerido para la tumba 29 de Ucero (García-Soto y Castillo 1990: 63 s.).

La excepcionalidad de los hallazgos de piezas de plata en los cementerios celtibéricos ya fue señalada por Cerralbo (1916: 35), quien describe un disco de bronce con aplicaciones de láminas argéneas hallado en Aguilar

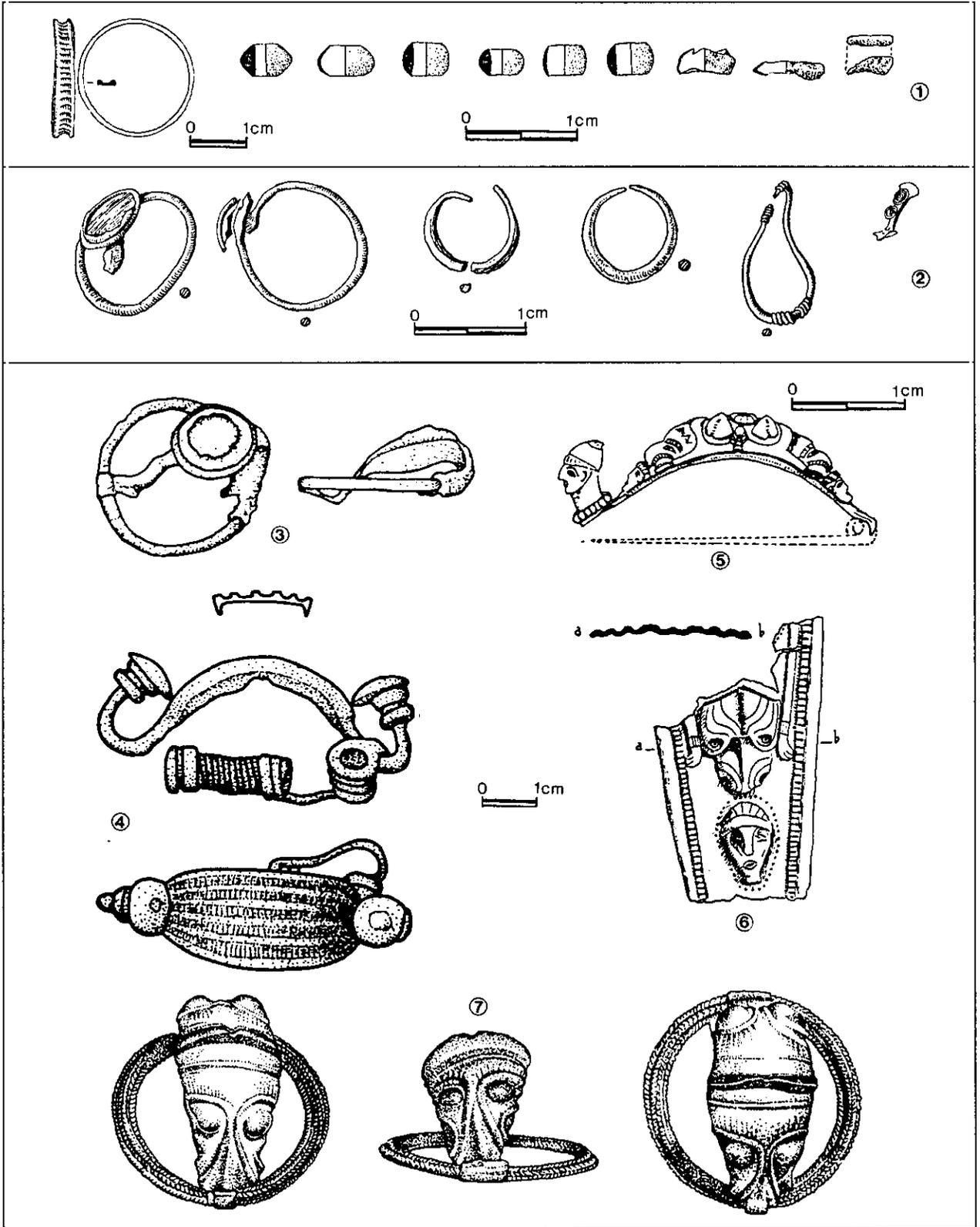


Fig. 82.—1, anillo y cuentas de oro del túmulo 84 de Pajaroncillo; 2-3, La Mercadera: ajuar de plata (pulseras, pendientes y fibula anular) de la sepultura 5 y fibula anular argéntea de tumba 7; 4, fibula de plata de Numancia; 5-6, fibulas argénteas del tesoro de Driebes; 7, fibula áurea de Cheste. (Según Almagro-Gorbea 1973 (1), Schüle 1969 y Taracena 1932 (2), Argente 1994 (3-4), San Valero 1945 (5-6) y Lenerz-de Wilde 1991 (7)).

de Anguita (*vid. infra*) como el único objeto con plata de esta necrópolis (Barril y Martínez Quirce 1995), siendo rarísima su presencia en el resto de los cementerios por él excavados, en los que nunca encontró «la más insignificante partícula de oro» (1). La utilización de la plata, con todo, está bien documentada a través de la técnica del damasquinado aplicada en la decoración de las espadas de antenas del «tipo Arcóbriga» (Aguilera 1916: 25, fig. 11-12, lám. IV) y en los broches de cinturón de tipo ibérico (Cabré 1937). Para Taracena (1932: 29), la presencia de estas piezas no debía resultar extraña en una comarca no muy alejada de las minas de plata de Hiendelaencina (Guadalajara).

El resto de las joyas celtibéricas se halla formando parte de algunos tesoros de orfebrería (Almagro-Gorbea y Lorrío 1991: 39 ss.) localizados en el territorio meridional de la Celtiberia (lám. III) y su prolongación hacia el Levante, individualizando lo que Raddatz (1969: mapa 2), llamó «Cuenca Gruppe», y que configuraría lo que puede denominarse como orfebrería celtibérica meridional. Su estudio permite documentar la evolución de este artesanado y sus diversos contactos en particular con el ámbito ibérico, con una inspiración de origen helenístico indudable pero con el sabor lateniense de ciertos motivos. Casi todas las piezas son de plata, lo que se ha relacionado con las explotaciones de Sierra Morena, aunque también exista alguna realizada en oro.

La mayoría de estos tesorillos corresponden, según la cronología de las monedas que los acompañan, a ocultaciones de la Segunda Guerra Púnica o del inicio de las guerras de la conquista romana, lo que proporciona una segura cronología *ante quem* de inicios del siglo II a.C. para los objetos que los integraban (García-Bellido 1990: 110 s.; Villaronga 1993). Entre dichos tesoros cabe señalar los valencianos de Los Villares II (Raddatz 1969: 206, lám. 2,1-9; Villaronga 1993: 70 s., nº 29), el denominado de «La Plana de Utiel» (Ripollés 1980 y 1982: 201 ss.; Ripollés y Villaronga 1981; Villaronga 1993: 70 s., nº 34), que al parecer procede también de Los Villares (Martínez García 1986: 259), Mogente (García-Bellido 1990; Villaronga 1993: 70 s., nº 18), y Cheste (Raddatz 1969: 207 s.; Villaronga 1993: 70 s., nº 24), así como los conquenses de Valeria (Raddatz 1969: 266 s., láms. 81-82; Villaronga 1993: 70 s., nº 27) y Cuenca (García-Bellido 1990: 110 s.; Villaronga 1993: 70 s., nº 25) y el de Driebes, en Guadalajara (Raddatz 1969: 210 ss., láms. 7-21; Villaronga 1993: 70 s., nº 31). Una cronología más avanzada ofrece el tesoro de Salvacañete (Cuenca)

(Raddatz 1969: 244 ss., fig. 18, láms. 50-54), que incluía denarios ibéricos y republicanos (lám. VIII,2), el más reciente de los cuales proporciona una fecha *post quem* en el año 100 a.C. (Villaronga 1987: 10; *Idem* 1993: 42, nº 63).

Entre los objetos más significativos, destacan las fibulas de resorte bilateral, que responden al esquema general de las de La Tène (Lenerz-de Wilde 1991: 149 ss.), con el puente decorado con escenas de caza relativamente realistas (Lenerz-de Wilde 1991: 151 ss.), ejemplares documentados en Los Villares I (Raddatz 1969: fig. 6,3) y La Muela de Taracena (Guadalajara) (Angoso y Cuadrado 1981: 19 s., fig. 1), o con representaciones zoomorfas, como las piezas de Los Villares I y Driebes (Raddatz 1969: fig. 6,1 y lám. 8,9-12, respectivamente), modelos que se documentan mejor en hallazgos de Andalucía Oriental (Raddatz 1969: láms. 2,10, 2,17, 48,1-3, 62,5-6; Angoso y Cuadrado 1981: 20, fig. 2; Lenerz-de Wilde 1991: 149 ss. y 154) y en el portugués de Monsanto da Beira (Raddatz 1969: lám. 94,3; Lenerz-de Wilde 1991: 154 s.). Otro tipo, que pudiera ser anterior pues sólo se documenta en Driebes (Raddatz 1969: láms. 7 y 8,2; Lenerz-de Wilde 1991: 157 s.), ofrece varias cabezas humanas exentas y repujadas de evidente estilo céltico, no plenamente integradas con la decoración vegetal accesorio (fig. 82,5-6; lám. III).

Más peculiar es la existencia de alguna fíbula anular, característica del mundo ibérico, decorada con caras humanas estilizadas siguiendo esquemas de La Tène, como el ejemplar áureo de Cheste (fig. 82,7) (Lenerz-de Wilde 1981: lám. 67,4; *Idem* 1991: 159, fig. 117) localizado en la zona levantina de transición hacia las tierras conquenses. También aparecen en estos tesoros anillos de fíbulas anulares decorados con contarios (Raddatz 1969: láms. 6,6 y 11,88-93 y 81,7), creación que debe considerarse de estímulos ibéricos.

Torques y brazaletes de plata se encuentran asimismo en estos tesoros, si bien su apogeo corresponde a los hallazgos posteriores de época sertoriana (Raddatz 1969: 53). Entre los torques, sólo se conocen escasas piezas de alambres retorcidos (Raddatz 1969: láms. 12-13, 51,1-2 y 81,2); los brazaletes son de sección cilíndrica (Raddatz 1969: láms. 3,4-5, 12-14 y 51-52), de cinta y serpentiformes con decoración troquelada (Raddatz 1969: fig. 8 y lám. 14,196 ss.; Martínez García 1986), éstos con claros precedentes ibero-helenísticos como el tesoro de Jávea (Mélida 1905).

Muy peculiares son los anillos (Raddatz 1969: 129 s.), que aúnan un esquema iconográfico de inspiración púnica

(1) A la pieza de Aguilar de Anguita hay que añadir una fíbula-placa de bronce, procedente de la necrópolis de Clares, que ofrece una lámina de plata decorada sobre el puente (Argente 1994: 418, fig. 81,739), ejemplar publicado con anterioridad por Schüle (1969: lám. 22,4), para quien la mencionada lámina sería de oro.

(2) De estas piezas se conoce, además de las documentadas en tesorillos (Raddatz 1969: láms. 2,2, 15,228 ss. y 81,8), un ejemplar procedente de El Berrueco (Ávila-Salamanca) (Maluquer de Motes 1958: 107 ss., lám. XVI,1).

en unos casos, como el caballo con estrella (2), y griega en otros, como los cruciformes (Raddatz 1969: lám. 15,233 y 81,9) derivados de las dracmas de Rodhe y Massalia (Villaronga 1994: 11 ss.), pero con un estilo curvilíneo propio de las creaciones de La Tène final.

También los vasos argénteos (fig. 141,1) están inspirados en creaciones del mundo helenístico (Raddatz 1969: 68 ss.; Gomes y Beirão 1988; Martínez García 1986), pero interpretadas por los artesanos celtibéricos. En efecto, están decorados con troqueles geométricos, lo que permite relacionarlos con la rica producción de fíbulas y broches de cinturón de bronce (Rovira y Sanz 1986-87; Romero 1991b).

Mención especial merecen las representaciones sobre chapa de cabezas humanas en relieve de Salvacañete (Raddatz 1969: lám. 50,5-6), uno de los elementos iconográficos más frecuentes en el arte céltico peninsular (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992 y 1993).

Parece deducirse, por tanto, que gran parte de los tipos característicos de la orfebrería celtibérica meridional, cuya distribución geográfica se centra en el Sur de Guadalajara, el Norte y Este de Cuenca y las zonas levantinas aledañas, pueden haberse formado a lo largo del siglo III a.C. con una mezcla de elementos mediterráneos y otros que pueden más fácilmente relacionarse con influjos de La Tène.

Resulta significativa la excepcionalidad, en las dos centurias anteriores al cambio de era, de los hallazgos de joyas en el territorio celtibérico del Valle Medio del Ebro y la Meseta Oriental, habiéndose documentado solamente alguna pieza aislada y dos tesoros, formados por denarios y vasijas argénteas, que permitieron individualizar a Raddatz (1969: mapa 2) el «Soria Gruppe», y que en realidad corresponde a la Celtiberia estricta.

De la ciudad de Numancia procede una fíbula simétrica de plata (fig. 82,4) (VV.AA. 1912: lám. LXI,8; Argente 1994: 232, fig. 32,223), modelo que constituye el más habitual en los tesoros prerromanos de la Submeseta Norte (Delibes y Esparza 1989: 118 s.) y único objeto de este metal procedente de la ciudad (Taracena 1932: 29). En Quintana Redonda se halló hacia 1863 un tesoriño constituido por un casco de bronce de tipo Montefortino (García Mauriño 1993: 115, fig. 28) que cubría dos tazas argénteas, una de perfil liso y otra con dos asas, actualmente perdidas, en cuyo interior se hallaron según Taracena (1941: 137; Pascual 1991: 181, fig. 95) 1.300 denarios ibéricos, sobre todo de *Bolskan*, y romanos (*vid.*, asimismo, Raddatz 1969: 242 s., lám. 98 y Villaronga 1993: 52, n° 109, con modificaciones relativas al contenido del tesoriño), conjunto que cabe fechar en la primera mitad del siglo I a.C. (Raddatz 1969: 165), concretamente en época sertoriana (Villaronga 1993). Otro tesoriño fue localizado en Retortillo, donde una vasija de plata

contenía un delfín de bronce y denarios ibéricos (Taracena 1941: 143; Raddatz 1969: 243; Villaronga 1993: 52, n° 110).

La casi inexistencia de joyas en este territorio contrasta con la información procedente de la Celtiberia meridional y zonas aledañas, el ya comentado «Cuenca Gruppe», cuyas ocultaciones se escalonan desde finales del siglo III hasta inicios del I a.C., y el área vaccea, el «Nordmeseta Gruppe» de Raddatz, circunscrito en gran medida a las tierras del Duero Medio, donde se defiende una datación sertoriana (Palencia, Padilla, Roa, etc.) o posterior (El Raso de Candeleda, Arrabalde 1, Ramallas y San Martín de Torres) (3). En relación con este último grupo se ha sugerido que, aun cuando la ocultación mayoritaria de los tesoros corresponda al siglo I a.C., se estaría ante manufacturas más antiguas, como lo confirmaría la presencia en el tesoro de Driebes de algunos de sus tipos de joyas más característicos (Delibes 1991: 23).

La práctica ausencia de joyas en la Celtiberia estricta se ha relacionado (Delibes *et alii* 1993: 458 s.) con los enormes botines en oro y plata obtenidos por los romanos a lo largo del siglo II a.C. que acabaron por dejar exhausto este territorio (Fatás 1973; Salinas 1986: 132 s.), hasta tal punto que Escipión, tras la destrucción de Numancia el 133 a.C., únicamente repartió a sus soldados siete denarios por cabeza (Plin., 33, 141). A pesar de ello, la disponibilidad de plata acuñada en el territorio celtibérico con posterioridad a las Guerras Celtibéricas resulta evidente, siendo prueba de ello la relativa abundancia de atesoramientos numismáticos que proliferan por la región (Azua, Arcas, Maluenda, Alagón, Borja, Pozalmuro, Retortillo, Quintana Redonda, Burgo de Osma, Numancia, Muela de Taracena,...), en buena medida datados en época sertoriana, por más que en algún caso admitan una cronología algo anterior (Villaronga 1987: 20 ss.; *Idem* 1993: 81 ss.).

2. OBJETOS RELACIONADOS CON LA VESTIMENTA

En esta categoría se incluyen una serie de elementos como fíbulas, alfileres, pectorales, broches de cinturón y unos peculiares objetos al parecer destinados a sostener el tocado, todos ellos relacionados con la vestimenta, aunque algunos, como ocurre con las fíbulas, los pectorales o los broches de cinturón, tengan un claro valor como objeto de adorno.

(3) El importante incremento de hallazgos en las tierras centrales de la Cuenca del Duero permite individualizar una joyería de marcada personalidad, generalmente calificada como «celtibérica», pero cuya dispersión geográfica se adecúa fundamentalmente al ámbito vacceo, aunque también afecte al territorio astur y vetón, quedando excluida la Celtiberia (Delibes y Esparza 1989; Delibes 1991; Romero 1991b: 85 ss.).

2.1. Fíbulas

Con la excepción de los ejemplares incluidos en el apartado anterior, las fíbulas celtibéricas están realizadas en su mayoría de bronce, aunque también se utilizara el hierro para su elaboración total o parcial. Estos objetos, destinados a la sujeción de la vestimenta tanto del hombre como de la mujer (4), ofrecen un claro carácter ornamental, evidente en sus variadas formas, algunas realmente ostentosas, y por la decoración que a menudo muestran, que hacen de ellas, en ocasiones, auténticas piezas de lujo, como lo confirma la utilización de metales nobles en su confección y su presencia formando parte de ricos ajuares funerarios.

El volumen de piezas supera el millar y su análisis exhaustivo ha podido realizarse gracias a la recopilación sistemática llevada a cabo por Argente (1994). Se trata, en su mayoría, de ejemplares procedentes de las necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero que, de forma general, ofrecen importantes problemas relativos a la contextualización de los objetos recuperados. Destaca, asimismo, el caso de la ciudad de Numancia, donde se recuperaron más de 200 ejemplares (5).

De los objetos que integran el artesanado, las fíbulas son los más susceptibles a los cambios impuestos por la moda, lo que les confiere un contenido cronológico no siempre posible de determinar en otro tipo de piezas. Dado su gran número y variedad, han sido objeto de diversos estudios tipológicos que han hecho de ellos los elementos del artesanado celtibérico mejor conocidos, habiéndose establecido con cierta fiabilidad la secuencia

evolutiva de los mismos (Cuadrado 1958, 1960 y 1972; Cabré y Morán 1975b, 1977, 1978, 1979 y 1982; Martín Montes 1984a-b; Argente 1974, 1990 y 1994; Argente y Romero 1990; Cerdeño 1980; Lenerz-de Wilde 1986-87 y 1991: 10 ss.; Esparza 1991-92; Almagro-Gorbea y Torres e.p.). Tenidas habitualmente como «fósil director», a menudo presentan un marco cronológico excesivamente dilatado, produciéndose asimismo fenómenos de perduración.

Se trata de piezas realizadas, las más sencillas, a partir de un alambre, aunque por lo común se obtienen por fundición, al menos de forma parcial. Las técnicas decorativas son variadas, desde la incisión hasta la aplicación de punzones y troqueles diversos. Resulta frecuente la incorporación de elementos decorativos, soldados o remachados, como esferas, placas, anillas, etc., así como la incrustación de coral, ámbar, etc. (Argente 1990: 253). A ellos hay que añadir las representaciones figuradas, entre las que destacan las que reproducen un caballo, acompañado a veces de un jinete (fig. 81,3-5 y lám. IV,3-4).

Con independencia del tipo, las fíbulas presentan una estructura semejante, diferenciándose diversas partes (aguja, cabecera, puente o arco y pie), algunas de las cuales pueden aparecer simplificadas en determinados casos. Los principales modelos de fíbulas prerromanas aparecidos en las necrópolis celtibéricas fueron sistematizados por E. Cabré y J.A. Morán (1977), individualizando un total de diez tipos: fíbulas sin resorte, de codo, de doble resorte, de bucle, fíbulas y alfileres de alambre espiraliforme, de placa, de pie alzado, anulares, ancoriformes y de tipo La Tène, aunque excluyendo las piezas de este último modelo que copian a los europeos y a las que, no obstante, dedicaron algunos trabajos monográficos (1978, 1979 y 1982). El tipo anular hispánico ha sido objeto de una especial dedicación, destacando los trabajos de Cuadrado (1958 y 1960) y Martín Montes (1984 a-b). Por su parte, J.L. Argente (1994) ha recopilado todos los ejemplares procedentes de las provincias de Soria y Guadalajara, que clasifica en nueve modelos (sin resorte, de codo, de doble resorte, de bucle, de ánora, anulares, de pie vuelto, de La Tène y de la Meseta Oriental), que básicamente coinciden con los propuestos por Cabré y Morán, divididos a su vez en diversos tipos y variantes. Además de ofrecer un amplio repertorio de piezas, el trabajo de Argente tiene el interés de recoger en una única clasificación todos los modelos ya sistematizados, simplificando algunos de los tipos.

A continuación se ofrece la tipología de las fíbulas prerromanas de la Meseta Oriental, siguiendo en líneas generales la propuesta de Argente (1990 y 1994) en lo que a la clasificación y a la caracterización de los tipos se refiere (figs. 83-84). A estos tipos habría que añadir ciertos modelos plenamente romanos, como las fíbulas en

(4) Así lo atestigua su presencia en tumbas con ajuares de guerra y en las integradas por objetos de adorno. Esto queda confirmado en aquellos casos en los que se cuenta con análisis antropológicos, como en La Yunta (García Huerta y Antona 1992: 139), donde están presentes en tumbas masculinas, femeninas e, incluso, infantiles.

(5) Por lo que se refiere a las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero, Argente (1994) recopiló 943 fíbulas, procedentes de las provincias de Soria y Guadalajara, de las que 38 no fueron inventariadas al ser de adscripción dudosa. Los hallazgos de la provincia de Guadalajara provienen en su totalidad de necrópolis, principalmente de la Colección Cerralbo, mientras que los de Soria se reparten entre los encontrados en cementerios y poblados —aunque, como se ha señalado, de la ciudad de Numancia proceda el conjunto más importante, con más de 200 piezas—, correspondiendo un tercio a hallazgos sueltos (Argente 1994: 15). Esta nómina debe incrementarse, entre otros, con los hallazgos recientes de las necrópolis de Ayllón (Barrio 1990), descontextualizados, La Yunta (García Huerta y Antona 1992: 137 ss.), donde 37 de las 39 fíbulas recuperadas proceden de conjuntos cerrados, La Umbría (Aranda 1990: 107 s., fig. 5), Carratiermes, aún en fase de estudio, y Numancia, que se halla en proceso de excavación (Jimeno 1996: 71 ss., figs. 13 y 14). A ellos cabe añadir los hallazgos de los cementerios de Griegos (Almagro Basch 1942) y *Arcobriga*, donde la documentación fotográfica proporcionada por Cerralbo (1911, IV: láms. XXXVI-XXXVII; *Idem* 1916: fig. 24) permite identificar cerca de 70 ejemplares, la mayoría de ellos sin contexto conocido, en parte estudiados por Cabré y Morán (1979 y 1982).

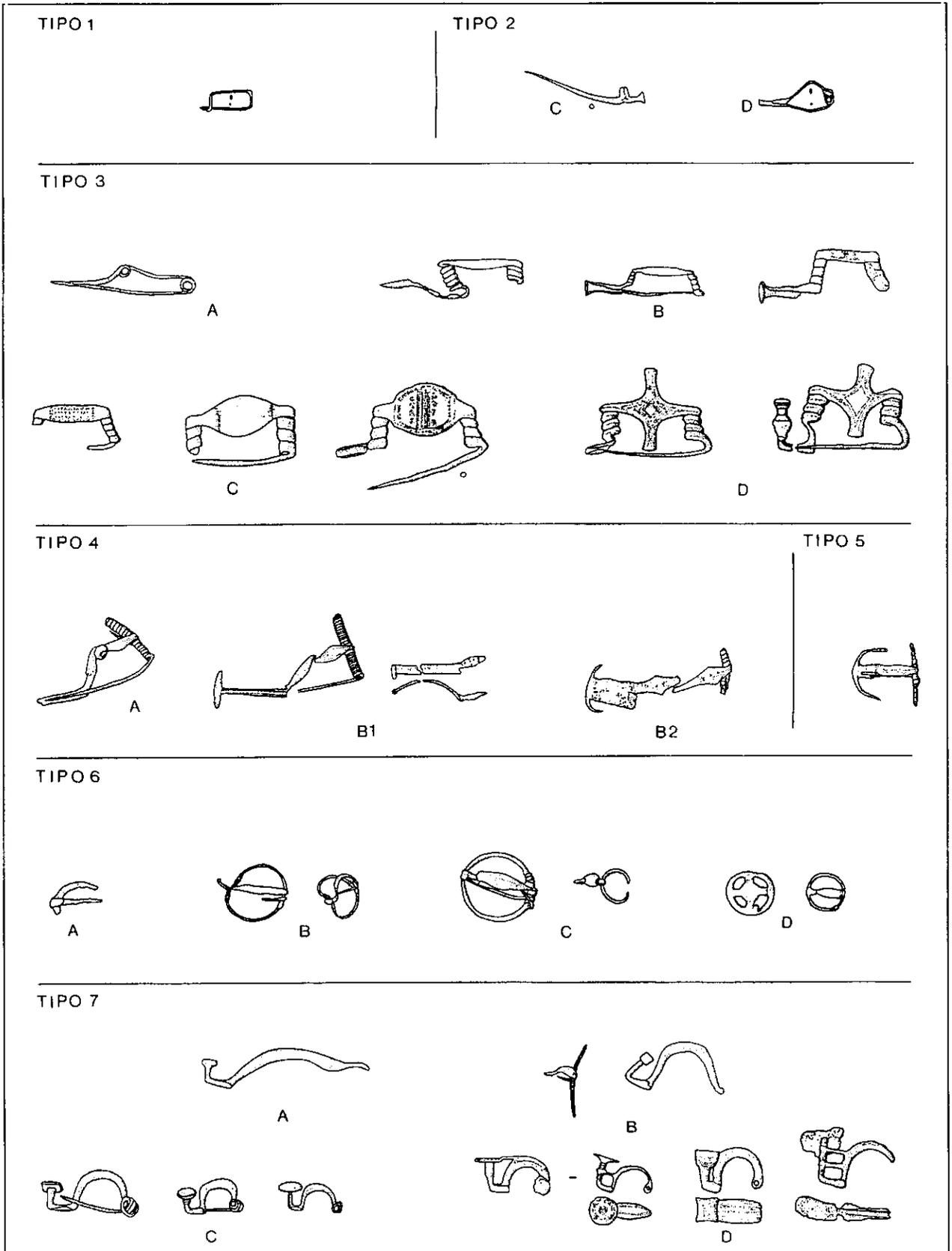


Fig. 83.—Tipología de las fibulas celtibéricas según Argente. Tipos 1 a 7. (Según Argente 1990 y 1994).

omega, dada su presencia en conjuntos funerarios indígenas.

1) *Fíbulas sin resorte*. Es un modelo de gran simplicidad constructiva del que únicamente se conocen hallazgos en la Meseta, estando apenas representado en la Celtiberia.

2) *Fíbulas de codo*. Los ejemplares documentados en la Meseta Oriental constituyen el desarrollo final de las fíbulas de codo de la Edad del Bronce. Los hallazgos se reducen al modelo de pivotes (Argente 2C), constituido por dos piezas y cuyo cierre se realiza por medio del giro horizontal de la aguja, del que sólo se conocen dos ejemplares, y al llamado «tipo Meseta» (2D).

3) *Fíbulas de doble resorte*. Sin duda es uno de los modelos más característicos de la Protohistoria peninsular. Ofrecen una amplia difusión, con variados tipos y una larga cronología. En la Meseta Oriental el modelo adquirió una fuerte personalidad, con creaciones exclusivas de esta zona. Los diferentes intentos de clasificación de las fíbulas de doble resorte se han realizado a partir de la evolución del puente, del número y sección de los resortes o de la forma del pie. Argente ha diferenciado cuatro tipos: puente filiforme (3A), de cinta (3B), rómbico u oval (3C) y de puente en cruz (3D), éstos realizados ya mediante fundición.

4) *Fíbulas de bucle*. El puente aparece formado por dos rombos unidos por una espira, que da nombre al tipo. Presentan resorte bilateral con un buen número de espiras, ofreciendo un pie largo, simple (4A) o con arrollamiento final (4B1), provisto de profunda mortaja. El tipo más evolucionado (4B2) muestra puente aplanado, con decoración troquelada e incisa, y ancho pie rematado en arco macizo.

5) *Fíbulas de áncora*. Constituyen una derivación del modelo anterior, ofreciendo un menor tamaño. De las tres variantes establecidas —las dos primeras identificadas en Navarra—, la tercera se circunscribe a la Meseta Oriental, fabricada ya a molde. Presenta resorte bilateral, puente laminar y pie con mortaja marcada rematado en ancho arco, en cuyos extremos se incrustan pequeñas esferitas decorativas, proporcionando la forma que da nombre al tipo.

6) *Fíbulas anulares hispánicas*. Es un tipo característico de la Península Ibérica a lo largo de toda la Edad del Hierro, ofreciendo una amplia distribución geográfica. Su rasgo más destacado, y que confiere la forma que le da nombre, consiste en la incorporación de un aro en el que se sujetan la cabecera y el pie. Existen un buen número de tipos y variantes establecidos inicialmente por Cuadrado (1958) a partir de las peculiaridades de puentes y resortes. Más recientemente, Argente ha propuesto una clasificación que, partiendo de los broches

anulares (6A), hace hincapié en las técnicas de fabricación: fíbulas realizadas a mano (6B), semifundidas (6C) y fundidas (6D).

7) *Fíbulas de pie vuelto*. Este grupo está caracterizado por la prolongación acodada del pie, diferenciándose cuatro tipos. El más antiguo (7A) incluye los modelos Alcores, Bencarrón y Acebuchal (Cuadrado 1963: 27-34). Los restantes se distinguen por la diferente altura de la prolongación, que puede estar unida al puente en los ejemplares más evolucionados (7D), y por la forma del remate: en cubo, esfera o disco. Suelen presentar decoración incisa y/o troquelada.

8) *Fíbulas con esquema de La Tène*. Vienen a ser la continuación del modelo anterior, con el cual llegaron a convivir. Siguiendo el esquema desarrollado para la clasificación de este modelo en Europa Central pueden hacerse tres grandes grupos (Lernerz-de Wilde 1986-87 y 1991: 32 ss.): las que siguen el esquema de La Tène I (8A), en las que el pie aparece inclinado hasta el puente sin llegar a tocarlo; los modelos con esquema de La Tène II (8B), en los que el pie aparece unido al puente, pudiendo estar fundidos o unidos por una grapa; y las que presentan esquema de La Tène III (8C), con el pie y el puente realizados en una sola pieza. Se han diferenciado un buen número de variantes, algunas de mayoritaria dispersión meseteña. Cabe destacar las fíbulas simétricas (8A1.1 y 8A1.2), que presentan en la cabecera un apéndice similar al localizado en el pie, modelo adscribible al grupo de La Tène temprana, a pesar de ofrecer en ciertas variantes el pie y el puente fundidos; los ejemplares de torrecilla (8A2); de cabeza de pato (8A3), o las fíbulas zoomorfas (8B1.1), entre las que destacan las de caballito y los ejemplares de jinete (8B1) (fig. 81,3-5 y lám. IV,3-4).

9) *Fíbulas de la Meseta Oriental*. Están constituidas por dos grupos: las fíbulas y alfileres decorados mediante adornos espiraliformes y las fíbulas-placa. Entre los primeros cabe distinguir dos tipos: los que ofrecen función de fíbula (fig. 85,B,10-12) (Tipo VA de Cabre/Morán y 9A1 de Argente) y los alfileres (fig. 85,B,1-4 y 6-7) (tipo VB y 9A2, respectivamente), que tienen la aguja libre, pudiendo por tanto incluirse entre los pectorales (*vid. infra*). En los modelos de placa, la fíbula es un elemento secundario, al que se le añade la placa decorada, habiéndose diferenciado diversos tipos. Las más sencillas y abundantes carecen de resorte (tipo VIA de Cabré/Morán), estableciéndose variantes en función de la forma de la placa: rectangular (Argente 9B1), circular (9B2) o lobulada (9B3). Otros modelos son los que presentan una fíbula de doble resorte (Cabré/Morán VIB y Argente 9B4) o los de resorte bilateral y placa romboidal (VIC y 9B5). Constituyen un modelo exclusivo de las provincias de Soria y Guadalajara.

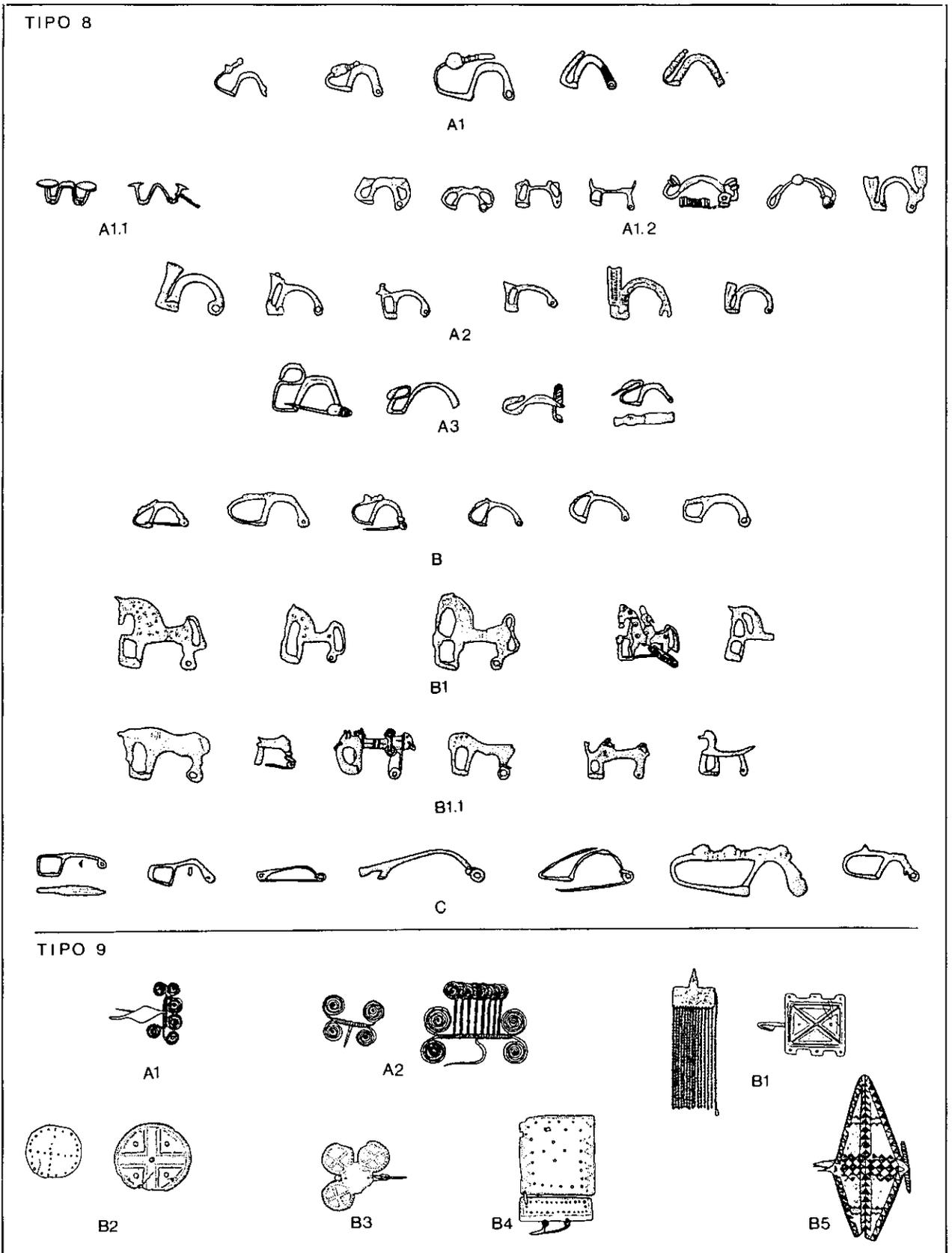


Fig. 84.—Tipología de las fibulas celtibéricas según Argente. Tipos 8 y 9. (Según Argente 1990 y 1994).

Las fíbulas prerromanas documentadas en el territorio celtibérico muestran una amplia cronología que abarca desde los siglos VII-VI hasta el I a.C., excepción hecha del modelo de pivotes (2C), conocido en La Península Ibérica desde el siglo VIII a.C., habiéndose sugerido una fecha de finales de esa centuria o incluso el siglo VII para los ejemplares meseteños (Ruiz Zapatero 1985: 879 s. y 950 s.). Esta cronología vendría avalada por el reciente hallazgo —que ha venido a sumarse al ejemplar soriano de Valdenarros— de una aguja perteneciente a este modelo en el asentamiento de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara), para el que se cuenta con una fecha radiocarbónica de 800 ± 90 a.C. (Martínez Sastre 1992: 76 s., lám. V,b) (6).

Una datación algo más baja puede defenderse (Argente 1990: 254 ss.; *Idem* 1994: 103 ss.) para los modelos presentes en los yacimientos celtibéricos desde sus fases más antiguas (7). En este momento deben situarse los ejemplares sin resorte, fechados en el siglo VI a.C., o las fíbulas de codo tipo meseta (siglos VI-V a.C.). Las fíbulas de doble resorte, cuyos ejemplares más antiguos se remontan al siglo VII, se fechan en la Meseta desde el siglo VI hasta mediados del IV a.C., caso de los ejemplares más evolucionados (3D). Similar cronología presentan las fíbulas de bucle (segunda mitad del siglo VI-finales del V a.C. o, en ciertos casos, inicios del IV), mientras las fíbulas de áncora, ya realizadas a molde, se sitúan entre el siglo V y gran parte del IV a.C. Las fíbulas de la Meseta Oriental comprenden desde finales del VI a finales del IV a.C. Las anulares se fechan, de forma general, entre finales del siglo VI o inicios del V hasta el siglo I a.C., aunque, según Argente (1994: 107), el broche anular se remonte a finales del VII-inicios del VI a.C. Por su parte, las fíbulas de pie vuelto son datadas entre mediados del siglo VI-primer mitad del V, el tipo 7A, hasta el siglo IV a.C., en tanto que las de tipo La Tène abarcan desde finales del siglo V hasta finales del I a.C. A estos modelos cabe añadir, dada su presencia en determinados ambientes indígenas, algunos tipos ya plenamente romanos, entre los que destacan las fíbulas en omega, de las que se conocen ejemplares en tumbas y poblados celtibéricos de los siglos II-I a.C. (8).

(6) Esta cronología parece más ajustada que la sugerida por Argente (1994: 49 s.), para quien el modelo se fecharía entre los siglos VII-VI a.C., datación que, con el reciente hallazgo de Embid, resulta excesivamente baja.

(7) *Vid.* el capítulo VII y las tablas 1 y 2 por lo que se refiere a la adscripción de los diferentes modelos a las fases culturales establecidas para el mundo celtibérico.

(8) Entre los materiales inventariados en la necrópolis de Carabias (Requejo 1978: 56), se localizó al parecer una fíbula de charnela romana.

2.2. Alfileres

Es poca la documentación que en general se ofrece sobre estos objetos, morfológicamente muy sencillos. Las necrópolis celtibéricas proporcionaron algunos alfileres (Aguilera 1916: 66) que, a partir de la escasa documentación conservada, parecen corresponder al tipo de cabeza enrollada (Requejo 1978: 57; García Huerta 1980: 26; etc.) (9), modelo del que se conocen dos ejemplares en el poblado de Fuensaúco, uno, sin contexto (Bachiller 1993: 204 s., fig. 1,2 y lám. 1,2) y el otro, del nivel intermedio, que cabe atribuir a un momento avanzado de la Primera Edad del Hierro (Romero y Misiego 1995: 137 s.). Una adscripción similar puede defenderse para un alfiler de cabeza circular procedente del nivel inferior de El Royo (Eiroa 1979b: 127; Romero 1991a: 322).

2.3. Pectorales

Generalmente se denomina «pectoral» a un objeto, realizado en bronce, cuya funcionalidad y ubicación en el atuendo no está suficientemente clara, si bien parece evidente que a su utilidad como prendedor se impone un claro carácter ornamental (10). Se distinguen dos tipos: los espiraliformes y los formados por una placa a la que se añaden otros elementos decorativos, modelos ya identificados por Cerralbo (1916: 66 ss.) pero que han sido definitivamente sistematizados a partir de un número importante de hallazgos, en magnífico estado de conservación, procedentes de la necrópolis de Carratiermes (Argente *et alii* 1992b; Argente *et alii* 1992: 304 ss.) (11).

a) El modelo de espirales se realiza partiendo de un vástago, formado por una o, a veces, dos o tres varillas, ocasionalmente de hierro, a las que se enrolla un alambre

(9) Cerralbo (1911, III: lám. 59,1) reproduce un grupo de alfileres de cabeza enrollada hallado en Aguilar de Anguita, que ensartan cada uno de ellos una cuenta de «ámbar», pasta vítrea o bronce.

(10) En el interior de una urna cineraria de Hijos apareció un broche de cinturón, de escotaduras cerradas y tres garfios, unida a un adorno espiraliforme mediante una anillita que «tiene sus extremos metidos por un agujero de aquél y redoblados por la parte interior» (Aguilera 1916: 59, lám. X,4). Aunque para Cerralbo tal adorno formaría parte del broche, siendo portado por lo tanto en la cintura, hay que tener en cuenta que, en ocasiones, al ser depositadas en la sepultura ciertas piezas que con seguridad no formaron parte de un mismo objeto aparecen como una unidad. Un buen ejemplo de ello se halla en las tumbas Sigüenza-9 (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: 21) y Carratiermes-302, en las que la aguja de una fíbula y la pieza hembra serpentiforme de un broche de cinturón, respectivamente, ensartan una punta de lanza a través de la perforación que ésta presenta en su cubo de empuñadura.

(11) A los modelos referidos se añaden en este estudio los discoscoraza (Argente *et alii* 1992b: 588 y 596), aunque su funcionalidad y su vinculación con conjuntos militares, frente a lo que será norma habitual en los tipos de espirales y de placa rectangular, aconseje su tratamiento individualizado (*vid.* capítulo V,2.1.1.5).

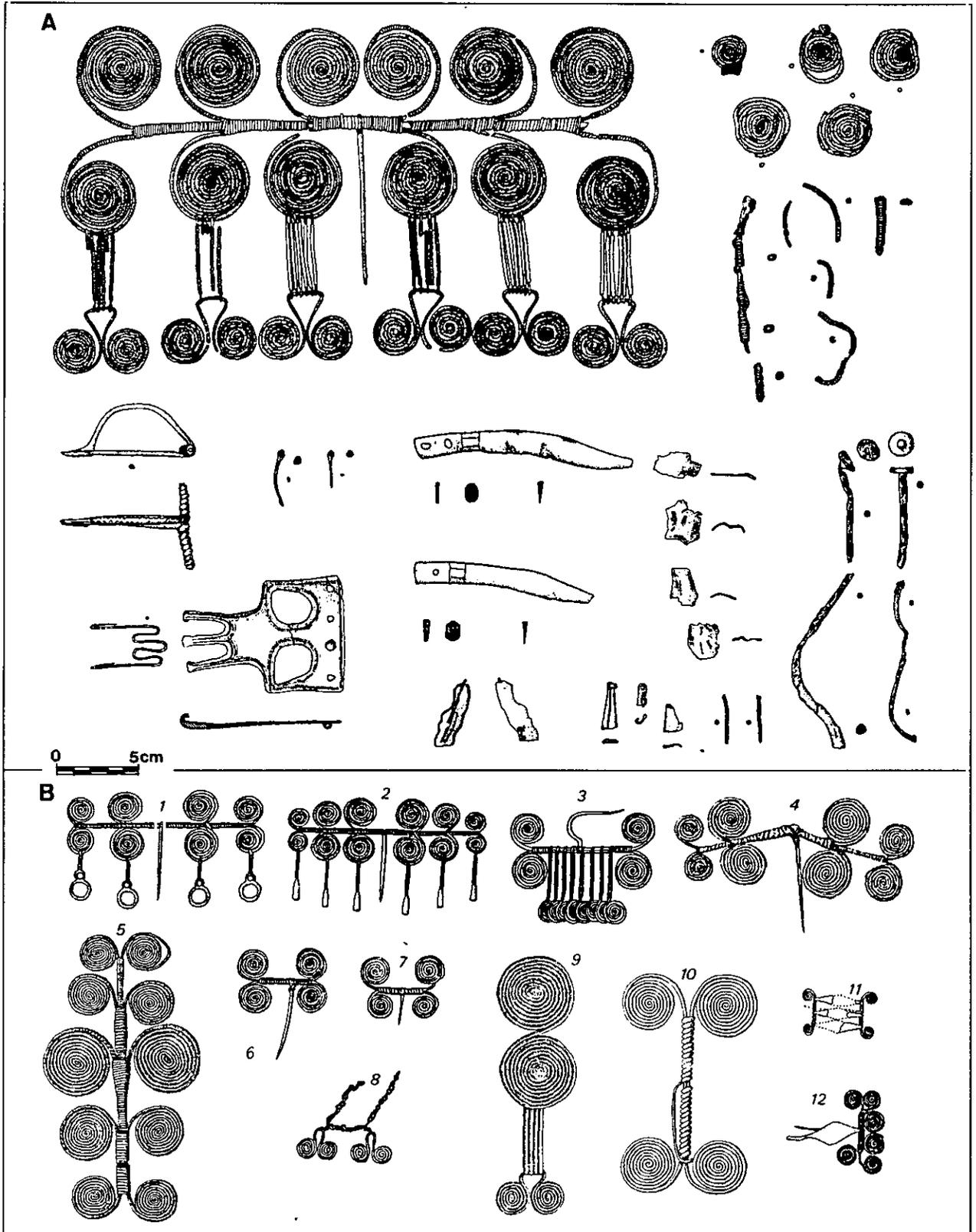


Fig. 85.—A, tumba 291 de Carratiernes; B, diversos modelos de pectorales, adornos y fíbulas espiraliformes: 1-2, La Hortezueta de Océn; 3 y 7-8, Clares; 4 y 9, Aguilar de Anguita; 5, Hijes; 6 y 11-12, Garbajosa; 10, Castilfrío de la Sierra. (Según Argente et alii 1992 (A), Argente 1994 (B, 1-3, 6-7 y 11-12) y Schüle 1969 (B, 4-5 y 8-10)).

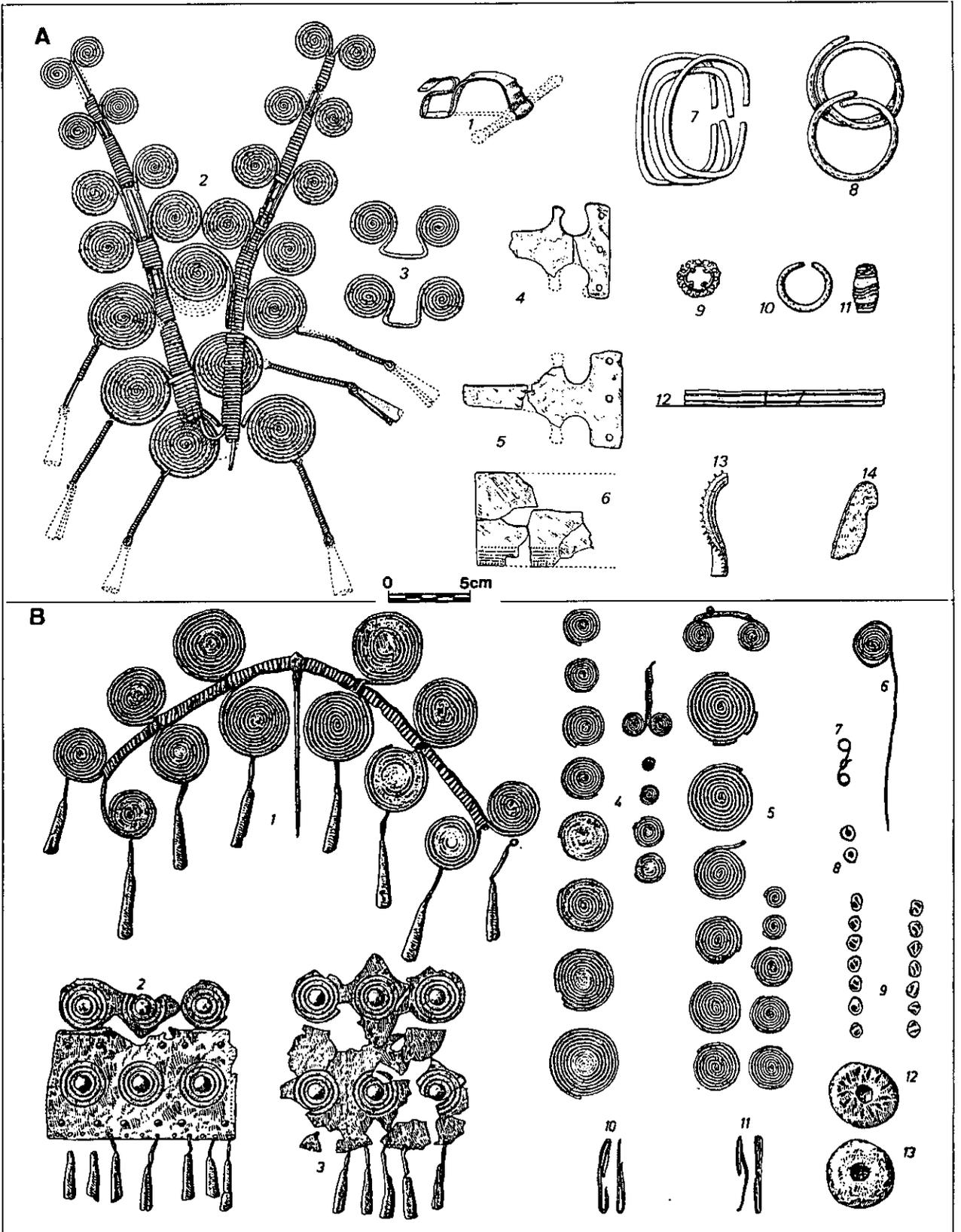


Fig. 86.—A, tumba 9 (calle I) de Alpanseque; B, «sepultura de dama celtibérica» de La Olmeda. (Según Cabré y Morán 1975b (A) y Schüle 1969 (B)).

que permite la sujeción de los extremos de las espirales, que quedan así fijados al eje. Las espirales, cuyo número suele ser de cuatro, ocho, diez o doce, aunque se conozca una pieza con veinticuatro, están distribuidas de forma simétrica a ambos lados del vástago, disminuyendo por lo general su tamaño al aproximarse a los extremos de la pieza, en cuyo centro se halla la aguja que permite la sujeción del conjunto. Las piezas de mayor tamaño, que son también las que ofrecen una mayor complejidad formal, suelen presentar, pendiendo de las espirales inferiores, espirales dobles realizadas con un mismo alambre (fig. 85,A) o, más raramente, colgantes cónicos (12) (fig. 85,B,2) o en forma de 8 (fig. 85,B,1), que se unirían a aquéllas por medio de una serie de vástagos —entre seis y ocho, en el primer caso, y uno, en los dos últimos—. Estos elementos decorativos pueden estar presentes de forma ocasional en las piezas más sencillas (las constituidas por cuatro espirales), como en un ejemplar de Clares de cuyo eje central cuelgan ocho alambres retorcidos rematados en espirales (fig. 85,B,3). Sus dimensiones varían notablemente, desde los que apenas superan los 5 cm. de longitud máxima, grupo donde se hallan buena parte de los modelos de cuatro espirales (fig. 85,B,6-7), hasta los que sobrepasan los 30 cm., como ocurre con algunas piezas de doce (figs. 85,B y 86,B,1), e incluso los 50 cm., como es el caso del ejemplar doblado de la sepultura 9 (calle I) de Alpanseque (fig. 86,A,2).

La marcada variabilidad en el tamaño y en la complejidad formal del tipo deben de llevar implícitas diferencias en lo que a la funcionalidad y significado se refiere. Además, el estado de fragmentación en que a menudo se encuentran, siendo habitual hallar únicamente las espirales o algún fragmento del vástago principal, dificulta su adscripción a un tipo concreto (*vid.* Cerdeño 1976a: 6 ss.; Requejo 1978: 56; García Huerta 1980: 26; de Paz 1980: 49; Domingo 1982: 258, lám. IV,2). Los adornos espiraliformes, cuya presencia resulta relativamente abundante en los cementerios de la Meseta Oriental, han llamado la atención de diversos investigadores (*vid.* Schüle 1969: 140 ss., quien diferenció distintas variantes). En ciertos casos, se ha sugerido su consideración como alfileres, especialmente para las piezas de menores dimensiones (*vid.* Cabré y Morán 1977a: 123 ss., fig. 7; y, siguiendo a estos autores, Argente 1994: 96, fig. 11), abordando su estudio conjuntamente con las fíbulas de espirales (*vid. supra*), ya que la diferencia entre unos y otros sería más formal y tecnológica que puramente funcional.

(12) Respecto al ejemplar de la «sepultura de dama celibérica» de La Olmeda (tumba A) (fig. 86,B,1), que según la documentación fotográfica original (Aguilera 1916: lám. XI) ofrece colgantes cónicos, se ha señalado (Argente *et alii* 1992b: 595 s.) que éstos corresponderían en realidad a los pectorales de placa presentes en el conjunto.

b) Otro tipo de pectorales son los constituidos por una placa rectangular a la que se incorporan diversos elementos para completar su decoración. Por la parte inferior de la placa se añaden colgantes cónicos y, por encima de ella, una placa recortada (fig. 87,B,1) que se remacha a la pieza principal, o sendas espirales (fig. 87,B,2 y lám. IV,2) (Argente *et alii* 1992: fig. 3) que se unen al elemento central mediante un alambre. La aguja se coloca sobre la pieza superior. Un caso diferente sería el que ofrece un garfio de forma rectangular (fig. 87,A,2) remachado a la pieza principal (Argente *et alii* 1992b: 589; Argente *et alii* 1992: 305).

Normalmente, estas piezas presentan decoración sobre la placa central, generalmente de hoyitos repujados enmarcando la pieza (fig. 87,A,2 y lám. IV,2), a los que se añaden motivos incisos en zigzag e incluso representaciones de animales, concretamente cérvidos, como los reproducidos en dos ejemplares de Carratiermes y *Arcobriga* (fig. 87,B,1 y 3), a veces combinados con haces de líneas realizadas mediante «trémolo» (fig. 87,B,1). También están documentados los círculos concéntricos troquelados, que ocupan la placa recortada superior, donde aparecen rodeados por otros de hoyitos repujados, pudiendo también realizarse sobre la principal (fig. 87,B,1).

Como excepcionales pueden ser calificadas dos placas con decoración figurada procedentes de la necrópolis de Alpanseque (fig. 87,B,4) (Cabré 1917: lám. XX,2; Cabré y Morán 1975a) que no hay duda en relacionar con la pieza figurada de Carratiermes en lo que se refiere a la técnica decorativa, la sintaxis compositiva, el tamaño y, seguramente, la funcionalidad (13). La única completa mide 7,3 por 11,3 cm., dimensiones similares al ejemplar de Carratiermes. Los motivos decorativos se hallan enmarcados en tres metopas de diferente tamaño, situándose las representaciones figuradas en las exteriores. Se combina la técnica del repujado, utilizada para la delimitación exterior de las metopas mediante finos puntitos en relieve y para los grandes círculos que ocupan el centro de las metopas mayores, rodeados a su vez de pequeños hoyitos, con la del «trémolo», con la que se ha realizado el resto de la decoración, la línea interna que recuadra las metopas, la serie de líneas verticales en zigzag que llenan el espacio central y las figuras humanas esquemáticas

(13) Estas piezas se han interpretado como fragmentos de un cinturón de chapa de bronce, que iría reforzado por un forro de cuero, al que quedaría sujeto por medio de una serie de orificios paralelos al borde de la pieza (Cabré y Morán 1975a: 605). Sin embargo, al tratarse de dos placas de idéntica decoración pero independientes, y dada su evidente similitud con el ejemplar de Carratiermes, parece más oportuna su consideración como elementos de pectoral; así lo confirmaría la presencia de orificios únicamente en la parte inferior, de los que penderían los típicos colgantes.

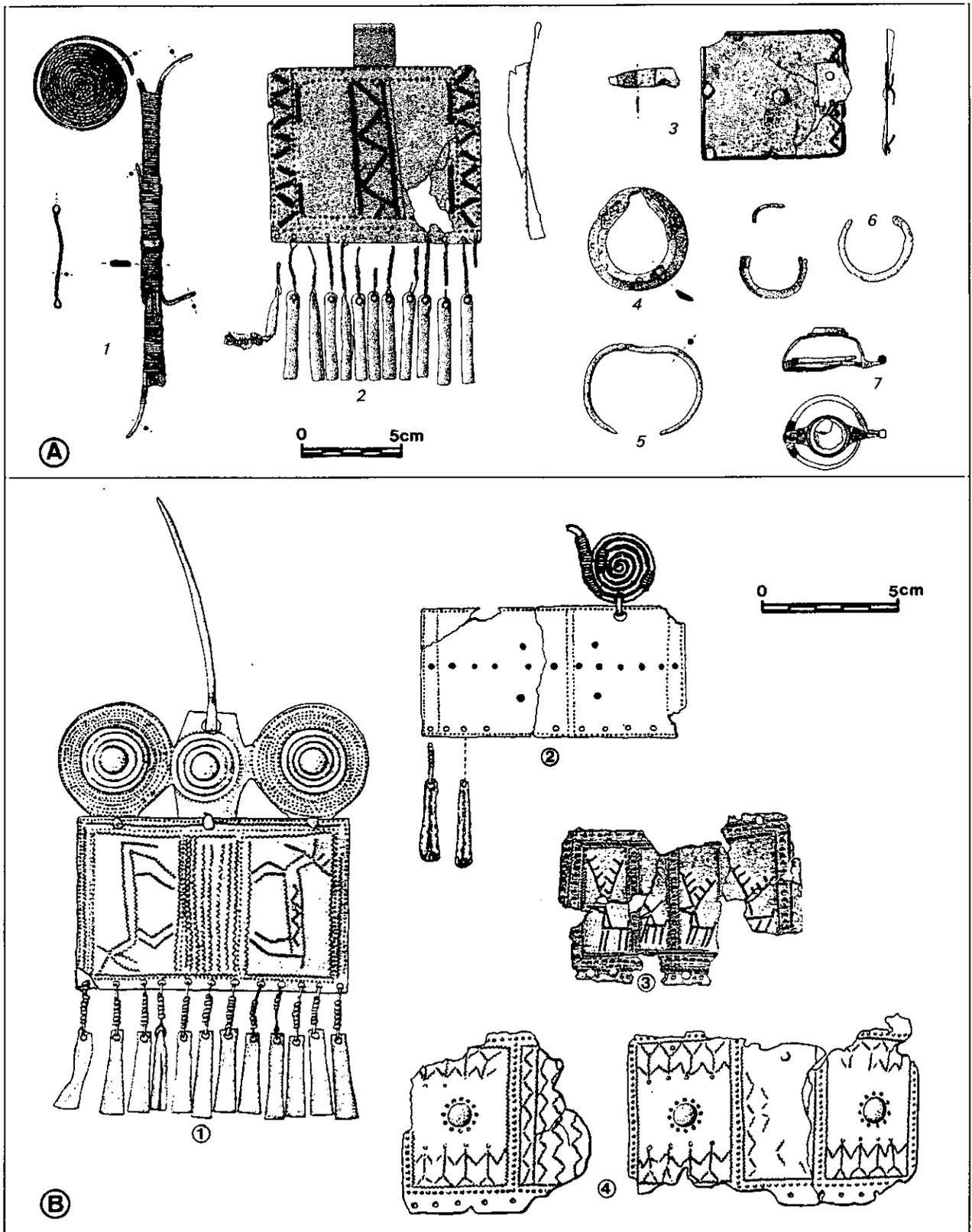


Fig. 87.—A, tumba 29 de Ucero; B, diversos modelos de pectorales de placa rectangular: 1, tumba 235 de Carratiermes; 2, Valdenovillos; 3, Arcobriga; 4, Alpanseque. (A, según García-Soto 1990. B, según Argente et alii 1992 (1), Cerdeño 1976a (2), Lenerz-de Wilde 1991 (3) y Cabré y Morán 1975a (4)).

que, encadenadas en número de cuatro, se localizan en las metopas más externas.

Los modelos comentados pueden considerarse como elementos de prestigio, siendo frecuente su presencia en sepulturas calificadas como ricas. Se trata de conjuntos formados por adornos de bronce de diverso tipo, y en los que las armas, con alguna excepción dudosa, están ausentes. En la necrópolis de Carratiermes, este tipo de piezas se asocia con objetos realizados en bronce, sobre todo brazaletes, fíbulas y broches de cinturón, siendo habitual también su relación con cuchillos de dorso curvo, de hierro, y con collares de cuentas de pasta vítrea (Argente *et alii* 1992b: 591). De las 21 sepulturas en las que se han hallado restos de pectorales, 17 proceden de una misma zona de la necrópolis, donde constituyen algo más del 36% de los enterramientos documentados, correspondiendo el resto a conjuntos provistos de armas.

Algo similar sucede en La Mercadera, donde los adornos espiraliformes —presentes en el 23% de las tumbas de este cementerio— caracterizan, junto con los brazaletes de aros múltiples, un tipo de ajuar del que está ausente el armamento y que estaría integrado además por fíbulas, broches de cinturón y pulseras simples, realizados en diversos materiales, así como cuchillos curvos y, en una ocasión, un punzón, todo ello de hierro, pudiendo ser también el único objeto depositado en la sepultura (fig. 88). De igual modo, la necrópolis de Almaluez ha permitido documentar la personalidad de este tipo de adorno, encontrado en 6 de las 91 sepulturas de las que se conoce la composición del ajuar (*vid.* capítulo IV,6.1 y Apéndice I), asociándose habitualmente a otros elementos bronceos —en general a brazaletes (tumbas 2 y 281) o, en una ocasión, a un broche de cinturón (tumba 10)—, o siendo el único elemento metálico del ajuar (tumbas 1, 83 y 242).

Este tipo de conjuntos ha sido generalmente atribuido, como hiciera Taracena (1932: 28) en el caso de La Mercadera, con enterramientos femeninos, pero la falta de análisis antropológicos dificulta cualquier avance en este sentido. Para el caso de Carratiermes se ha propuesto, a pesar de carecer de este tipo de análisis, su vinculación con varones de clase elevada, con lo que, dada su asociación en una misma zona del cementerio con enterramientos militares, se estaría ante una necrópolis mayoritariamente masculina (Argente *et alii* 1992b: 594 s.). Sin embargo, la presencia de tumbas femeninas está perfectamente documentada en el mundo celtibérico, incluso en las pocas sepulturas analizadas que cabe considerar como contemporáneas a los conjuntos de Carratiermes provistos de pectorales (Cerdeño y García Huerta 1990: 90s.).

A veces se han hallado restos de adornos de espirales

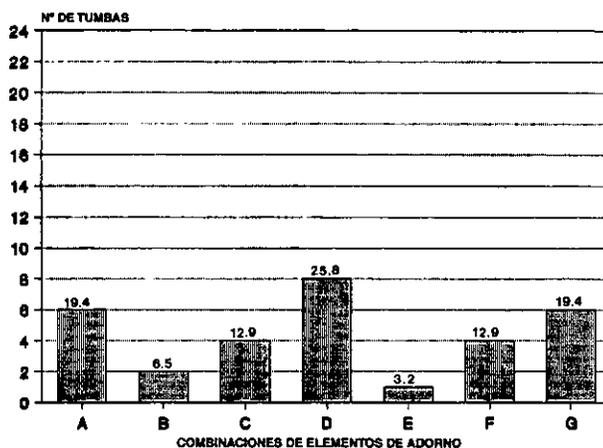


Fig. 88.—Combinaciones de los elementos de ajuar considerados como propios de tumbas femeninas en la necrópolis de La Mercadera: A, espirales; B, espirales y brazaletes múltiples; C, espirales, brazaletes múltiples y otros elementos; D, espirales y otros elementos; E, brazaletes múltiples más algún otro elemento; F, brazaletes múltiples; G, dos pulseras sencillas y/o pendientes (en ocasiones también un torques, etc.). Los porcentajes situados sobre los histogramas se refieren al total de tumbas posiblemente femeninas (=31). (Según Lorrio 1990).

—no ocurre lo mismo con los pectorales de placa— en tumbas militares. Este es el caso de las sepulturas 1, 19, 28 y 29 de Sigüenza (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: fig. 27), de la tumba 278 de Carratiermes —aunque el único elemento armamentístico sea en realidad una vaina de espada—, de los enterramientos 1, 12 y 77 de La Mercadera, de las tumbas A, T, U, W de Quintanas de Gormaz, o de los conjuntos 10 (M.A.N.), 10 (M.A.B.) y A de Osma y 11 de Gormaz (Cabré 1917: lám XLV; fotografía M.A.N.). Podría plantearse que estos elementos decorativos son ajenos al ajuar, al no haberse encontrado completos en ningún caso, pudiendo haberse mezclado posiblemente en el proceso de cremación o en la recogida subsiguiente de los restos de la incineración, o por cualquier otro motivo antrópico o no. Pese a todo, no hay que dejar de lado la posibilidad de que los conjuntos militares incluyeran algún tipo sencillo de adorno de espirales, sin que los restos recuperados permitan avanzar mucho al respecto. Por lo que se refiere a la adscripción sexual de los conjuntos, únicamente ha podido determinarse en la sepultura Sigüenza-1, cuyos restos pertenecen, al parecer, a una mujer.

La dispersión geográfica de los diferentes modelos analizados aparece claramente restringida a las necrópolis de la Meseta Oriental, estando perfectamente documentadas tanto en el núcleo del Alto Tajo-Alto Jalón, al que se vincularían los cementerios de Carratiermes y Alpanseque, situados al Norte de la Sierra de Pela y de los Altos de Barahona, respectivamente, como entre las

necrópolis situadas en la margen derecha del curso alto del Duero (14).

Los distintos tipos de pectorales (de espirales y de placa) están presentes desde la fase inicial de los cementerios celtibéricos (fase I). Así parece confirmarlo el caso de las tumbas 1, 5 y 8 de Sigüenza o el de los conjuntos con este tipo de piezas de la necrópolis de Carratiermes, todos ellos pertenecientes a las fases iniciales de estos cementerios. La continuidad en el uso de los modelos de espirales durante la fase IIA en Carratiermes estaría probada por su asociación en la tumba 278 con una vaina de espada.

Una adscripción similar, dada la semejanza con los ejemplos señalados, se puede plantear para los dos únicos conjuntos cerrados identificados en La Olmeda —la «sepultura de dama celtibérica» (fig. 86,B) y la tumba 27 (García Huerta 1980: 13 s.)— o para la tumba Aguilar de Anguita-U. La asociación en una misma sepultura de los modelos de espirales y de los realizados con una placa rectangular es un hecho que resulta relativamente frecuente, como lo confirman las referidas tumbas de Sigüenza y La Olmeda o las sepulturas 142, 235, 280 y 293 de Carratiermes (fig. 87,B,1 y lám. IV,2).

La continuidad en el uso de los modelos de espirales viene dada por la tumba 9 (calle I) de Alpanseque (fig. 86,A), donde un pectoral de dicho tipo se asocia a una fíbula de apéndice caudal zoomorfo (Argente 8A3) que ha sido fechada en el primer tercio del siglo IV a.C. (Cabré y Morán 1975b: 136). Restos de este tipo de adorno se han documentado en la tumba Aguilar de Anguita-Y, conjunto que incluía una fíbula de tipo La Tène (Argente 8B), datada a partir de finales del siglo IV a.C.

El empobrecimiento de los ajuares en un sector de la Celtiberia desde finales del siglo IV a.C. (fases IIB y III) afectó a la representatividad de estos objetos. Si en Luzaga aparecen «escasos adornos espiraliformes» (Aguilera 1911, IV: 16, láms. XXII,2 y XXIV,2), éstos faltan por completo en Riba de Saelices (Cuadrado 1968), La Yunta (García Huerta y Antona 1992) o Monteagudo de las

Vicarías (Taracena 1932: 32 ss.; *Idem* 1941: 100) (15). Tampoco debió ser un tipo de adorno muy abundante en necrópolis como *Arcobriga*, a tenor de las pocas referencias al respecto, aunque sí se documente su inclusión en algún conjunto (tumba H).

En el Alto Duero, los modelos de espirales ofrecen una larga perduración, estando su presencia atestiguada en algunos conjuntos adscritos a la fase IIA, como es el caso de La Mercadera (*vid. supra*), Quintanas de Gormaz-A y Ucero (García-Soto 1990: fig. 14), en cuya sepultura nº 29 se documenta un ejemplar de placa asociado a un adorno espiraliforme (fig. 87,A). Una cronología más reciente puede defenderse para la sepultura 10 (M.A.B.) de Osma, donde una espiral de bronce se halló adherida a un resto de hierro, así como para los restos de adornos espiraliformes de la necrópolis de Fuentelaraña, Osma (Campano y Sanz 1990: 67 s., fig. 6), habiéndose señalado igualmente su presencia en Los Castejones de Calatañazor (Pascual 1991: fig. 24, 56-57) y en la ciudad de Numancia (fig. 96,A,15) (Taracena 1932: 23; Schüle 1969: lám. 171,15).

2.4. Broches de cinturón

Los broches de cinturón son uno de los elementos más característicos de los ajuares funerarios de las necrópolis de la Meseta Oriental, estando también documentados en poblados y ciudades celtibéricas de época avanzada (16). Son piezas de fundición que, en la inmensa mayoría de los casos, están realizados sobre una lámina de bronce, conociéndose algunos de hierro. Constan de dos partes: la pieza macho, provista de uno o más ganchos o garfios, y la hembra, formada por un alambre serpentiforme o, más corrientemente, por una placa con una o varias hendiduras para su enganche y en la que se introduce la primera. Ambas irían sujetas al cinturón, que normalmente sería de cuero, mediante un número variable de clavos o remaches (17).

(15) Llama la atención la escasez de este tipo de adorno en otras necrópolis de la zona, de amplia cronología. Es el caso de Chera, en la que del abundante material metálico inventariado únicamente se hace referencia a una espiral de bronce (Cerdeño *et alii* 1981: 31, fig. 9,6).

(16) A las piezas conocidas de antiguo de Numancia (2), Izana (1) y Langa de Duero (2) hay que sumar un ejemplar damasquinado de Las Arribillas (Guadalajara) (Galán 1989-90: 176 ss., fig. 1). A ellos habría que añadir los ejemplares de Herrera de los Navarros (Burillo y de Sus 1988: 65; Burillo 1989: 86), La Caridad (Vicente *et alii* 1991: 112), Botorrita (Burillo 1989: 86) y Alto Chacón (Atrián 1976), ya en la Celtiberia aragonesa.

(17) En ocasiones se han documentado una serie de piezas formadas por una delgada tirta de bronce doblada por ambos extremos sin juntarse que, según Cerralbo (1916: 67, fig. 36), servían para sostener, a modo de pasador, la fina correa del cinturón femenino. Según este autor, su hallazgo resultaba frecuente, localizándose a menudo varios en una sepultura.

(14) Los adornos espiraliformes aparecen en un número importante de necrópolis celtibéricas (*vid. supra*), habiéndose registrado igualmente su presencia en contextos de habitación, como sería el caso de una espiral aparecida en el interior de la vivienda nº 4 de la fase inicial del poblado de La Coronilla (Cerdeño y García Huerta 1992: 88, fig. 57,11), al que habría que añadir el hallazgo de una fíbula de espirales de Castilfrío de la Sierra (fig. 85,B,10) (Romero 1991a: 312 ss., fig. 77,2). Por su parte, el modelo de placa rectangular resulta mucho menos habitual, documentándose en sus diferentes variantes en las necrópolis de Sigüenza (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: fig. 12,6), La Olmeda (fig. 86,B,2-3), Valdenovillos (fig. 87,B,2), Alpanseque (fig. 87,B,4), Carratiermes (fig. 87,B,1), *Arcobriga* (fig. 87,B,3) y Ucero (fig. 87,A,2).

Se conocen más de 300 broches de cinturón en la Meseta Oriental, en su mayoría procedentes de necrópolis, principalmente de las excavadas por el Marqués de Cerralbo. Su presumible valor como indicador cronológico, cultural, e incluso étnico no ha podido ser suficientemente explotado ya que la mayoría de ellos carecen de contexto (89,3%). Sin embargo, en algunos casos se han podido definir asociaciones más o menos significativas, bien a partir de conjuntos inéditos, mediante fotografías, dibujos o la simple descripción de los mismos (7,2%), o bien de las escasas excavaciones antiguas que fueron publicadas (2,7%), como es el caso de La Mercadera (Taracena 1932) y de Atienza (Cabré 1930). Desgraciadamente, los trabajos de campo realizados con posterioridad a 1975 (que aportan el 0,7% de los broches) tampoco han proporcionado los resultados esperados, aunque se cuente con algunas aportaciones de indudable valor, como las procedentes de las necrópolis de Carratiermes (Alonso 1992) o Numancia, ésta todavía en proceso de excavación (18).

Los diversos modelos de broches de cinturón documentados en la Meseta Oriental han sido objeto de diversos intentos de clasificación (Bosch Gimpera 1921: 29 ss., fig. 6; Cabré 1937; Schüle 1969: 132 ss.; Cerdeño 1977, 1978 y 1988; Mohen 1980: 78 s., fig. 32; Lorrio 1995c: 316 ss. y Apéndice II), pudiéndose diferenciar cuatro grandes grupos (figs. 89-92):

A. Broches de placa subtrapezoidal, cuadrada o rectangular, sin escotaduras ni aletas y un solo garfio (tipo B de Cerdeño). Se han diferenciado dos tipos básicos según la forma de la placa, y diversas variantes en función de la decoración, que puede ser a base de líneas en resalte o incisas y de triángulos y puntos grabados (figs. 89-90).

B. Broches de placa triangular o trapezoidal, con escotaduras abiertas o cerradas y número variable de garfios (tipos C y D de Cerdeño). Los diferentes tipos y variantes se han establecido a partir de una serie de características formales y decorativas. Así, se ha tenido en cuenta la presencia de escotaduras laterales, abiertas —en número de dos, valorando la tendencia de éstas a cerrarse— o cerradas —en número de dos o cuatro—, el número de garfios —de 1 a 3 en las de dos escotaduras abiertas, 1 ó 3 en los ejemplares de dos escotaduras cerradas, y 2 ó, con más frecuencia, 4 ó 6 en los de cuatro escotaduras cerradas, los llamados broches dobles o geminados—, y la decoración, de carácter geométrico con líneas en resalte o incisas, puntos grabados, círculos concéntricos troquelados o remaches ornamentales, aunque también pueda faltar por completo (fig. 89-91).

C. Broches de tipo ibérico, constituidos por una placa cuadrada o rectangular con dos aletas flanqueando el garfio. Teniendo en cuenta las características morfológicas y decorativas se pueden diferenciar dos grandes grupos (figs. 89 y 92). El primero, caracterizado por ofrecer aletas redondeadas más o menos señaladas que enmarcan un corto y ancho garfio rectangular; pueden estar decorados a base de líneas incisas, puntos grabados, botones ornamentales, etc. (tipo C1). El segundo presenta el garfio de forma trapezoidal y aletas redondeadas o apuntadas, con decoración damasquinada (tipos C2A1 y C3C1) o grabada (C3B1).

D. Broches calados de tipo La Tène. Muy escasos, aun cuando su presencia en contextos meseteños resulta de gran interés cultural (figs. 89 y 92).

Los dos primeros grupos corresponderían al tipo que Cerdeño (1978) denomina «céltico», término que debe ser matizado, ya que aplicado a la Península Ibérica (Almagro-Gorbea y Lorrio 1987a) se circunscribe a un territorio que supera con creces la zona de máxima concentración del modelo, situada en la Meseta Oriental. Tampoco es justificable su utilización por lo que se refiere al mundo céltico continental, puesto que son muy escasos los hallazgos de estas piezas fuera de la Península Ibérica, localizándose sobre todo en la Aquitania y el Languedoc (Mohen 1980: 78), territorios no específicamente célticos. Además, los Celtas de la Cultura de La Tène desarrollaron un modelo propio que, aun en número muy escaso, también está documentado en la Meseta. De acuerdo con esto, podría resultar más adecuada la utilización del término «celtibérico» para estos modelos, o por lo menos para algunas de sus variantes, ya que el área de dispersión de la mayoría de los hallazgos coincide con la zona nuclear de la Cultura Celtibérica.

Estas piezas, cuya funcionalidad no es otra que la de servir de enganche al cinturón, son también un indicador

(18) La falta de fiabilidad del registro se pone de manifiesto al analizar algunos ejemplares de la Colección Morenas de Tejada. Uno de ellos fue publicado por Cabré (1937: 121, lám. XXIX, fig. 70), junto con su pieza hembra, como procedente de la necrópolis de Gormaz, señalando la presencia de decoración de líneas de puntos impresos (fig. 90.9). Con posterioridad, el mismo broche aparece reproducido, incluso con la decoración intuida en la fotografía de Cabré, como un hallazgo de Tossal Redó (Cuadrado 1961: fig. 6.3), para finalmente, y ya sin evidencia alguna de decoración, ser adscrito a la necrópolis de Osma (Cerdeño 1978: fig. 5.4; *Idem* 1988: 111).

Aún sorprende más el caso de otra pieza macho que el propio Cabré (1937: 117s., lám. XXV, fig. 58) publicó, junto con el resto de las piezas del ajuar, como procedente de Gormaz, cuando en realidad debe de identificarse con el documentado en la tumba Osma-2 del M.A.N. (*vid.* Apéndice I). Otro ejemplo más viene dado por un broche calado de tipo La Tène, publicado por Cabré (1937: 120s., lám. XXIX, fig. 69) como de la necrópolis de Osma junto a una pieza hembra y un interesante ajuar. Las piezas que forman el broche se identifican con las aparecidas en la sepultura 13 de este cementerio (Cabré 1917: 91; foto M.A.N.), aunque no así el resto del ajuar (*vid.* Apéndice I). Por su parte, Cerdeño (1977: 244, nº 7, lám. LXXVI,3), que revisó los fondos del M.A.N. y del Museo Numantino de Soria, describe esta pieza, sin aparente justificación, como procedente de Quintanas de Gormaz.

del estatus de su poseedor, que se manifiesta tanto por la complejidad y riqueza de su decoración, como por su presencia en contextos funerarios, a menudo formando parte de sepulturas que por el número y calidad de los objetos de sus ajuares pueden ser consideradas ricas. Algunas de estas piezas muestran signos de haber sido reparadas, confirmando así su carácter práctico al tiempo que un cierto valor simbólico o puramente económico (Rovira y Sanz 1986-87: 356 s.). Este carácter simbólico de los broches de cinturón, concretamente de los modelos de escotaduras, ha sido analizado por J.A. Morán (1975 y 1977).

En La Mercadera (Lorrio 1990: 46: figs. 2 y 6), los broches de cinturón se han documentado en siete conjuntos, asociados tanto con armas —lo que ocurre en el 6,8% de las sepulturas militares de este cementerio— como con adornos espiraliformes —en el 6,4% de las tumbas de atribución femenina—, estando presentes en sepulturas muy «ricas», como es el caso de las tumbas 3 y 15 (ambas provistas de armamento), o siendo el único elemento metálico del ajuar (tumbas 37 y 64). En Carratiermes (Alonso 1992: 577, fig. 1; Argente *et alii* 1992: 303 s., fig. 14), se han encontrado en tumbas militares y, en una proporción mayor, en aquellas caracterizadas por la presencia de adornos de bronce (fig. 85,A), conjuntos todos ellos que incluyen un buen número de objetos en su ajuar. En otros casos, los broches de cinturón se vinculan con individuos femeninos, como ocurre en la necrópolis vaccea de Padilla de Duero (Sanz 1990a: 165), pues de las seis tumbas que tienen este tipo de piezas, todas ellas sin armas, sólo una se ha identificado como correspondiente a un varón.

La distribución geográfica de los distintos modelos resulta desigual, poniendo de relieve la mayor concentración de un buen número de ellos en el área celtibérica, especialmente en las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón, en lo que hay que ver razones de tipo cronológico, al localizarse en esta zona algunas de las necrópolis celtibéricas de mayor antigüedad (fig. 93).

Los hallazgos de broches sin escotaduras (**Tipo A**) se concentran fundamentalmente en el Oriente de la Meseta, siendo relativamente abundantes en las necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón, principalmente en la cuenca alta del Henares (Cerdeño 1978: fig. 2).

Bastante más amplia es la zona de dispersión de los tipos provistos de escotaduras (**Tipo B**), con una marcada concentración en la Meseta Oriental, siendo más abundantes en el Alto Tajo-Alto Jalón y, en menor medida, en el Valle del Ebro y Cataluña, así como en Aquitania y el Languedoc (Cerdeño 1978; Mohen 1980; Parzinger y Sanz 1986). Destaca su rareza en el resto de la Meseta, a excepción de un modelo singular, el llamado tipo Bureba

(Sanz 1991). No obstante, debe señalarse la presencia de diferentes ejemplares en Sanchorreja (Cerdeño 1978: fig. 9,4; González-Tablas *et alii* 1991-92: figs. 3-6), Lara de los Infantes (Schüle 1969: lám. 155,25-26) o la zona de *Segobriga* (Cerdeño 1978: fig. 12,5). Resulta significativa la completa ausencia de los modelos de escotaduras abiertas en las necrópolis del Alto Duero (fig. 93), con la excepción de Carratiermes, cementerio que en su fase antigua, a la que se adscriben los broches de cinturón, se vincularía culturalmente con el Alto Henares. Entre estos modelos cabe destacar el tipo Acebuchal (B1D1), con un garfio, dos escotaduras abiertas y decoración a molde, cuya aparición en la Meseta se circunscribe al Alto Tajo-Alto Jalón (fig. 93), habiendo de añadir un ejemplar procedente de Sanchorreja (González-Tablas *et alii* 1991-92: fig. 3). De las nueve necrópolis celtibéricas en las que se han encontrado piezas de este tipo característico, cuatro se hallan en la cuenca alta del río Henares, dos más en la del Tajuña, una en el Alto Jalón, quedando las restantes algo más alejadas, en las proximidades de Molina de Aragón y en la Sierra de Albarracín, respectivamente. Esta dispersión, junto con la estandarización de su tamaño respecto a las piezas del mismo tipo aparecidas fuera de la Meseta, hace pensar en la existencia de un único taller local, situado quizás en el Alto Henares. Una distribución más homogénea muestran los ejemplares de escotaduras cerradas, muy abundantes entre las necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón y relativamente frecuentes entre las del Alto Duero (fig. 93).

Menos habitual es la presencia de broches de tipo ibérico (**Tipo C**), que resultan especialmente abundantes en el Alto Duero (fig. 93), tanto en necrópolis, en alguna de las cuales —La Revilla— representan una abrumadora mayoría, como en ciertos poblados, donde suelen constituir el único modelo identificado. Bien documentados en el mundo ibérico (Cabré 1937), los broches con decoración damasquinada están perfectamente atestiguados en las necrópolis del Alto Tajo-Alto Jalón, siempre de forma minoritaria, con la excepción de la necrópolis de *Arcobriga*, donde parece ser un tipo frecuente. Asimismo, están presentes en poblados y en algunas necrópolis del Alto Duero, en las que suelen ser minoría respecto a los demás tipos documentados. A diferencia de lo observado en los modelos de los grupos A y B, estos broches son abundantes en yacimientos del área occidental de la Meseta (Cabré 1937), como es el caso de las necrópolis de Las Cogotas y, en particular, de La Osera, lo que debe verse como un indicador de la modernidad y riqueza de los cementerios vettones. Tanto su presencia minoritaria respecto a los tipos precedentes como su mayor área de dispersión pueden interpretarse por razones cronológicas, ya que suelen ir asociados a elementos de datación avanzada.

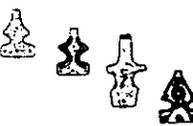
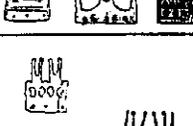
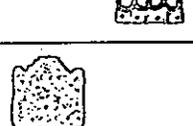
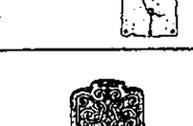
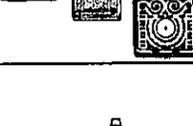
GRUPO	SUBGRUPO	TIPO			CERDENIO 1978		
		FORMA/ESCOTADURA	DECORACIÓN	Nº DE GARFIOS			
A	1	 <p>PLACA SUBTRAPEZOIDAL SIN ESCOTADURAS</p>	A. Sin decoración	1	C	A1A1	BI
			B. Incisa	1		A1B1	
			C. Grabada	1		A1C1	BIV
			D. Repujada	1		A1D1	
A	2	 <p>PLACA CUADRADA O RECTANGULAR SIN ESCOTADURAS</p>	A. Sin decoración	1	E	A2A1	
			B. Incisa	1		A2B1	
			C. Grabada	1		A2C1	BII
			D. A molde	1		A2D1	BIII
B	1	 <p>DOS ESCOTADURAS ABIERTAS</p>	A. Sin decoración	1	I	B1A1	CV.1
			B. Incisa	1		B1B1	CIII.1
			C. Grabada	1		B1C1	CV.1a
			D. A molde	1		B1D1	CII
	2	 <p>DOS ESCOTADURAS CON TENDENCIA A CERRARSE</p>	A. Sin decoración	1	B	B2A1	CV.1
			B. Incisa	1		B2B1	CIII.1
			C. Grabada	3		B2B3	CIII.2
			C. Grabada	3		B2C1	CV.1a/b
	3	 <p>DOS ESCOTADURAS CERRADAS</p>	A. Sin decoración	1	C	B3A1	DII.1
			B. Grabada	3		B3A3	DII.2
			C. A molde	1		B3B1	DIII.1a
			D. Troquelada	1		B3B3	DIII.3
4	 <p>CUATRO ESCOTADURAS CERRADAS</p>	A. Sin decoración (?)	4	O	B3C1	DI	
		B. Grabada	2		B3D1	DIII.1b	
		B. Grabada	4		B4A4		
		B. Grabada	6		B4B2	DIII.2	
C	1	 <p>PLACA CUADRADA CON ALETAS REDONDEADAS Y GARFIO RECTANGULAR</p>	A. Sin decoración	1	I	C1A1	
			B. Incisa/grabada/repujada	1		C1B1	
	2	 <p>PLACA CUADRADA CON ALETAS REDONDEADAS Y GARFIO TRAPEZOIDAL</p>	A. Damasquinada	1	R	C2A1	
			A. Sin decoración	1		C3A1	
	3	 <p>PLACA CUADRADA O RECTANGULAR CON ALETAS APUNTADAS</p>	B. Repujada	1	I	C3B1	
			C. Damasquinada	1		C3C1	
D	1	 <p>PLACA CALADA</p>	A. Calada + Grabada	1	L	D1A1	

Fig. 89.—Tipología de los broches de cinturón localizados en el territorio celtibérico.

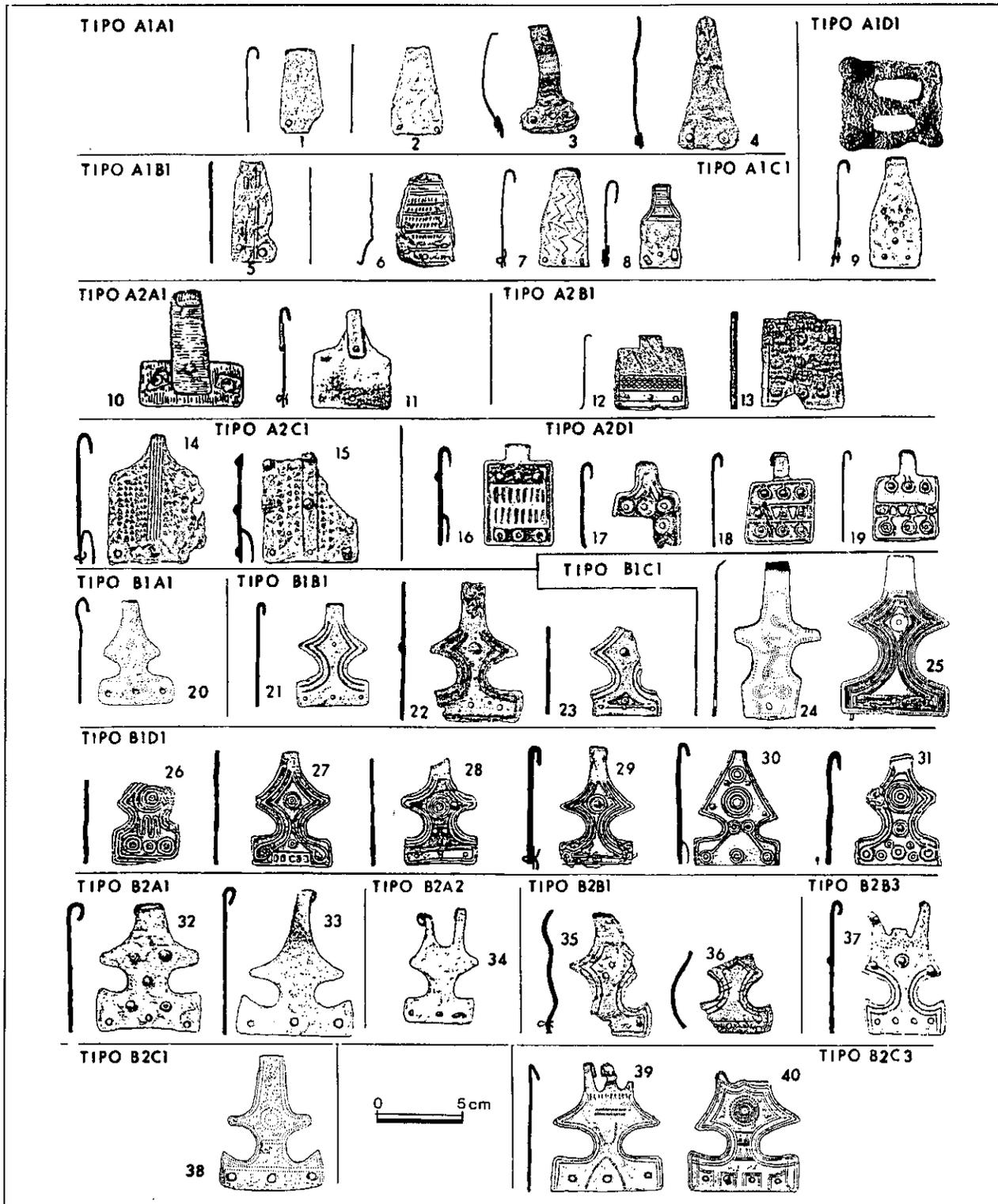


Fig. 90.—Tipología de los broches de cinturón localizados en el territorio celtibérico. Tipos A, B1 y B2: 1, 3, 5 y 22, Carabias; 2, Torresabiñán; 4 y 7, Aguilar de Anguita; 6, 11, 28, 33 y 39, La Olmeda; 8 y 17, Sigüenza; 9, Gormaz; 10, Quintanas de Gormaz; 12, 27, 30-31 y 40, Clares; 13 y 18, Garbajosa; 14, 20, 32, 35 y 36, Valdenovillos; 15, 21, 23, 29, 34 y 38, Almaluez; 16, Molina de Aragón; 19, Alpanseque; 24, Villar del Horno; 25, Carratiermes; 26, Atienza; 27, Hijes. (Según Cerdeño 1978 (1-8, 9 —pieza macho—, 14, 15, 17-19, 21-23, 26-33, 35-38), Cabré 1937 (9, pieza hembra), Schüle 1969 (10), Cerdeño 1977 (11-13, 20, 34, 39 y 40), Cerdeño et alii 1981 (16), Almagro-Gorbea 1976-78 (24) y Alonso 1992 (25)). Números 4 y 10, de hierro; el resto, de bronce.

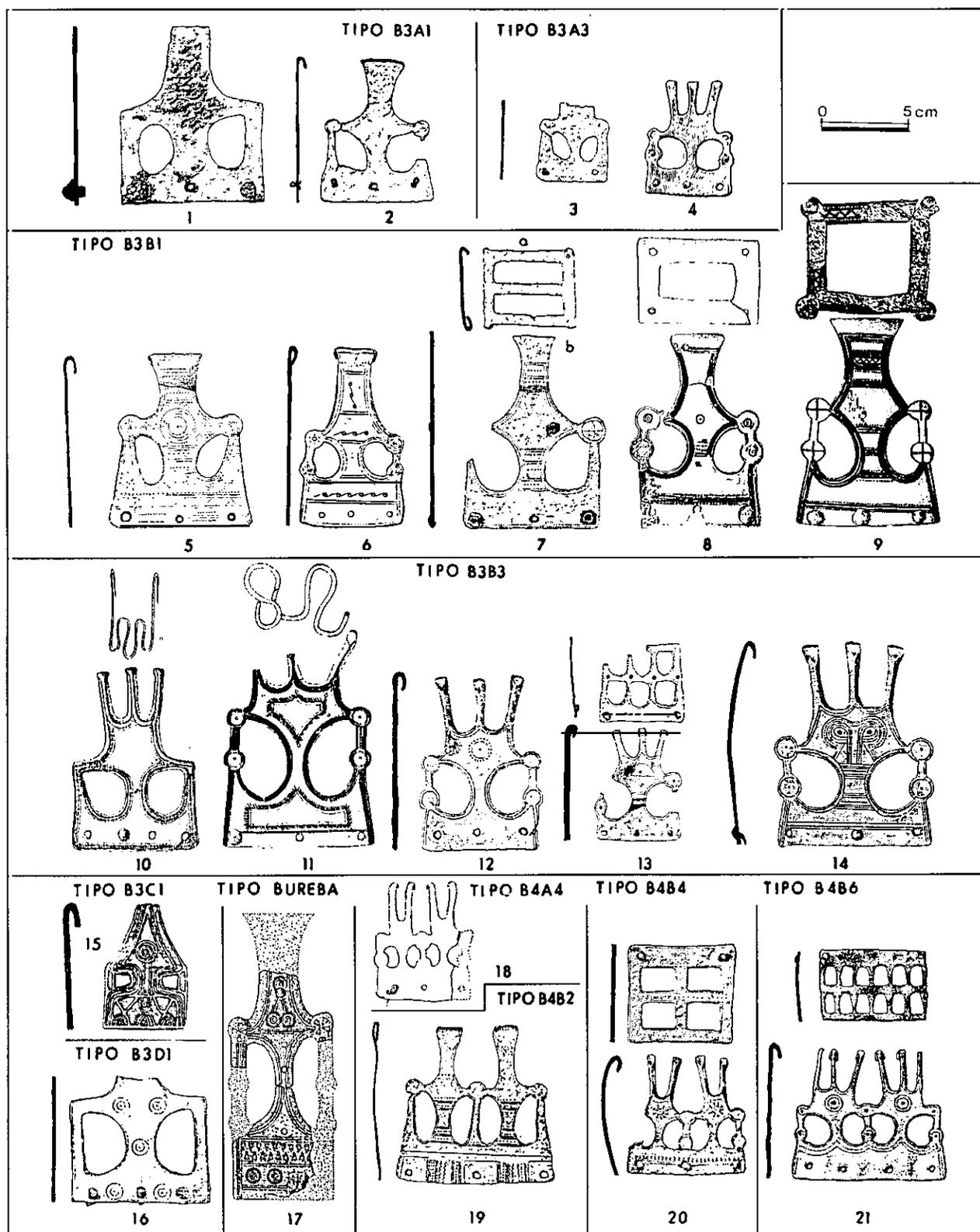


Fig. 91.—Tipología de los broches de cinturón localizados en el territorio celtibérico. Tipos B3 y B4: 1 y 16, Alpanseque; 2 y 7, La Olmeda; 3 y 21, Carabias; 4, Osma; 5, 15 y 19, Valdenovillos; 6, procedencia desconocida; 8-11, Carratiermes; 12 y 14, Higes; 13, Quintanas de Gormaz; 17, La Revilla; 18, Monteagudo de las Vicarías; 20, Aguilar de Anguita. (Según Cerdeño 1977 (1-3, 16 y 19), Schüle 1969 (4), Cerdeño 1978 (5-7, 12-15 y 20-21), Alonso 1992 (8-11), Ortego 1985 (5) y Taracena 1932 (18)).

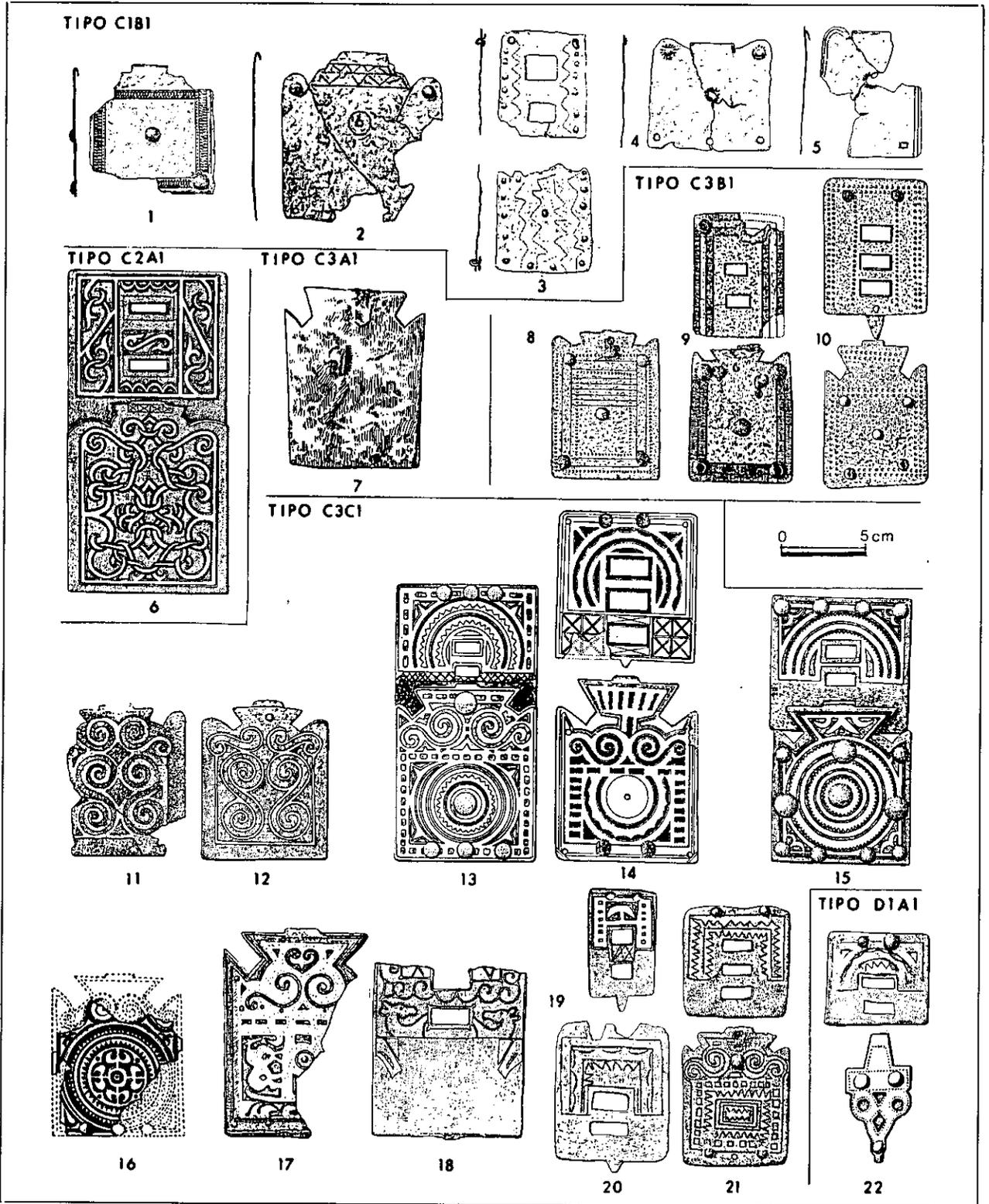


Fig. 92.—Tipología de los broches de cinturón localizados en el territorio celtibérico. Tipos C y D: 1, Almaluez; 2, Aguilar de Angüita; 3 y 5, Carabias; 4, Alpanseque; 6, Hijes; 7, 17 y 22, Osma; 8-10 y 14, La Revilla; 11, La Olmeda; 12, 15 y 19, Arcobriga; 13 y 21, El Atance; 16, Atienza; 18, Izana; 20, Numancia. (Según Cerdeño 1977 (1-5), Lenerz-de Wilde 1991 (6, 11, 12, 15, 17-21 y 22, pieza hembra), Schüle 1969 (7), Ortego 1985 (8-10 y 14), Cabré 1937 (13), Idem 1930 (16) y E. Cabré 1951 (22, pieza macho)).

Las necrópolis de Osma y La Osera han proporcionado los dos únicos broches de cinturón calados de tipo La Tène Inicial (**Tipo D**) aparecidos en la Península Ibérica (Cabré 1937: 120 s., lám. XXIX, fig. 69; Lenerz-de Wilde 1981: 315-317, lám. 64,1 y 3; *Idem* 1991: 182). Se trata de un modelo bien conocido en la Europa céltica (Lenerz-de Wilde 1981: 317, lám. 64,5-9) a partir del siglo V a.C., y cuya presencia en la Meseta cabe relacionarla con la existencia de un comercio de objetos de prestigio que se manifiesta en productos tales como fíbulas, espadas o cascos.

Ambos ejemplares presentan una importante modificación respecto a los modelos originales, ya señalada por Cabré (1937: 121) y Lenerz-de Wilde (1981: 316s.; 1991: 182), según la cual la zona del broche correspondiente al talón, una vez modificado en las piezas meseteñas, haría las veces de garfio; por su parte, dos remaches de hierro atravesarían la pieza, aprovechando la decoración calada, permitiendo así su fijación al cinturón de cuero. Tal modificación debió de afectar igualmente al garfio original, aunque esto no pueda ser afirmado categóricamente pues ambas piezas se hallan en la actualidad fracturadas (19). Con ello se pretendería aproximar estas piezas a los modelos peninsulares, de ancho garfio, al igual que las vainas de espada latenienses fueron adaptadas a la moda celtibérica (*vid.* capítulo V,2.2.1.1), como vendría a demostrarlo la asociación del ejemplar de Osma, decorado con líneas de puntos grabados, con una pieza hembra de tipo ibérico, seguramente damasquinada (fig. 92,22).

El ejemplar de Osma, el único que formaba parte de un conjunto cerrado, pertenece a la tumba 13 (M.A.N.) de dicha necrópolis (*vid.* Apéndice I); así lo confirma un dibujo esquemático de Cabré (1917: 91) y la documentación fotográfica conservada en el Museo Arqueológico Nacional, aun cuando el resto de los materiales que formaban parte del ajuar no coincidiera con la relación ofrecida por el propio Cabré (1937: 120).

En apariencia, los broches sin escotaduras y un garfio (**Tipo A**) serían los de mayor antigüedad, pero no conviene olvidar que todos los ejemplares adscritos a este primer grupo son elementos tipológicamente muy sencillos y carecen de contexto en su mayoría, por lo que podría tratarse en ocasiones de piezas relativamente modernas. La tumba Aguilar de Anguita-M (Cerdeño 1977: 162) ofrece un broche de tipo A1 con decoración de líneas de puntos en zigzag y otro ejemplar de escotaduras abiertas,

un garfio y ausencia de decoración, tipo B2A1, conjunto adscribible a la fase IIA por la presencia de un puñal de frontón exento. La datación avanzada es evidente en el caso de dos piezas de hierro, adscribibles a la fase IIB, procedentes de las tumbas *Arcobriga-J* (tipo A1A1) y *Quintanas de Gormaz-V* (tipo A2A1). La relativa antigüedad del modelo, así como su larga perduración, se pondría de manifiesto en las únicas piezas aparecidas en contextos de habitación, adscribibles a las fases PIIIa, PIIB y PIa del poblado de Cortes de Navarra (Cuadrado 1961: figs. 6,2, 6,9 y 3,7, respectivamente).

Mayor información han proporcionado los broches de escotaduras abiertas o cerradas y número variable de garfios (**Tipo B**), aunque la escasez de conjuntos cerrados constituya una importante traba al tratar de establecer una ordenación de estos objetos que vaya más allá de su simple clasificación siguiendo criterios puramente tipológicos. Las asociaciones conocidas permiten, sin embargo, apuntar algunas consideraciones de interés.

La antigüedad del tipo Acebuchal (tipo B1D1) parece estar clara dada su aparición en contextos antiguos documentados en áreas periféricas a la Meseta y por su proximidad a los prototipos. La posible asociación en un supuesto conjunto de Chera (Cerdeño 1983a: 283 ss.) de un ejemplar del tipo mencionado con otro decorado con líneas incisas (tipo B1C1) no haría sino confirmar la evidente relación entre ambos modelos (Cerdeño 1978: 284), tanto desde el punto de vista morfológico, al ofrecer, por lo común, la parte inferior de las escotaduras forma redondeada y con tendencia a abrirse, como del decorativo.

La presencia de dos escotaduras cerradas parece ser un elemento bastante antiguo como lo demuestra un broche procedente de Valdenovillos (B3C1) similar en todo a los de tipo Acebuchal salvo por la particularidad de presentar sus dos escotaduras cerradas.

La fase inicial de las necrópolis celtibéricas (fase I) proporciona algunos ejemplares pertenecientes al tipo B. La tumba Sigüenza-5 incluía un broche de escotaduras cerradas y un garfio con decoración de puntos grabados (tipo B3B1), conjunto que cabe adscribir a la fase inicial de este cementerio. De esta misma necrópolis procede un ejemplar sin escotaduras (tipo A1C1), aparecido fuera de contexto, cuya morfología y sintaxis decorativa constituyen un antecedente de los ejemplares de escotaduras cerradas y un garfio.

La fase más antigua de la necrópolis de Carratiermes, adscribible de forma general a la fase I, ha proporcionado un buen número de broches de cinturón de los modelos de escotaduras cerradas y uno o tres garfios, con decoración sobre todo de alineaciones de puntos impresos (tipo B3B), asociados a hembras de forma serpentiforme,

(19) El ejemplar de Osma, sin embargo, se hallaba completo cuando fue estudiado por Cabré (1937), siendo un ejemplo más del trato lamentable sufrido por las piezas tanto de la Colección Cerralbo como de la Colección Morenas de Tejada, a la cual pertenece el broche de Osma (*vid.*, al respecto, Apéndice I).

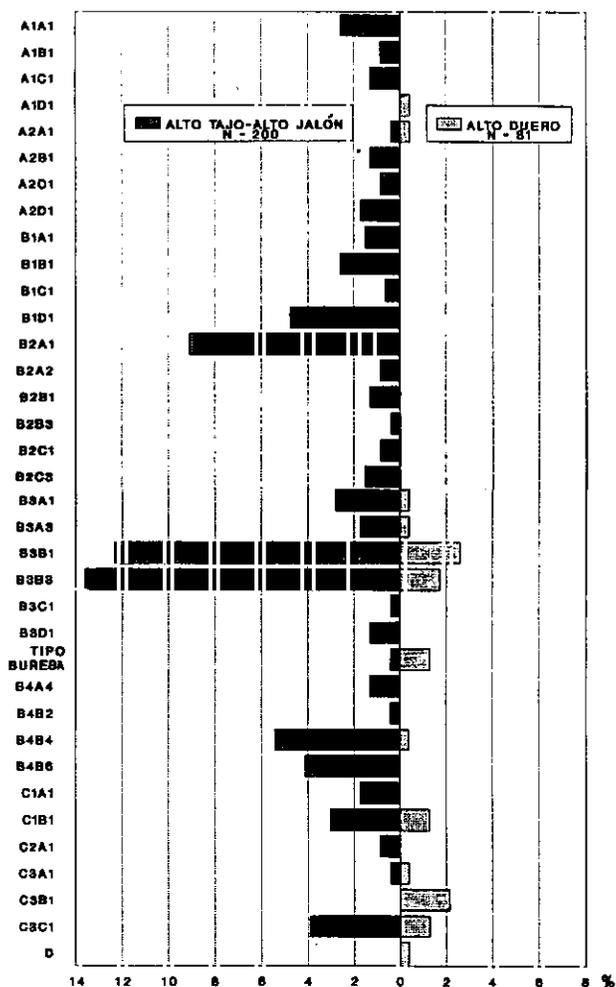


Fig. 93.—Distribución porcentual de los broches de cinturón identificados en la Meseta Oriental por tipos y ámbitos geográfico-culturales. (Con el grupo del Alto Tajo-Alto Jalón se han incluido los cementerios de Alpanseque y Carratiermes).

en los ejemplares de tres garfios (lo que también está documentado en la tumba Valdenovillos-A y en la U de Aguilar de Anguita), o de placa cuadrangular y un vano, en las piezas de un garfio. También se ha encontrado algún ejemplar de escotaduras abiertas y un garfio (tipo B1B1/B1C1) y uno de los de cuatro escotaduras cerradas y otros tantos garfios, tipo B4B4 (Alonso 1992: 576). A estos ejemplares habría que añadir, al parecer, un broche de tipo tartésico (Argente *et alii* 1992b: 592).

El tipo de escotaduras abiertas con tendencia a cerrarse, un garfio y ausencia de decoración (B2A1) se ha documentado, asociado a una placa hembra rectangular de un vano, en la sepultura nº 66 de Carabias junto con una fíbula de doble resorte de puente circular (Argente 3C), modelo éste propio de la fase I, por más que la presencia de una espada de antenas aconsejaría la

atribución del conjunto a la fase IIA. A este mismo período se puede adscribir un broche de características similares procedente, como se ha señalado, de la tumba M de Aguilar de Anguita, donde apareció junto a un ejemplar del tipo A1; otro se encontró, junto con una fíbula de pie vuelto (Argente 7B), en la tumba 27 de La Olmeda (García Huerta 1980: 13 s., fig. 2,8); y dos más en la tumba 9 (calle I) de Alpanseque (fig. 86,A), asociados a una fíbula de La Tène Inicial con pie zoomorfo en forma de S (tipo Argente 8A3), de cronología algo más moderna, y a los fragmentos de una chapa de bronce que adornaría el cinturón, entre otros elementos (fig. 86,A). Por su parte, la sepultura 7, calle I, de Alpanseque (Cabré 1917: lám. IV; Cabré y Morán 1975a: 609) ha proporcionado, junto a una fíbula de bronce de La Tène Inicial y un fragmento de cinturón de bronce, dos broches de forma cuadrangular, grandes escotaduras cerradas, un ancho garfio y decoración, al menos uno de ellos, de círculos concéntricos troquelados.

Entre las necrópolis del Alto Duero está documentado en contexto el tipo de escotaduras cerradas, un garfio y decoración de puntos impresos (B3B1). Dos piezas de este modelo aparecieron, respectivamente, en las tumbas 3 y 84 de La Mercadera. En la tumba Quintanas de Gormaz-A, un broche del tipo de escotaduras cerradas, tres garfios y aparentemente sin restos de decoración (tipo B3A3) se halló junto a una fíbula de La Tène de pie zoomorfo, no recogida por Argente (1994), y a una espada de «tipo Echauri», como elementos más característicos (fig. 72,B). Aun no siendo frecuente, la perduración de los modelos de escotaduras cerradas y uno o tres garfios (tipo B3) hasta la fase IIB-III es un hecho constatado, como evidencian las tumbas Quintanas de Gormaz-R (fig. 72,D) y Osma-9 (M.A.B.) (fig. 76,A), donde están presentes broches de tres garfios, así como el hallazgo de un ejemplar de un garfio en la ciudad de Numancia (Schüle 1969: lám. 171,29).

La relativa antigüedad de los broches geminados de cuatro garfios (B4) está confirmada por su asociación, en la tumba Aguilar de Anguita-E, con una espada de «tipo aquitano» (fase IIA1). Una espada «tipo Echauri» se documentó en la tumba 15 de La Mercadera junto a un fragmento decorado (fig. 71,B), del tipo con cuatro escotaduras cerradas y otros tantos garfios. De la sepultura 14 de Alpanseque procede un fragmento de una pieza hembra con dos filas de ventanitas que, en número de cuatro o seis, servirían de enganche a un broche bien del tipo anterior o bien de seis garfios. Está asociado, como elemento más significativo, a una fíbula de pie vuelto del tipo 7B de Argente.

Los broches de placa cuadrangular de tipo ibérico y sus variantes meseteñas (Tipo C) están perfectamente documentados en diferentes necrópolis celtibéricas. A

pesar de que el carácter descontextualizado de la mayoría de ellos dificulte la correcta adscripción cronológica del grupo, no parece que exista duda alguna en su vinculación a las fases II y III, al menos en cuanto a las piezas procedentes de conjuntos cerrados (cuadros 1-2 y Apéndice II, nº 80). A un momento avanzado de la fase IIA y a la fase IIB cabe adscribir las piezas de La Revilla-A, con decoración grabada (fig. 74,A), Osma-1 (M.A.B.), que no ha conservado la decoración (fig. 75,A), así como las piezas damasquinadas de Atienza-16 (fig. 68,B), La Revilla-C (fig. 74,C) y Osma-2 (M.A.N.), ésta con decoración figurada y quizás ya a caballo entre esta fase y la siguiente. A la fase III pertenecerían los broches de Izana (Cabré 1937: lám. XXV,59), Langa de Duero (Taracena 1932: lám. XXXIV) y Numancia (Martínez Quirce 1992).

El hallazgo en la sepultura Osma-13 de un puñal biglobular asociado a una placa de cinturón de tipo La Tène (**Tipo D**) permitiría fechar el conjunto *ca.* siglo III/II a.C. (fase IIB-III).

Finalmente, habría que hacer referencia a una serie de piezas de forma similar a las hebillas de cinturón actuales, de las que se conocen al menos dos ejemplos en el área celtibérica (tumbas 18-M.A.N. y 12-M.A.B. de Osma), adscribibles a la fase IIB-III (fig. 76,D).

2.5. Elementos para sostener el tocado

Cerralbo (1916: 61 s.; Schüle 1969: 161) halló, formando parte de algunos ajuares funerarios, un peculiar objeto de hierro que identificó con el descrito por Artemidoro (en Str. 3, 4, 17) para sujetar los tocados. Está compuesto «de una bandita casi circular de hierro que se colocaba alrededor del cuello y de una delgada varilla de 30 a 36 cm. de larga, bifurcándose a su extremidad en otras dos más finas, y suelen medir cada una de 10 a 15 cm. de largo; la banda del cuello tiene regularmente de anchura 2 cm., y en ambas extremidades unos agujeritos, sin duda para los cordones que le atasen al cuello; en los extremos de las dos finales varillitas hay otros agujeros que servirían para sujetar los mantos o las altas mitras o caperuzas...» (Aguilera 1916: 61 s.).

Su presencia resulta habitual en la necrópolis de *Arcobriga* (fig. 94,A-B), formando parte de «todas» las sepulturas que Cerralbo atribuyó a sacerdotisas (Aguilera 1916: 61), siempre uno por sepultura, aunque la tumba 53 de Clares, un conjunto integrado por un buen número de elementos de adorno, como excepción, ofreciera dos (Aguilera 1916: 73). En Aguilar de Anguita únicamente se hallaron tres de estos objetos en otras tantas sepulturas (Aguilera 1911, III: 64, lám. 23,2XLIX). En Almaluez está documentada su presencia (Domingo 1982: 267 s., lám. III,3). Su asociación con armas está documentada

en la tumba J de *Arcobriga* y en el Alto Duero, formando parte de diferentes conjuntos, adscribibles a la fase IIB y III, de las necrópolis de Quintanas de Gormaz (tumba Ñ) y Osma —tumbas 3 y 14 del M.A.B. y 14 del M.A.N. (figs. 75,C, 76,E y 78,A)—. A estos hallazgos habría que sumar un ejemplar sin contexto conservado en el Museo de Atienza, procedente al parecer de esta comarca, así como los documentados en la necrópolis de Aragoncillo (Arenas y Cortés e.p.).

3. ADORNOS

A pesar de que en esta categoría podrían incluirse la mayor parte de las piezas de orfebrería, las fíbulas, los pectorales y los broches de cinturón, sólo se han clasificado como tales aquellos elementos en los que prima, sobre cualquier aspecto funcional, el carácter puramente ornamental.

3.1. Brazaletes y pulseras

Las necrópolis celtibéricas han proporcionado diferentes modelos de brazaletes y pulseras realizados comúnmente en bronce, aunque se conocen ejemplares en hierro y plata, estos últimos analizados con el resto de la orfebrería. Cerralbo (1916: 65) señaló la existencia de dos modelos bronceos, «brazaletes de un anillo y otros de bastantes, reunidos por presión», pero su procedencia de necrópolis nunca publicadas dificulta el análisis tipológico de estos objetos (20).

(20) En Aguilar de Anguita, Cerralbo (1911, III: 23, láms. 56-58) localizó muchísimos brazaletes de aretes múltiples, sin ornamentar y muy estrechos, de forma ovalada, así como algunos de cinta más ancha. En las revisiones de algunas de las necrópolis de la Colección Cerralbo apenas se aborda el estudio de estos objetos de adorno. En Carabias se menciona la presencia de cerca de sesenta pulseras, con predominio de las formas elípticas sobre las circulares y de las secciones planas y semicirculares, estando decorado un único ejemplar con motivos geométricos incisos (Requejo 1978: 57). En el caso de La Olmeda (García Huerta 1980: 27) se identificaron cuarenta y cuatro pulseras, entre las que predominan las formas ovaladas, seis de las cuales ofrecen decoración geométrica incisa. Junto a ellos, se conservan un buen número de brazaletes de aritos múltiples. En El Atance (de Paz 1980), se señala la presencia de fragmentos de brazaletes, sin más especificación, mientras en Valdenovillos se hace mención a brazaletes formados por varios aretes unidos y pulseras (Cerdeño 1976a: 6 ss.). De Alpanseque procede un buen número de brazaletes (Cabré 1917: lám. XIX,3), aunque únicamente se conozca su contexto inmediato en la tumba 9 (calle I) (fig. 86,A), donde aparecieron ejemplares múltiples, de sección rectangular, y de los que se documentaron más de veinte piezas, y modelos sencillos, ultracirculares y de sección redonda, de los que se hallaron al menos cuatro ejemplares. De Almaluez (Taracena 1933-34; *Idem* 1941: 33; Domingo 1982: 258, fig. 4,5) se conservan muchos fragmentos de brazaletes de aros múltiples, mientras que las pulseras de un único aro son escasas.

Necrópolis como La Mercadera (Taracena 1932: 24 s.) han permitido, sin embargo, identificar diferentes modelos que, si se exceptúan los realizados en metales nobles, se reducen a tres tipos bien diferenciados, los dos primeros relativamente frecuentes en otros cementerios celtibéricos de diversa cronología:

a) Brazaletes de bronce de aros múltiples, generalmente de sección rectangular (figs. 86,A,7 y 94,D,1) (21). Están formados por un número variable de aretes, entre 10 y 40, si bien algunos llegan hasta las 60 piezas, como en la tumba 86, donde yuxtapuestos miden 22 cm., con diámetros que van aumentando desde 62 a 96 mm., o en la 29, que alcanzan los 15 cm. de longitud y diámetros internos de 47 a 60 mm. La tumba 20 ofreció, además de estos aretes de sección rectangular de un milímetro de lado, cinco más de sección plano-convexa y 6 mm. de altura. Los aretes tienen forma de circunferencia aplastada, con tendencia rectangular los de menor tamaño, sin que se hayan conservado en ningún caso varillas a modo de vástago de unión, si bien en una ocasión han aparecido agrupados por medio de una pequeña presilla. Debido a sus diámetros internos, que oscilan entre 40 y 54 mm. los menores, Taracena (1932: 25) los relacionó en su mayor parte con tumbas infantiles.

b) Pulseras sencillas de bronce (fig. 86,A,8, 87,A,5 y 94,E,6-7).

c) Pares de pulseras de hierro de arete sencillo o doble, con remates rectangulares (fig. 94,C).

Los brazaletes y las pulseras suelen encontrarse en ajuares formados por elementos bronceos de adorno, aun cuando en una proporción mucho menor puedan asociarse con armas. En el caso de La Mercadera (fig. 88), los brazaletes de aros múltiples nunca se hallan en tumbas militares, siendo frecuente su asociación con adornos espiraliformes, pudiendo ser también el único objeto depositado en la sepultura. Algo similar puede señalarse para las escasas pulseras de hierro, de las que se han localizado únicamente dos parejas (tumbas 10 y 34). Por el contrario, los dos únicos ejemplares de pulseras simples de bronce proceden de sepulturas militares (tumbas 19 y 77) (22). El ejemplar de la tumba 77, de sección rectangular, atraviesa «una cuenta de resina» (Taracena 1932: 24 y 26, lám. XXII,77).

La relativa antigüedad de los brazaletes de aros múltiples queda confirmada por su presencia en las sepulturas

1 y 3 de Chera (Cerdeño *et alii* 1981: 22 y 24, figs. 3 y 4), o en las tumbas 2 y 14 de Sigüenza, éstas femeninas según los análisis antropológicos si bien la última de ellas contiene armas (Cerdeño y Pérez Ynestrosa 1993: cuadro 5). En Carratiermes, este modelo resulta frecuente en las sepulturas caracterizadas por poseer adornos bronceos adscribibles a la fase inicial de este cementerio (Argente *et alii* 1992: 308). La tumba 235 proporcionó los restos de uno o más brazaletes de aros múltiples, de sección rectangular, algunos de los cuales presentaban decoración incisa en una de sus caras (Argente *et alii* 1992: 311).

Por su parte, la presencia de diferentes tipos de brazaletes y pulseras en las necrópolis de la margen derecha del Alto Duero está registrada desde la fase IIA, siendo buen ejemplo de ello los casos de La Mercadera, Utero (tumba 29), Quintanas de Gormaz (tumba Q) y Osma (Schüle 1969: lám. 63,11-12). También se documentan brazaletes en los castros de la serranía soriana, identificándose dos modelos diferentes (Romero 1991a: 319 s.): el de sección circular rematado por un ensanchamiento redondeado (fig. 94,E,6) y el de sección rectangular de forma oval (fig. 94,E,7).

3.2. Collares y colgantes

Los collares están formados por cuentas de diversas formas y materiales. Cerralbo (1916: 66) señala cómo sus necrópolis proporcionaron una «suma crecida de cuentas de collar» de bronce y varias «de ámbar amarillo del Báltico». La existencia de collares de diverso tipo es conocida desde la fase inicial de las necrópolis celtibéricas. En Chera (Cerdeño *et alii* 1981: 24 y 26 s.), se han hallado un buen número de aritos de bronce en la tumba 3 y en el interior de los dos *ustrina* identificados (Cerdeño *et alii* 1981: figs. 5,5, 7,1-2 y 8,2) —hasta 265 en el nº 1—, estructuras que cabe adscribir a la fase inicial de este cementerio. Formando parte de las tumbas con adornos de bronce (fase I), la necrópolis de Carratiermes ha proporcionado collares de cuentas de pasta vítrea (23) (Argente *et alii* 1992: 308), como en la tumba 235, de color amarillo, muy deterioradas por el fuego (Argente *et alii* 1992: 311). En la tumba 291 se halló un collar completo formado por 2.247 pequeñas cuentas de bronce, con una longitud en torno a los 3,5 m., y restos de cuentas de pasta vítrea (Argente *et alii* 1992: 313,

(21) Entre los materiales aparecidos sin contexto en la necrópolis de Atienza, se hallaron restos de brazaletes de bronce de sección rectangular, a los que Cabré (1930: 26 s.) denomina «tipo Aguilar de Anguita».

(22) Algo similar ocurre en Almaluez, en cuya tumba 56 una pulsera de sección plano-convexa se asocia a un ajuar militar (Taracena 1933-34: 19a; Domingo 1982: fig. 4,5).

(23) En Padilla de Duero, el diagnóstico antropológico ha confirmado la vinculación de las cuentas de pasta vítrea —en las únicas tres tumbas donde se documentaron— con individuos infantiles (Sanz 1990a: 165).

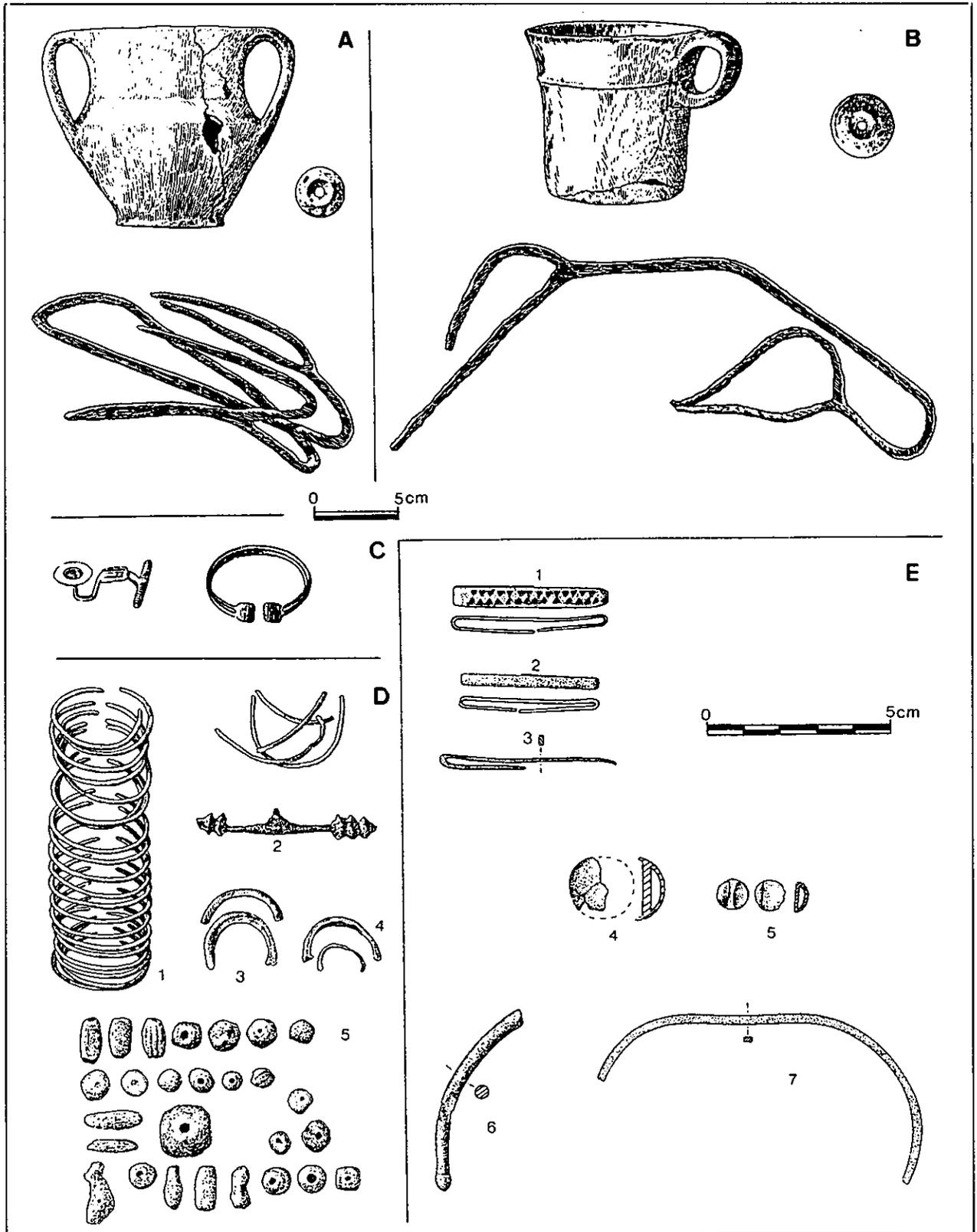


Fig. 94.—A-B, tumbas E y F de Arcobriga; C, La Mercadera-10 (el conjunto incluye otro brazalete similar al reproducido); D, sepultura 5 de Griegos; E, diversos elementos de bronce de la cultura castreña soriana: 1-3, pasadores; 4-5, botones; 6-7, brazaletes. (Según Schüle 1969 (A-B y D), Taracena 1932 y Lenerz-de Wilde 1991 (C) y Romero 1991a (E)).

fig. 291) (24), y en la tumba 4 de Chera, una cuenta de collar de bronce esférica con perforación central (Cerdeño *et alii* 1981: fig. 6,2), tipo del que se conocen más ejemplares entre los materiales sin contexto de esta necrópolis (fig. 95,A,24-25), estando igualmente documentado en otros cementerios celtibéricos (Requejo 1978: 61; García Huerta y Antona 1992: 144, fig. 57; Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: fig. 29,11; etc.).

También se registran collares de cuentas cerámicas, como el procedente de la tumba 5 de Griegos (fig. 94,D,5), formado por cuentas redondas y elipsoidales. En Almaluez, este tipo de cuentas son habituales, presentando formas esféricas, ovaladas, estrelladas, cilíndricas, etc. (Domingo 1982: 258, lám. IV,3) (25). De excepcional puede calificarse el hallazgo en una rica sepultura de Clares (tumba 53) de un buen número de cuentas «de barro toscas y mal cocidas», 89 de las cuales eran circulares, 4 de ellas con doble perforación, 18 elipsoidales, 3 eran barras con triple perforación transversal, 4 ruedecitas con otras tantas perforaciones, 4 dobles cuernos perforados y el mismo número de aves estilizadas de diferente tamaño, también perforadas. Según Cerralbo, las cuentas formarían parte de un único collar, reconstruido a partir de las diferentes posibilidades que ofrecían aquéllas (Aguilera 1916: 73 ss., lám. XIII). La singularidad del hallazgo, tenido por Cerralbo por un «collar sideral», vendría apoyado por la propia importancia de la sepultura, que para su excavador correspondía a «la gran sacerdotisa del Sol» (26).

La larga perduración de estos objetos de adorno queda confirmada por su presencia en la necrópolis de cronología avanzada de Riba de Saelices (fase IIB). La tumba 99 proporcionó 16 cuentas de distintas dimensiones, la mayor en forma de tonel y el resto, de alambre de diferente diámetro; cuentas similares a éstas se hallaron en la tumba 50, además de un trozo de un ejemplar globular de pasta vítrea, de color azul, con un reborde ocre en su extremo, y un colgante cilíndrico; etc. (Cuadrado 1968: 29).

Aunque suelen aparecer formando parte de ajuares integrados por objetos de adorno, cuentas en conjuntos militares están documentadas en la tumba 9 de Atienza

(24) Cuentas de pasta amarillenta se han localizado asimismo en Valdenovillos (Cerdeño 1976a: 7), Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: 20, lám. 59,1), etcétera.

(25) Según Domingo (1982: 258), en este cementerio son escasas las cuentas realizadas completamente de bronce, habiéndose identificado en repetidas ocasiones ejemplares de cerámica e, incluso, hierro, recubiertos de bronce.

(26) En el interior de la urna se hallaron un gran número de brazaletes de aros múltiples, anillos, un pendiente circular, un pasador, una cadenita, una placa redonda grabada y «dos aparatos para sostener las mitras» (*vid. infra*), siendo novedad también el hallar tres fusayolas, y localizándose asimismo el pie de un vasito de ofrendas (Aguilera 1916: 72 s. y 78, fig. 40).

(fig. 67,E), un pequeño ejemplar de pasta vítrea de tono azulado con círculos amarillos y rojos, o en la sepultura 77 de La Mercadera donde una cuenta de «pasta vítrea o resinosa» se halló ensartada en una pulsera (Taracena 1932: 24 y 26, lám. XXII,77) (27).

Mayor variedad documentan los colgantes. Presentan formas diversas (figs. 95,A,1-4,7-8,10,17-18 y 26-28 y 96,A,16-22) y suelen estar hechos en bronce, conociéndose, incluso, ejemplos en piedra y cerámica. Cerralbo (1916: 66) menciona el hallazgo de «bastantes desconocidos adornos colgantes para el pecho en forma de cruces, compuestas por placas abombadas y discoidales», realizados en bronce.

Un conjunto importante procede de la necrópolis de Chera (fig. 95,A), donde constituyen el objeto metálico más numeroso. En su mayoría carecen de contexto, aunque se han documentado, igualmente, formando parte de algunas de las escasas tumbas excavadas en este cementerio o integrando los dos únicos *ustrina* identificados, conjuntos todos ellos que cabe atribuir al momento de mayor antigüedad de este cementerio (fase I). Los colgantes corresponden a diferentes modelos (Cerdeño *et alii* 1981: 42 s.) habituales en otros cementerios de la zona, a veces formando parte de objetos más complejos, como es el caso de los ejemplares en forma de 8 (fig. 95,A,8) que en ocasiones se asocian a adornos espiraliformes (fig. 85,B,1), o, como en una sepultura de Clares, que adornaban lo que se interpretó como una diadema (fig. 95,B). Los formados por un alambre enrollado serían parte integrante de los pectorales, no siendo sino vástagos de los que penderían otros adornos (figs. 86-87).

Son frecuentes los colgantes abalaustrados, a veces de forma rómbica —tipo identificado en la tumba 2 de Griegos (Schüle 1969: lám. 70,1-3)— provistos de un ensanchamiento globular en el extremo donde se localiza la perforación y, generalmente, de una base cónica. De este modelo se han recogido en Chera algunos ejemplares sin contexto (fig. 95,A,1-4) y otros procedentes de los dos *ustrina* identificados, estando bien documentado en Aguilar de Anguita (Aguilera 1916: fig. 36,A), Almaluez (Domingo 1982: 258, lám. IV,3) y Montuenga (Aguilera 1909: 98; Cabré 1917: lám. XLIX,1). En otros casos se trata de una varilla cilíndrica con engrosamiento globular en su centro y, a veces, en el extremo perforado, de los que se conocen ejemplos en Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: lám. 59,1), Almaluez (Domingo 1982: 258, lám. IV,3), asociándose en la tumba 7 a ejemplares del modelo anterior, Monteagudo de las Vicarías (Taracena

(27) Taracena (1932: 26) interpreta como colgantes los cinco ejemplares de «pasta vítrea o resinosa» aparecidos en La Mercadera, al no haberse encontrado agrupadas en ningún caso y documentarse en una ocasión una de estas piezas ensartada en una pulsera.

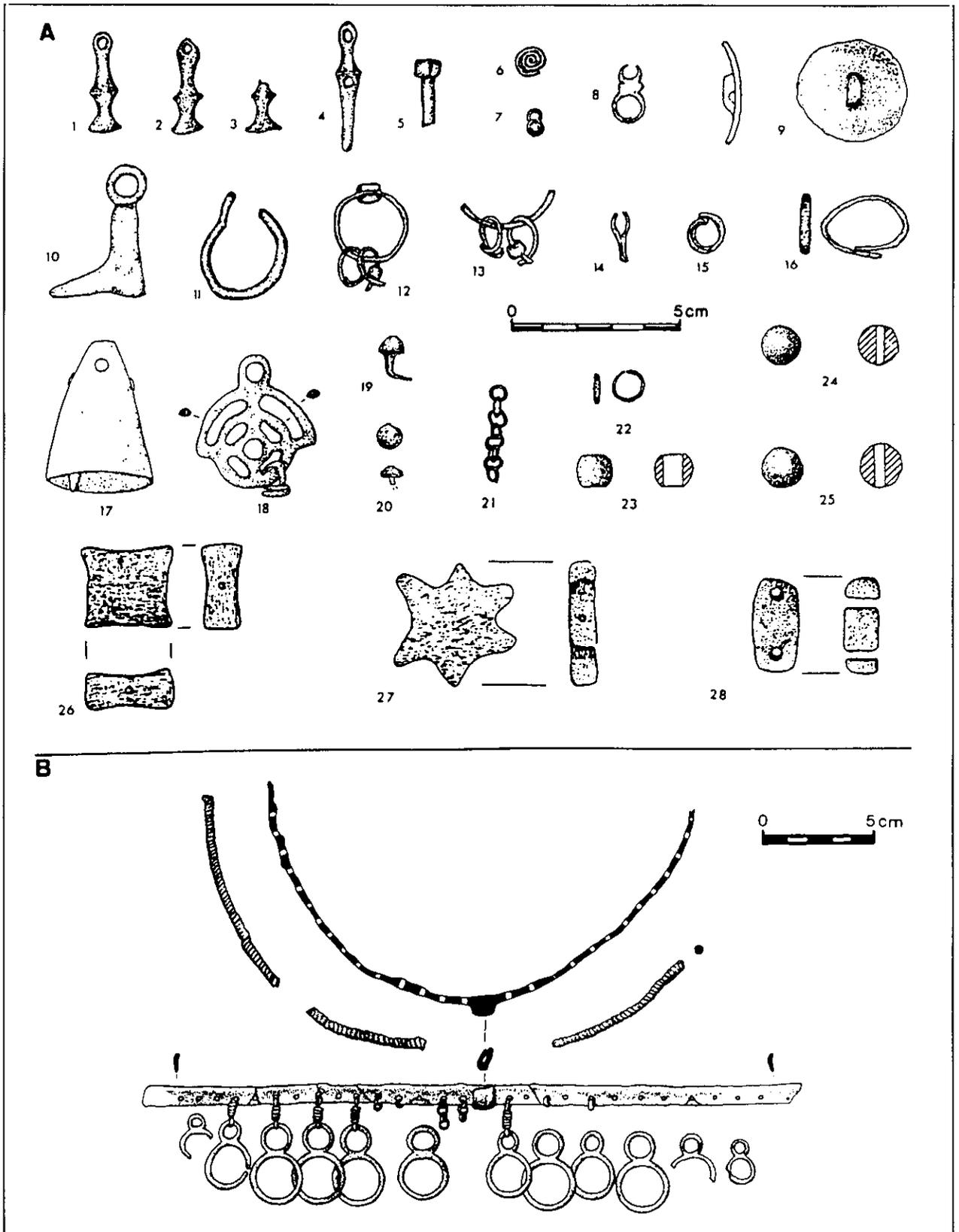


Fig. 95.—A, diversos objetos de bronce (1-25) y pasta porosa (26-28) de la necrópolis de Molina de Aragón; B, supuesta diadema de la necrópolis de Clares. (Según Cerdeño et alii 1981 (A) y Barril y Dávila 1996 (B)).

1932: lám. XXVI,2-4) y *Arcobriga* (Aguilera 1916: 63 s., lám. XII).

También se ha identificado en la tumba 1 de Chera un colgante esférico (Cerdeño *et alii* 1981: fig. 3,4) (*vid.* fig. 95,A,7), cuya amplia cronología se confirma por su presencia en la tumba 103 de La Yunta (García Huerta y Antona 1992: fig. 97). Un modelo relativamente frecuente son los colgantes en forma de campanita, tipo que, con variantes, además de en este cementerio, se documenta en Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: 23, láms. 56,2 y 59,1), Almaluez (Domingo 1982: 262), La Yunta (García Huerta y Antona 1992: figs. 13 y 37) o Ucero (García-Soto 1990: fig. 14). En Riba de Saelices-50 se halló otro, cilíndrico (Cuadrado 1968: fig. 21,7).

De la necrópolis de Chera proceden dos ejemplares más, uno en forma de pie (fig. 95,A,10) y otro con motivo circular provisto de radios (fig. 95,A,18), con paralelos en la ciudad de Numancia (fig. 96,A,16-18), lo que no implica necesariamente la perduración del modelo dada la amplia cronología que los materiales descontextualizados sugieren para este cementerio (*vid.* capítulo VII,2.1).

A estas piezas hay que añadir una serie de colgantes realizados en «una pasta o masa muy porosa de bajo peso específico», en forma de estrella, fusiformes o cuadrangulares (fig. 95,A,26-28), provistos de una o dos perforaciones (Cerdeño *et alii* 1981: 57 y 59), sin paralelos en el resto de los cementerios celtibéricos.

Como un colgante puede interpretarse una pieza cúbica de barro con perforación central procedente de la tumba Gormaz-A, al ser el único elemento de tales características aparecido en esta sepultura. Una pieza similar, también de Gormaz, presentaba decoración incisa, con motivos en zigzag (Mélida 1917: 157, lám. XIII, derecha).

Se ha documentado, asimismo, la existencia de colgantes de piedra caliza (García Huerta y Antona 1992: 144 s.) o de pizarra (Cuadrado 1968: 29, fig. 19,3).

Finalmente, cabe referirse a los colgantes antropomorfos (Almagro-Gorbea y Lorrío 1992: 425), como un ejemplar de Calatayud (Zaragoza) que reproduce una figura exenta (Cancela 1980: 28,4), o una pieza de Belmonte (Zaragoza) en forma de cabeza (Díaz 1989: 33 s., lám. II,1).

3.3. Torques

El hallazgo de torques en el área celtibérica estricta resulta claramente excepcional. Suele tratarse de piezas de plata que generalmente forman parte de atesoramientos, conociéndose únicamente dos ejemplares en ámbitos fu-

nerarios, concretamente en La Mercadera (*vid. supra*). A ellos cabe añadir dos torques de bronce, ambos sin contexto, de las necrópolis de La Mercadera (Taracena 1932: 25) y Carabias (Requejo 1978: 61). El ejemplar de La Mercadera estaría formado por un vástago cilíndrico cuyo diámetro se reduce hacia los extremos, que aparecen rematados en botoncitos esféricos, modelo similar a los ejemplares argéneos de este cementerio. De la pieza de Carabias tan sólo se sabe que ofrecía sección circular (*vid.*, sobre el uso del torques entre los Celtas, Castro 1984-85).

3.4. Diademas

Formando parte de una sepultura de Clares, integrada entre otros elementos por una fíbula-placa (Argente 9B4), se halló lo que Cerralbo interpretó como una diadema (fig. 95,B), sin paralelos en las restantes necrópolis celtibéricas (Aguilera 1916: 68 s., fig. 38). La pieza, objeto de un reciente estudio tras su restauración (Barril y Dávila 1996: 40 ss.), está formada por una cinta de bronce, de 28,7 cm. de largo, 0,8 de ancho y 0,2 de grosor, curvada de forma semicircular y horadada por una serie de pequeñas perforaciones que acogen los eslabones, formados por pequeños alambres arrollados y cadenillas, de los que penden unos colgantes en forma de 8, en su mayoría cubiertos con un baño de estaño; sobre el conjunto, una varilla de hierro recubierta de un alambre de bronce enrollado. Los paralelos más cercanos hay que buscarlos en el área itálica durante los siglos VI-V a.C. (Barril y Dávila 1996: 44).

3.5. Placas ornamentales

En los ajuares funerarios es frecuente el hallazgo de placas bronceas para las que hay que suponer una función puramente decorativa. Destaca un disco de bronce con damasquinado en plata procedente de Aguilar de Anguita (Barril y Martínez Quirce 1995). Tiene un diámetro de 15,8 cm. y un grosor de 1-1,4 mm., estando perforado en su zona central para su sustentación. Presenta una decoración distribuida en tres niveles concéntricos, a saber: palmetas y róleos, circulitos concéntricos y una composición central formada por ocho figuras, semejantes cuatro a cuatro en disposición alterna, interpretadas como representaciones zoomorfas. En La Yunta, aparecen en el 10% de las tumbas excavadas, indistintamente en sepulturas masculinas y femeninas según permiten vislumbrar los análisis antropológicos (García Huerta y Antona 1992: 143). Son placas de forma circular o rectangular, de un mm. de grosor, a veces dobladas y sujetas por un remache. Están decoradas me-

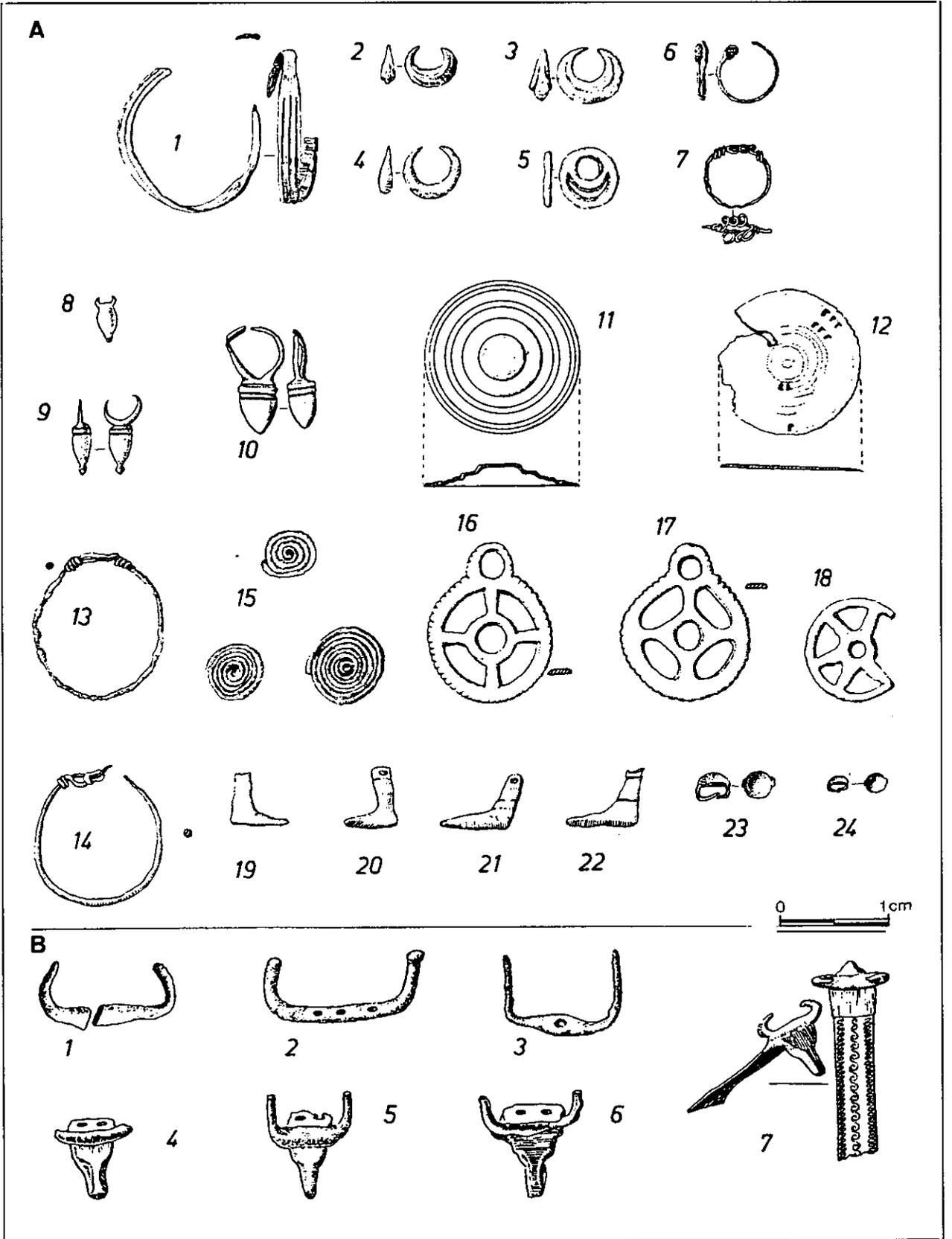


Fig. 96.—Numancia: adornos diversos (A) y simphala (B) de bronce. (Según Schüle 1969).

dianete círculos concéntricos repujados, líneas de puntos en resalte y rayitas incisas. De Almaluez procede un interesante conjunto con decoración repujada e incisa, en el que destacan una serie de placas formadas por dos discos de unos 5 cm. de diámetro unidos por una cinta, prolongación de ambos, de los que aparecieron cuatro o cinco ejemplares en la tumba 21 (Domingo 1982: 261, fig. 5,8, lám. V,2).

La tumba 9, calle I, del cementerio de Alpanseque ha proporcionado fragmentos de chapa de bronce interpretados como adornos de cinturón (fig. 86,A,6), decorados con líneas de zigzag mediante «trémolo» enmarcadas por sendas alineaciones de hoyitos repujados (Cabré y Morán 1975b: 134, fig. 3,6). Idéntica interpretación se ha sugerido para un fragmento similar de la sepultura 7, calle I, de este mismo cementerio (Cabré 1917: lám. IV; Cabré y Morán 1975a: 609).

De la necrópolis de *Arcobriga* procede un interesante conjunto constituido por una serie de pequeñas placas cuadrangulares de bronce, halladas en lo que Cerralbo (1916: 64 s., figs. 34-35) interpretó como «sepulturas de sacerdotisas», al conservar todas ellas el aparato «para sostener las mitras» (*vid. supra*). Aparecen en número de una a cuatro en cada sepultura. Presentan decoración repujada con motivos de círculos concéntricos, soles y caballos estilizados (fig. 97). Funcionalmente (*vid.*, al respecto, Argente *et alii* 1992b: 597), Cerralbo desechó su utilización para guarniciones de cinturón, tanto por su debilidad como por haberse hallado en una ocasión cuatro ejemplares provistos de un alfiler adherido a la placa.

Cabe mencionar, por último, una serie de placas circulares de bronce recuperadas en Numancia (fig. 96,A,11-12) (Schulten 1931: lám. 55,A) y Langa de Duero (Taracena 1932: lám. XXXIV), que quizás fueran utilizadas como adornos pectorales femeninos, tal como parece indicarlo una representación pintada numantina que reproduce a una dama (fig. 125,3). No puede descartarse, sin embargo, su utilización como parte del revestimiento de las corazas o, menos probablemente, incluso, como protección de los escudos (*vid. capítulo V*).

3.6. Otros objetos de adorno

El Marqués de Cerralbo (1916: 66) cita, entre los hallazgos bronceos de las necrópolis por él excavadas, «muchas sortijas, siempre sencillas» y «pocos pendientes», si bien al analizar la necrópolis de Aguilar de Anguita hace referencia a la presencia de bastantes pendientes de aro simple (Aguilera 1911, III: 23). Los anillos responden a modelos sencillos, normalmente una estrecha cinta de bronce, que en alguna ocasión aparece decorada. Éste

es el caso de un ejemplar de Montuenga con decoración grabada (Cabré 1917: lám. XLIX,3); de otro hallado en Almaluez, decorado con trazos ondulados paralelos a los bordes (Domingo 1982: fig. 6,5); de una pieza de Riba de Saelices con pares de incisiones oblicuas en zigzag (Cuadrado 1968: fig. 24,9); del aparecido en la tumba 103 de La Yunta, perteneciente a un enterramiento masculino, que presenta en su parte superior una anilla fundida que alojaría alguna incrustación no conservada (García Huerta y Antona 1992: fig. 97); o del encontrado en la ciudad de Numancia, decorado con un doble hilo helicoidal (fig. 96,A,7).

Entre los pendientes, destacan los documentados en Numancia, en creciente (fig. 96,A,2-5) o rematados en forma de bellota (fig. 96,A,8-10).

Otros objetos de bronce presentes en los conjuntos funerarios son las cadenas, seguramente parte de algún adorno más complejo (Cerdeño 1976: 7; Requejo 1978: 61; de Paz 1980: 49), como ocurre en una tumba de Clares (figs. 84,B1 y 85,B,8) (Aguilera 1916: 69 ss., fig. 39) donde también figura una malla de características similares a la documentada en Almaluez, formada por pequeñas anillas (Domingo 1982: 261 s., fig. 6,6, lám. IV,4) (*vid. capítulo V,2.1.1.5*).

Resulta frecuente en las necrópolis el hallazgo de botones de bronce, circulares y ligeramente curvados (fig. 95,A,9), semicirculares con perforación central, o, los más habituales, de tipo semiesférico con travesaño (García Huerta 1980: 27; Domingo 1982: 262, fig. 6,3); de este último hay cuatro piezas en el Castro del Zarranzano (fig. 94,E,4-5) (Romero 1991a: 321 s.) y un buen número en la ciudad de Numancia (fig. 96,A,23-24) (Schüle 1969: 271, lám. 171,24-25).

4. ELEMENTOS DE BANQUETE

Las necrópolis celtibéricas han proporcionado una serie de objetos, que cabe vincular con el ámbito ritual, interpretados como elementos de banquete. Se trata de varios asadores de bronce o hierro, de unas trébedes y de dos parrillas de hierro. Pueden considerarse como asadores dos objetos de bronce procedentes, respectivamente, de Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: lám. LIX,1) y de Carabias (Requejo 1978: 61), dos varillas de hierro de sección rectangular de la sepultura 14 de La Mercadera, pertenecientes a uno o dos ejemplares (Taracena 1932: lám. VI; Lorrio 1990: 45), así como algunas varillas de Monteagudo de las Vicarías. Las únicas trébedes documentadas proceden de la necrópolis de Atienza (Cabré 1930: 7, lám. I). La Revilla de Calatañazor y Monteagudo de las Vicarías han proporcionado una parrilla cada una (Arlegui 1990a: 58).

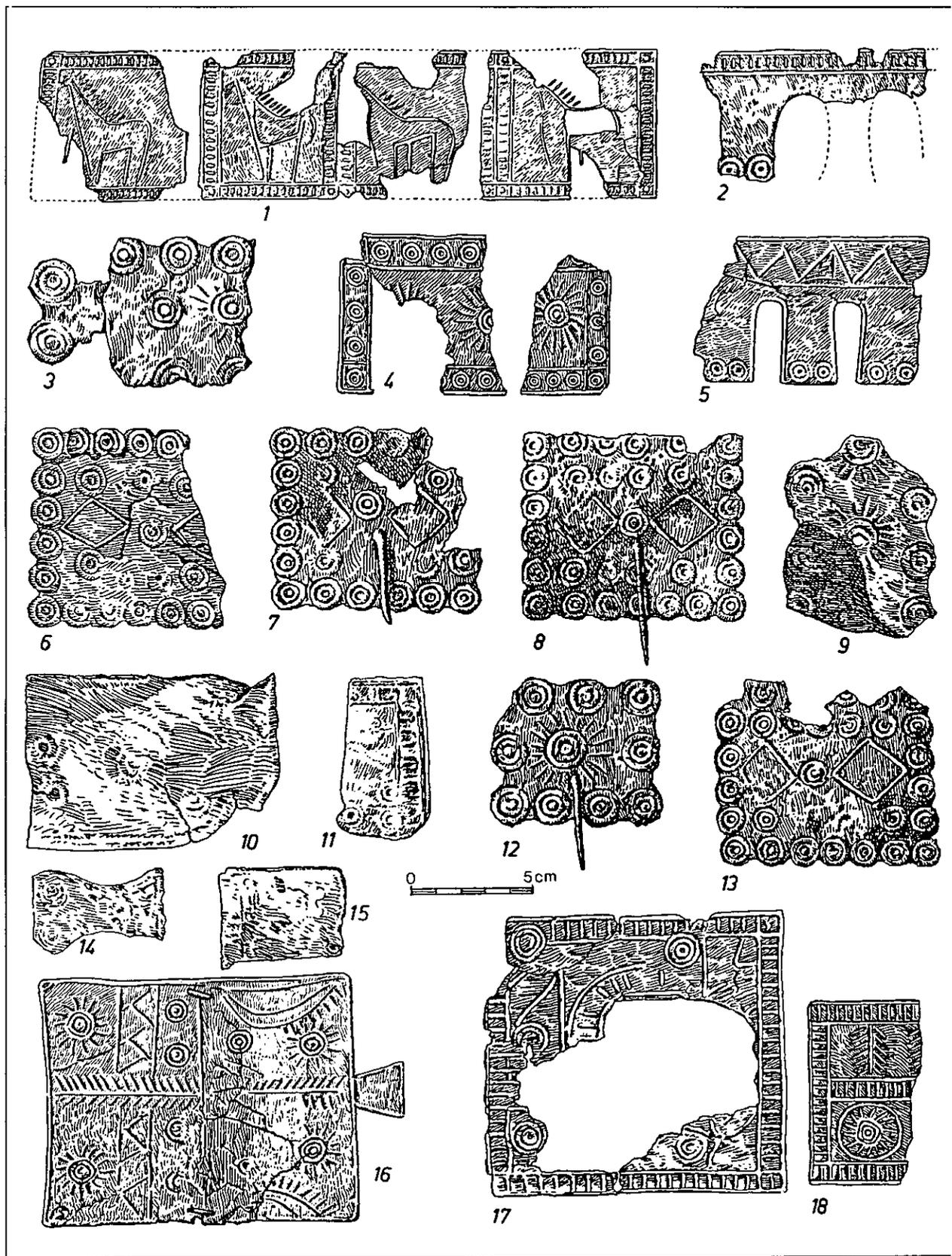


Fig. 97.—Placas ornamentales de bronce de la necrópolis de Arcobriga (n° 10 posible broche de cinturón). (Según Schüle 1969).

Con estos objetos pueden relacionarse otros elementos que integrarían el ajuar del banquete suntuario, principalmente los calderos de bronce (Almagro-Gorbea 1992c: 646 s.), de los que se conocen dos ejemplares en Carratiermes (tumbas 321 y 327), aplastados con clara intencionalidad (Argente *et alii* 1992b: 592) (28).

En los cementerios celtibéricos se han encontrado, excepcionalmente, otros recipientes bronceos, posiblemente piezas de importación, cuyo papel en el ritual funerario no siempre puede determinarse con claridad. De Quintanas de Gormaz procede un vaso, de 11,5 cm. de diámetro, «a modo de cubeto, con la boca ligeramente acampanada y en ella un saliente en que enganchaba un asa» (Mélida 1923: 351; Taracena 1941: 138), así como algún fragmento de chapa quizás interpretable en este sentido (Schüle 1969: 275 s., láms. 33,4 y 39,19); en Monteagudo de Las Vicarías se localizaron dos vasos, uno de ellos con asa, utilizados como recipientes cinerarios (Taracena 1932: 34; *Idem* 1941: 100); en La Mercadera se identificó un único vaso bronceo (Lorrio 1990: fig. 2). Además, de Carabias (Requejo 1978: 61) proceden los fragmentos de un trípode, también de bronce. Una interpretación más clara ofrecen los hallazgos de *simpula*, recipientes sagrados para realizar libaciones en los sacrificios, de los que se conoce uno en la tumba 362 de Carratiermes (Argente *et alii* 1992b: 592) y, al menos, los restos de siete ejemplares de bronce (fig. 96,B), a los que habría que unir otro más de cerámica (fig. 103,3), procedentes de la ciudad de Numancia (Martín Valls 1990: 148 s.).

Como puede comprobarse, el hallazgo de elementos relacionados con el banquete suntuario, a los que hay que atribuir un valor ritual y de estatus, a pesar de no ser frecuente, sí está perfectamente documentado en el territorio meseteño. Su presencia es bien conocida en las necrópolis abulenses de Las Cogotas y La Osera, donde aparecen asadores, tenazas, parrillas, trébedes, morillos, paletas y tenazas (Cabré *et alii* 1950: 74 y 198 s.; Kurt 1982; *Idem* 1987: 226 ss.), objetos todos ellos realizados en hierro, que en la tumba 514 de la zona VI de La Osera se asocian a un caldero de bronce. Resulta habitual su hallazgo en tumbas militares, lo que también se ha constatado en la Celtiberia. Así ocurre en los conjuntos de La Mercadera —formando parte de una de las sepulturas más ricas de esta necrópolis— y La Revilla, y lo mismo puede decirse respecto a las piezas bronceas de Carratiermes y Quintanas de Gormaz, donde un puñal de hierro apareció adherido al vaso.

(28) El carácter cotidiano de estos objetos, relacionados con actividades culinarias, se pone de manifiesto en la casa 2 de Herrera, en una de cuyas estancias se halló un caldero de bronce junto a los elementos de hierro utilizados para colgarlo sobre el fuego (Burillo y de Sus 1988: 67).

Con la excepción de las sepulturas de Carratiermes, pertenecientes a la fase I, el resto de los elementos de banquete procedentes de conjuntos cerrados celtibéricos se adscriben de forma general a la fase IIA.

Puede sumarse a estos objetos el hallazgo de morillos, siempre en contextos de habitación, como el ejemplar de Reillo (fig. 104,4) con decoración plástica (Maderuelo y Pastor 1981: 165, figs. 1-4).

5. ÚTILES

Amplia categoría que incluye una serie de objetos de muy diversa funcionalidad, desde los relacionados con la «toilette», como pinzas y navajas, hasta los vinculados con las diversas actividades agrícolas y artesanales.

5.1. Pinzas y navajas

Cerralbo (1916: 63) señala cómo los hallazgos de pinzas en sepulturas son muy frecuentes, tanto en tumbas con armas como en las integradas por objetos de adorno. Consisten en una cinta, generalmente de bronce, plegada por su mitad, que en ocasiones aparece decorada. Suelen encontrarse en conjuntos militares formados por un buen número de objetos (tablas 1 y 2, n° 97), hallándose, también, en tumbas integradas por objetos de adorno, como la tumba G de *Arcobriga*, donde aparecen unidas al alambre que permitiría llevarlas suspendidas (Aguilera 1916: 63) (29). Un caso hasta ahora excepcional lo constituye la necrópolis burgalesa de Pinilla Trasmonte (Moreda y Nuño 1990: 178, fig. 4), donde tanto las pinzas de bronce como las «navajas de afeitar» de bronce o hierro y de variada tipología, son los objetos metálicos predominantes.

Cronológicamente están documentadas en la Meseta Oriental desde la fase IIA, como lo confirma el ejemplar bronceo de la tumba 29 de Sigüenza, conjunto integrado por una espada de frontón y una urna de orejetas, entre otros objetos (fig. 66,D). Sin embargo, resulta un objeto habitual en conjuntos más evolucionados, como lo demuestran los hallazgos de Quintanas de Gormaz —tumba A (fig. 72,B) y, las más modernas, R (fig. 72,D) y G (?), La Revilla (fig. 74,A-B) —tumbas A y B—, Atienza (fig. 68) —tumbas 15 y 16—, El Atance (tumba A) y *Arcobriga* (tumbas G, L y N).

Entre las piezas decoradas cabe mencionar el ejemplar bronceo con decoración troquelada a base de círculos,

(29) En Aguilar de Anguita, Cerralbo (1911, III: 28, lám 19,2 y 59,1) señala su presencia en varias tumbas de «damas» y en algunas de «hombres».

puntos y líneas que determinan dos fajas rellenas de rombos de la tumba 16 de Atienza (fig. 68,B), o una pieza de forma y decoración similar de Almaluez (Domingo 1982: 261, fig. 5,5). Junto a ellos, hay que referirse al tipo calado (Cuadrado 1975), de procedencia ibérica como los anteriores, igualmente constatado en la ciudad de Numancia.

La presencia de «navajas de afeitar» resulta menos frecuente (tabla 1 y Apéndice II, nº 93), documentándose su asociación con pinzas, ya señalada en Pinilla Trasmonte (*vid. supra*), en la tumba Atienza-15 (fig. 68,A) que proporcionó un ejemplar similar a otro de *Arcobriga*, de la sepultura inmediata a la de un supuesto régulo (Cabré 1930: 23).

5.2. Tijeras

Las tijeras de hojas paralelas constituyen un elemento relativamente frecuente en la Celtiberia, aunque su consideración como objeto de prestigio venga dada por aparecer formando parte de conjuntos funerarios (tablas 1 y 2 y Apéndice II, nº 91).

Son especialmente habituales en las necrópolis del Alto Duero, como lo demuestran los hallazgos de La Mercadera (tumbas 14, 19, 68, 76, 78, 80 y 98), La Revilla de Calatañazor (tumbas A-D), Gormaz (Cabré 1917: 207 ss.), Quintanas de Gormaz (tumba G y X), Ucero (tumba 13), Osma (conjuntos 6, 15, 16 y 17 del M.A.N. y tumbas 1 y 9 del M.A.B.) y Numancia, encontrándose siempre asociadas con armas (figs. 71,C,E y G, 74, A-D, 75,A, 76,A y 78,B). En La Mercadera están presentes en el 16% de los conjuntos militares, proporción aún más elevada si se excluyeran las tumbas adscritas a la fase I, que en ningún caso albergaron este tipo de objeto. Esta asociación se mantiene en los ajuares conocidos de *Arcobriga* (tumbas D y N), Atienza —tumba 15 (fig. 68,A)— y, posiblemente, El Atance (de Paz 1980: 44 y 48), constituyendo un objeto prácticamente desconocido en el resto de las necrópolis del Alto Tajo, donde Cerralbo (1916: 63) las halló «raras veces» (30). La presencia de tijeras en conjuntos militares está bien documentada en las necrópolis del área ibérica (Broncano *et alii* 1985: fig. 38; Cuadrado 1987: 93, fig. 133; etc.), aunque, a diferencia de lo que ocurre en la Celtiberia, también se registra en tumbas desprovistas de armas (Cuadrado 1987: tumbas 79 y 110).

(30) A este respecto, Cerdeño (1977: 163) señala la presencia de unas tijeras de hierro en la necrópolis de Aguilar de Anguita —formando parte de la sepultura 59, identificada por una etiqueta— asociadas, al parecer, a una fíbula de doble resorte, de la que no especifica el tipo, el muelle de otra fíbula, un botón y un colgante rectangular de piedra.

Desde el punto de vista morfológico constituyen un grupo muy uniforme, sin apenas variaciones, pudiendo en algún caso presentar el muelle de flexión retorcido, como en Atienza-15 o Gormaz-10 (figs. 68,A y 74,D). Realizadas en hierro, y con unas dimensiones que oscilan entre los 16 y 23 cm., suelen carecer de decoración, si bien Cabré (1917: 92) hace referencia a una pieza de grandes dimensiones «con labores punteadas en ambas hojas». El modelo coincide con el utilizado para el esquila de ovejas (Taracena 1932: 18), de modo que su presencia en las tumbas puede interpretarse como un símbolo de riqueza y, en cualquier caso, evidencia la importancia de la economía lanar en la sociedad celtibérica (Salinas 1986: 101 ss.) (31). Esta consideración como elemento de estatus, que perdurará en la Meseta durante largo tiempo (Caballero 1974: fig. 32,6), vendría confirmada por su asociación con conjuntos militares que cabe considerar como ricos, frecuentemente con aquellos que incluyen espada o puñal.

Diferente sería la interpretación dada al hallazgo de tijeras en las necrópolis del Occidente de la Meseta. Así parece indicarlo la tumba 1.442 de Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXXVI; Kurtz 1987: 211s.) o la sepultura 2 (sector N50-1) de la necrópolis de Palenzuela (Martín Valls 1985: 43, fig. 12), que se caracterizan por la miniaturización de los objetos que forman su ajuar, pudiendo considerarse como sepulturas infantiles (Cabré 1932: 28). Un caso diferente sería el de la tumba II del túmulo C (zona I) de La Osera (Cabré 1937: 111), en la que las tijeras tampoco se asocian con armas y sí, en cambio, con instrumentos de banquete (Kurtz 1982; *Idem* 1987: 226 ss.).

El origen de estos objetos parece ubicarse en la Europa Céltica, donde hacen su aparición a partir de La Tène B (Jacobi 1974: 87 ss.; Lenerz-de Wilde 1991: 186). Su presencia en la Meseta Oriental hay que situarla a partir de la fase IIA, constituyendo un elemento muy frecuente desde ese momento (*vid.* tablas 1 y 2).

5.3. Hoces

El hallazgo de hoces en contextos funerarios no constituye un hecho habitual, aunque estén presentes en algunas necrópolis del Alto Duero, siempre asociadas a ar-

(31) Sin embargo, Alfaro (1978: 304) interpreta las tijeras celtibéricas como de uso doméstico al considerarlas demasiado pequeñas y carentes de la fuerza necesaria para realizar el esquila, interpretación que sería válida para el caso de un pequeño ejemplar de unos 10 cm. de longitud de la tumba Osma-16 (M.A.N.). En este sentido, Raftery (1994: 127, fig. 74) sugiere, refiriéndose a un ejemplar irlandés similar a los celtibéricos, su vinculación con el aseo personal.

mas (32). Este es el caso de La Mercadera (tumbas 1, 3, 6, 14 y 68), donde se documentan en el 11,4% de los conjuntos militares, La Revilla —tumbas A (fig. 74,A) y D— y Osma —tumba 11 (fig. 76,C)—. Las características morfológicas descritas por Taracena (1932: 17s.) para las hoces de La Mercadera resultan perfectamente válidas para el resto de los ejemplares aparecidos en conjuntos funerarios celtibéricos (tabla 2 y Apéndice II, nº 90). Se trata de piezas realizadas con una lámina curvada de hierro, de filo interno, cuya empuñadura de material perecedero (madera o asta) quedaría fijada por medio de dos o tres roblones. Sus dimensiones oscilan entre 20 y 25 cm. de longitud en su eje mayor y de 3 a 3,5 cm. de anchura máxima. Taracena (1932: 18) señaló la diferencia entre estos modelos, adscritos de forma mayoritaria a la fase IIA, y los más modernos (fase III), procedentes de contextos habitacionales (figs. 98,B y 118), como Langa de Duero, Izana o Calatañazor (Barril 1992: 7 s.).

En el resto de la Meseta, sólo se conoce un ejemplar, de mayores dimensiones que los celtibéricos, aparecido en la tumba 632 de Las Cogotas (Cabré 1932: lám. LXXVIII), conjunto, también integrado por una urna a torno, que se ha relacionado con actividades agrícolas (Martín Valls 1986-87: 75 s.; Kurtz 1987: 210). La asociación hoz-armamento es conocida en una sepultura aislada hallada en un bancal del granadino Cerro de la Mora, cuyo ajuar estaba formado por una espada de antenas del tipo Alcácer do Sal y su vaina, cuatro puntas de lanza, un regatón, un broche de cinturón de tipo ibérico decorado, dos pequeñas anillas y una hoz (Pellicer 1961). En las necrópolis ibéricas, la vinculación de la hoz con ajuares militares es excepcional, habiéndose documentado su presencia en la tumba 209 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987) junto con una falcata y tres podaderas.

Por lo que se refiere al Alto Duero, la hoz constituye claramente un elemento de prestigio, apareciendo siempre en conjuntos con un buen número de objetos. Su reiterada asociación con armas, unida a la representación iconográfica monetar que reproduce a un jinete portando —o esgrimiendo— una hoz o *falx* (fig. 80,D), permitiría plantear, al menos para los contextos funerarios, la posibilidad de que se trate realmente de un arma, aun cuando sea sólo de carácter ritual (33). En La Mercadera, con la

excepción de la sepultura 3, y en los demás casos conocidos en el Alto Duero, la hoz se asocia con la espada, o al menos con su vaina (tumba 6 de La Mercadera), y con todos los demás elementos de la panoplia (lanza, escudo y cuchillo). En la tumba 3, conjunto que ostenta el mayor número de elementos de este cementerio, podría plantearse que la hoz ha venido a ocupar el lugar de la espada, explicándose así la ausencia de ésta, lo que constituye una excepción entre las tumbas de más de seis objetos de esta necrópolis.

Sin embargo, parece más adecuada una interpretación de tipo funcional y simbólico para explicar su presencia en los ajuares funerarios, considerándolo un claro objeto de prestigio que reflejaría el control de la producción agrícola y/o la posesión de la tierra, de igual modo que las tijeras de esquila pueden representar el dominio de la riqueza ganadera. La sugerencia de un carácter puramente funcional de la hoz, según la cual serviría para proporcionar el forraje necesario para la manutención de la montura (Ortego 1983: 575) (34), no parece que pueda admitirse como una explicación global para estos objetos.

5.4. Dobles punzones

En relación con el armamento de tipo ofensivo se encuentran unos objetos de funcionalidad controvertida: los «dobles punzones». Se trata de una barrita delgada de hierro con punta en ambos extremos y sección cuadrada o rectangular que suele medir de 10 a 15 cm. de longitud (Aguilera 1916: 36). Estos objetos, tenidos por Cerralbo como poco frecuentes, han sido considerados generalmente como elementos para sujetar el regatón al asta de madera de la lanza (35), como quedaría confirmado por un ejemplar de la tumba A de Aguilar de Anguita que apareció clavado dentro de un regatón (Sandars 1913: 64, fig. 42,12; Aguilera 1916: 36; Cabré 1930: 20, 23 y 25).

Suelen documentarse en tumbas con puntas de lanza y regatones, como es el caso de La Mercadera (Lorrio 1990: fig. 2), donde está documentada mayoritariamente la asociación de estos objetos, cuyas longitudes oscilan entre 6

(32) Entre las restantes necrópolis celtibéricas únicamente se ha señalado la existencia de piezas similares en El Atance (de Paz 1980: 47), donde se identificó la presencia de un fragmento de podadera.

(33) En este sentido, no hay que olvidar las peculiaridades morfológicas de los ejemplares celtibéricos procedentes de sepulturas frente a los hallados en contextos de habitación, que, si bien puede interpretarse en función de su diferente adscripción cronológica, quizás pudiera verse como un indicio de su distinta funcionalidad.

(34) Esta idea vendría apoyada por la reiterada asociación de la hoz con atalajes de caballo: no obstante, este hecho puede atribuirse a la propia riqueza de las sepulturas. Además, no explica la ausencia de la hoz en la mayoría de las tumbas provistas de estos elementos.

(35) Dada la longitud y grosor de la mayoría de ellos, no cabe confusión con los que, mucho más pequeños y de menor diámetro, estarían destinados a fijar la punta de lanza, y a veces también el regatón, al asta de madera. Conservados en raras ocasiones, tan sólo queda constancia de su uso gracias a dos pequeños orificios, localizados a veces en el cubo de empuñadura de las puntas de lanza y en los regatones, a través de los cuales se introducirían las piezas mencionadas, produciéndose así la fijación del conjunto.

y 17,5 cm., con armas de variado tipo, lo que llevó a Taracena (1932: 14 s.) a considerarlos como «dardos», lo que no parece probable, estudiándolos conjuntamente con el resto del armamento.

Sin embargo, en ocasiones se hallan en tumbas donde faltan los regatones, habiéndose localizado también en enterramientos sin armas (Kurtz 1987: 217; Lorrio 1990: 45), llegando incluso a ser, como ocurre en Las Cogotas (Kurtz 1987: 217), el único objeto del ajuar. Esto ha llevado a su catalogación como instrumentos de trabajo (Martín Valls 1986-87: 75; Kurtz 1987: 215 ss.), por lo que tal vez cabría plantear una multifuncionalidad para estas piezas.

5.5. Agujas

La presencia de agujas de bronce en contextos funerarios ya fue indicada por Cerralbo (1916: 66), habiéndose recuperado algunos ejemplares tras la revisión de los materiales de su Colección (Requejo 1978: 57; García Huerta 1980: 76; Cerdeño 1976a: 7 ss.), en algún caso decorados mediante incisiones, como un ejemplar de Sigüenza (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: fig. 29,3). Su hallazgo en hábitats denota la realización de actividades textiles, encontrándose en ambientes tan dispares como el nivel inferior del castro soriano de El Royo (Eiroa 1979b: 127; Romero 1991a: 322), adscribible a la Primera Edad del Hierro, o la ciudad de Numancia (Schulten 1931: lám. 55,A).

5.6. Útiles agrícolas y artesanales

La mayor parte de estos objetos, generalmente de hierro, procede de hábitats de finales de la Edad del Hierro, aunque a veces se documentan también en los lugares de enterramiento. Este es el caso, ya comentado, de las hoces, las tijeras y los punzones, elementos realizados todos ellos en hierro, de las agujas de bronce, o el de las fusayolas cerámicas, cuyo hallazgo resulta frecuente en los contextos funerarios. A ellos hay que añadir la presencia en una sepultura de Turmiel (fig. 98,A) de una reja de arado, anillas del timón, una azadilla, una azada y un buril o formón (Artiñano 1919: 21, n° 107; Barril 1993); el hallazgo en la necrópolis de *Arcobriga* de una reja de arado junto con sus anillas (Taracena 1926a: 17), así como de algunas hachitas (Taracena 1926a: 16), materiales que cabe atribuir a un momento avanzado de la fase II; una hachita de la tumba P de Quintanas de Gormaz; o una alcotana en la tumba Osma-1 (M.A.N.), cuya asociación con una fíbula en omega permite su adscripción a la fase III (tabla 2 y Apéndice II, n° 95). La revisión de los materiales de la necrópolis de Carabias permitió identi-

car un pequeño cincel, una hachita, «un hacha grande trapezoidal sin el mango perforado» y dos badales de campanilla de hierro, así como restos de escoria (Requejo 1978: 61), si bien no debe desecharse que estos materiales procedieran de alguno de los poblados excavados por Cerralbo, donde constituyen objetos habituales (*vid. infra*).

Mucho más abundante es la presencia de útiles de diverso tipo en los poblados de finales de la Edad del Hierro, dejando constancia de la realización de diferentes actividades (figs. 98,B, 118, 120 y 122). Los conjuntos más completos proceden principalmente de los poblados de Langa de Duero (Taracena 1929 y 1932), Los Castejones de Calatañazor (Taracena 1926a) y Castiliterreño, en Izana (Taracena 1927; Pascual 1991: figs. 59-60). A ellos debe añadirse una serie de hallazgos recuperados por Cerralbo en algunos hábitats del Alto Henares, como El Perical, en Alcolea de las Peñas (Artiñano 1919: 22, n° 116-122), El Castejón de Luzaga (Artiñano 1919: 23 s., n° 123-131) o Los Castillejos de El Atance (Artiñano 1919: 24 s., n° 136-138), sin olvidar el importante conjunto de la ciudad de Numancia (Manrique 1980). Un gran interés presenta el procedente de la llamada *Casa de Likine*, en La Caridad de Caminreal, donde se ha documentado un área de actividades domésticas y otra de talleres y actividades artesanales (Vicente *et alii* 1991: 112 y 119) que han permitido identificar un buen número de herramientas y útiles relacionados con los trabajos agrícolas y ganaderos (hoces, horcas, azadas, rejas de arado, molinos, las ya mencionadas tijeras de esquila y campanillas), útiles artesanales relacionados con diversas actividades, como la textil (agujas, fusayolas, pesas y cardador), la carpintería y la explotación forestal (hachas, sierras, cuchillas, podaderas y barrena), la siderurgia (tenazas, martillos, mallos y yunque), el trabajo de la piedra (compases, tallantes o picoletas y picos) o el curtido de las pieles (cuchilla).

5.7. Arreos de caballo y herraduras

Los arreos de caballo constituyen un elemento relativamente habitual entre los hallazgos procedentes de necrópolis, resultando significativa su asociación reiterada con armas. Los ejemplares meseteños han sido sistematizados por Schüle (1969: 122 ss.) y Stary (1991: 150 ss.), pudiéndose diferenciar diversas variantes (tablas 1 y 2 y Apéndice II, n° 50-55) que incluirían filetes con anillas o charnelas, bocados de anillas, con dos o tres eslabones y, en ocasiones, barbada metálica, bocados de camas curvas o rectas y serretones.

Se trata de elementos funcionales realizados en hierro, aunque se conozca algún caso de bronce, como una de las camas de un ejemplar de la tumba 15 de Atienza

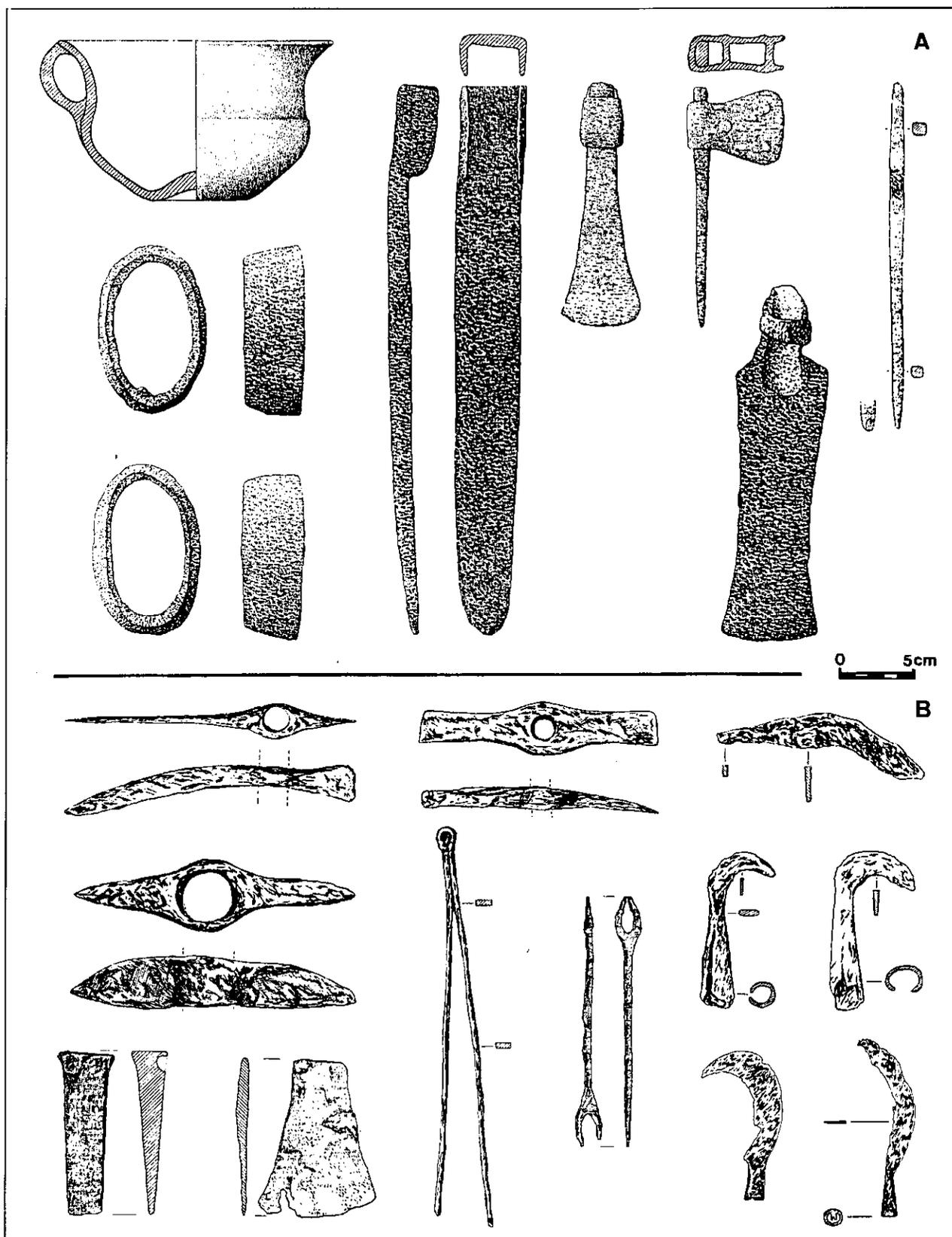


Fig. 98.—A, ajuar de una sepultura de Turmiel; B, diversos útiles procedentes de Numancia. (Según Barril 1993 (A) y Manrique 1980 (B)).

(fig. 68,A) o una pieza decorada procedente de *Segobriga* (Quintero Atauri 1913). Su procedencia mayoritaria de contextos funerarios hace de ellos auténticos objetos de prestigio, ya por sí mismos o formando parte del equipo del caballo, como lo confirmaría su presencia en las sepulturas de ajuares más destacados.

Aunque su incorporación a los ajuares funerarios, a tenor de los datos aportados por Carratiermes (Argente *et alii* 1989: 235), se habría producido en la fase I (modelos sencillos con filetes o bocados con anillas y barba metálica) su presencia generalizada no se haría efectiva hasta la fase siguiente. En Aguilar de Anguita (figs. 63 y 64, A) más de la mitad de las tumbas con espada, que son también las de mayor riqueza del cementerio, tienen arreos de caballo, registrándose en ocasiones —tumba A (fig. 63)— hasta dos ejemplares en un mismo conjunto, estando presentes igualmente en los conjuntos más destacados de Alpanseque (fig. 65,A-B) y Sigüenza (fig. 66,D), todos ellos adscribibles a la subfase IIA1 (*vid.* capítulo V). Se trata de diversas variedades del modelo de camas curvas, estando también documentado el bocado de camas rectas así como serretones.

En la necrópolis de Atienza (subfase IIA2), donde los arreos de caballo se asocian con las diferentes variantes de la panoplia identificadas en este cementerio, se mantiene la tendencia observada en la subfase precedente. Aparecen siempre en tumbas con más de cinco elementos (figs. 67,B,C,E y G y 68), estando además presentes en las cuatro sepulturas con mayor número de objetos (tumbas 9, 12, 15 y 16), a veces con más de un ejemplar por conjunto, lo que viene a confirmar la importancia del caballo para las élites celtibéricas durante este período. Los hallazgos incluyen serretones, filetes de doma y bocados de camas curvas, que a veces presentan aspecto liriiforme, y rectas.

En *Arcobriga* (fase IIB) resulta significativa la extrema rareza de arreos de caballo, ya que sólo se conoce uno, de camas rectas, aparecido en la sepultura B (fig. 69,C), tenida por Cerralbo como la de ajuar «más importante», propio de un «jefe» (Aguilera 1911, IV: 36, lám. 33,1; *Idem* 1916: fig. 31), lo que quizás haya que poner en relación con el progresivo empobrecimiento de los ajuares en las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón a partir de un momento avanzado de la fase II, definida a partir del armamento (subfase IIB).

En el Alto Duero, constituyen un elemento relativamente frecuente en las sepulturas con armas adscribibles a la fase IIA. La Mercadera proporcionó un total de seis enterramientos con estos objetos (Lorrio 1990: 45), asociados en todos los casos a armas, lo que supone que el 13,6% de los ajuares militares de este cementerio poseerían elementos de atalaje. Su presencia en las sepulturas

puede ser contemplada como un indicador social de su propietario, lo que parece confirmarse en este cementerio, donde cinco de las sepulturas con arreos pueden considerarse como «ricas», dado el elevado número de objetos que contenían. Todos los ejemplares presentan eslabones articulados, estando a veces incluso dentados.

Menor información han proporcionado al respecto las restantes necrópolis de la zona (figs. 74,A, 75,C y E y 76,C), al tratarse en muchos casos de excavaciones realizadas en las primeras décadas de este siglo. Con todo, la presencia de arreos de diverso tipo se mantiene en estos cementerios hasta la fase III, momento en el que se registra su presencia en contextos de hábitat, como evidencian los hallazgos de la ciudad de Numancia (Mélida 1918a: lám. XIV,D). A pesar de poseer una menor información sobre los elementos de atalaje, las fuentes literarias y la iconografía destacan el papel del caballo como montura durante el período más avanzado de la Cultura Celtibérica. Un buen ejemplo de ello lo constituyen las representaciones monetales (fig. 139,B y lám. VIII), las estelas funerarias (figs. 50,3 y 81,1-2), la cerámica pintada (fig. 81,6), las conocidas fíbulas de caballo con jinete (fig. 81,3-5 y lám. IV,2-3) e incluso ciertos estandartes o báculos de distinción (portada).

No es habitual el hallazgo en la Península Ibérica de herraduras con clavos atribuibles a la Edad del Hierro, a pesar de que en la Europa céltica se conozca su uso con seguridad desde el inicio del período lateniense e incluso desde el Hallstatt Final (Motyková 1994). Aparecen concentrados en las necrópolis del Alto Tajo y Alto Duero y proceden de excavaciones desarrolladas a principios de este siglo. El conjunto más importante procede de las necrópolis de La Carretera y El Altillo, en Aguilar de Anguita, donde se hallaron diez herraduras completas, además de varios trozos muy corroídos, ejemplares todos ellos aparecidos fuera de las tumbas, aunque se hallaran depositados en sus inmediaciones (Aguilera 1916: 43 ss., fig. 20; Artíñano 1919: 19, n° 88; Paris 1936: lám. XIII,1). Son herraduras gruesas, grandes y pesadas, de bordes lisos, con nueve o diez orificios cuadrados, conservándose en algunos casos los clavos. Fragmentos de herraduras semejantes fueron localizados en la tumba 14 (calle I) de Alpanseque (fig. 99,10) (Cabré y Morán 1975b: 130, fig. 2) y en la 28 de Clares (Aguilera 1916: 96 s.), ambas con armas (punta de lanza y regatón) y, en la primera de ellas, con los restos del atalaje del caballo.

Un modelo diferente, seguramente debido a su datación más avanzada, es el documentado en la necrópolis de La Cava (Luzón). Se trata de un ejemplar de menor tamaño, con perforaciones rectangulares, más cercano a los modelos latenienses, aparecido próximo a una urna cineraria (Aguilera 1916: 96; Artíñano 1919: 19, n° 89). A un

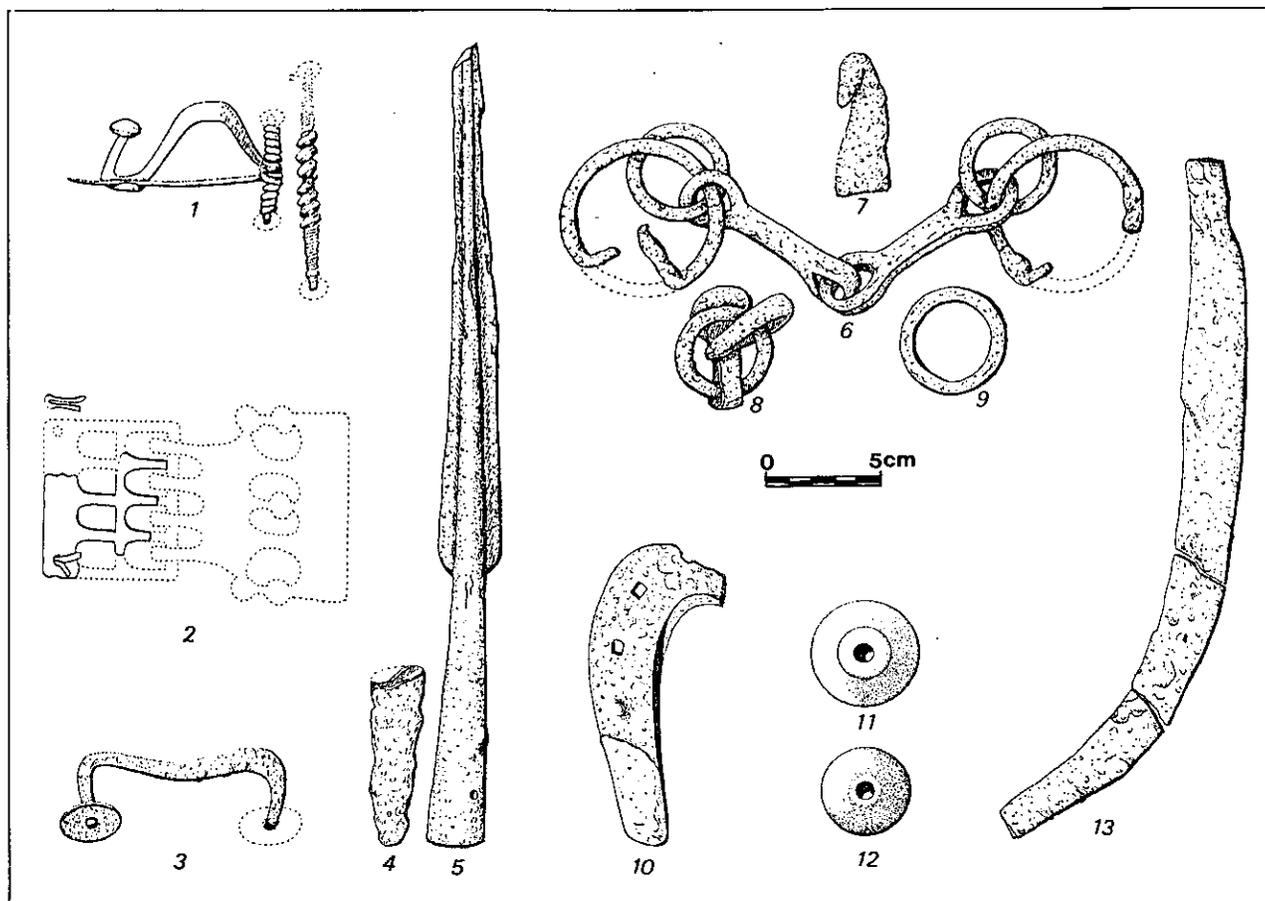


Fig. 99.—Ajuar de la tumba 14 (calle I) de Alpanseque. (Según Cabré y Morán 1975b).

modelo similar parece corresponder el ejemplar de la tumba 44 de La Requiñada de Gormaz, conjunto integrado, entre otros elementos, por una espada y arcos de caballo (Aguilera 1916: 95 s.).

En Osma (tumba 1 M.A.N.) se halló un trozo de herradura (Morenas de Tejada 1916b: 609) que conservaba un clavo, cuya asociación con una fíbula de tipo omega permite la adscripción del conjunto a la fase III.

Restos de herraduras se han localizado, asimismo, en la necrópolis de La Cabezada (Torresabián), de donde proceden dos fragmentos hallados en las proximidades de otras tantas sepulturas, y en Renales, en el paraje denominado Villacabras, donde se encontró media herradura junto a una fíbula (Aguilera 1916: 96). Requejo (1978: 61) ha registrado la presencia de un fragmento en la necrópolis de Carabias.

A estos hallazgos cabe añadir tres ejemplares incompletos semejantes a los de Aguilar de Anguita, que fueron recuperados en los sondeos realizados por Cerralbo en las laderas del Cerro del Padrastro en Atienza, junto a una vasija similar a la de la tumba 16 de la cercana

necrópolis del Áttilo de Cerropozo (Cabré 1930: 29 s., nota 1).

Aun considerando el aspecto moderno que ofrecen las herraduras documentadas, las condiciones de su hallazgo, a veces formando parte de conjuntos cerrados (fig. 99), así como la propia evolución que presentan y la probada antigüedad de su uso fuera del territorio peninsular, abogan por la tesis defendida por Cerralbo (1916: 97), según la cual «se herraron los caballos en la Celtiberia, por lo menos, desde el siglo IV a. de J.C.» (*vid.*, asimismo, Schüle 1969: 130 s.; Stary 1994: 159, mapa 48,C).

6. OTROS OBJETOS

Las necrópolis y los poblados celtibéricos han proporcionado una gran diversidad de objetos. Sin pretender ser exhaustivos se ofrece una relación de aquellos que, por su excepcionalidad, no han sido incluidos en ninguno de los apartados anteriores, no resultando siempre fácil su catalogación. De la necrópolis de Montuenga procede un hacha de fibrolita (Aguilera 1911, IV: lám. IV,2); de La

Yunta un asta de ciervo pulimentada, decorada con motivos incisos en retícula (García Huerta 1992: 146); en Carabias (Requejo 1978: 61) se localizaron algunos huesos de cérvido decorados con motivos geométricos, así como «algunos restos de madera carbonizada con decoración geométrica incisa típicamente céltica» y una piedra de afilar de forma rectangular (Requejo 1978: 59); una de las tumbas de Riba de Saelices (Cuadrado 1968: 32, fig. 24,8) proporcionó una concha; en las antiguas excavaciones de la ciudad de Numancia se encontró un mango de marfil (Pastor 1994: 203 s., fig. 2,1); etcétera.

En la necrópolis de Gormaz se halló un sencillo vasito de pasta vítrea (Taracena 1941: 84) y en los alrededores de Cabeza del Griego, donde se localiza la *Segobriga* celtibérico-romana, un *aryballos* de vidrio polícromo (Feugère 1989: 44), al que hay que añadir algunos fragmentos de vidrio de núcleo de arena procedentes de los niveles augusteos de la ciudad (Almagro-Gorbea y Lorrio 1989: 198; Feugère 1989: 59).

Entre los objetos realizados en hierro, cabe destacar el hallazgo de cadenas de gruesos eslabones en ambientes funerarios, como ocurre en la tumba Quintanas de Gormaz-S y en Luzaga (Aguilera 1911, IV: lám. XIII,1).

Un aspecto difícilmente valorable, dada la precariedad del registro arqueológico en este campo, es el que se refiere al mobiliario y a la cerrajería, cuya presencia debió ser frecuente en los hábitats de finales de la Edad del Hierro. En La Caridad de Caminreal se identificaron los elementos metálicos de puertas, armarios y arcones, así como los dispositivos de iluminación interior (Vicente *et alii* 1991: 112). También en la casa 2 de Herrera se encontraron posibles elementos de cerradura (Burillo y de Sus 1988: 65). En este sentido, la presencia de clavos de hierro en poblados resulta habitual, siendo más excepcional su hallazgo en sepulturas, como sucede en La Mercadera, donde únicamente los había en una de ellas, pudiéndose poner en relación con la existencia de recipientes o cajas funerarias hechas en madera (Lorrio 1990: 47). Algo similar ocurre con las llaves, de las que sólo se conoce un hallazgo interpretado como tal en necrópolis, en la tumba Osma-2 (M.A.N.) (tabla 2 y Apéndice II, nº 96).

7. LA PRODUCCIÓN CERÁMICA

Entre el artesanado cerámico destacan los recipientes de muy diverso tipo y calidad, que constituyen el elemento arqueológico más frecuente. Su abundancia y variabilidad tipológica hace que no se haya analizado en detalle, remitiendo en última instancia a los diversos trabajos de síntesis que han abordado el estudio de estos

productos (*vid.*, asimismo, capítulo VII). Junto a ellos, se analiza la rica coroplástica, así como ciertos objetos cuya funcionalidad no siempre es fácil de determinar: las fusayolas, las pesas de telar, las bolas, a veces realizadas en piedra, y las fichas.

7.1. Los recipientes

La producción de vasos cerámicos constituye con diferencia el elemento artesanal más abundante de la documentación arqueológica. De hecho, a menudo los restos de la vajilla son el único objeto recuperado en los poblados celtibéricos, sobre todo por lo que concierne a los estadios iniciales, permitiendo así la adscripción cultural y cronológica de los lugares donde aparece (*vid.* capítulo VII). La cerámica resulta un elemento ambiguo, a veces enormemente conservador, como lo demuestra la presencia de cerámicas a mano a lo largo de toda la secuencia evolutiva, pero otras de una gran innovación. Esto ha llevado a su completa exclusión de algunos trabajos de síntesis (Schüle 1969; Lorrio 1994a: tablas 1 y 2), centrados en los aparentemente más fiables objetos metálicos (*vid.* tablas 1 y 2 y Apéndice II). Sin embargo, la cerámica, tanto la realizada a mano como la torneada, tiene la ventaja de reflejar mejor que ningún otro elemento las originalidades locales, evidente por ejemplo en ciertas producciones numantinas, así como las similitudes formales y decorativas utilizadas frecuentemente para definir grupos culturales al tiempo que fases cronológicas.

El conocimiento de la producción vascular celtibérica resulta dispar, con una mayor información procedente del registro funerario que, en cualquier caso, presenta importantes deficiencias. En este sentido, basta comprobar el reducido espacio que generalmente se dedica a estos objetos en los diversos trabajos de revisión de algunas de las necrópolis que integran la Colección Cerralbo, especialmente por el escaso número de urnas cerámicas conservadas que, como en La Olmeda, pueden llegar a faltar casi por completo (García Huerta 1980: 30 s.). Tampoco han gozado de mayor fortuna los cementerios excavados por Taracena en el Alto Jalón, como ocurre en la necrópolis de Almaluez de la que tan sólo se ha publicado el material metálico (Domingo 1982), o por Morenas de Tejada en el Alto Duero, donde el material cerámico ha permanecido inédito en su gran mayoría (Bosch Gimpera 1921-26: 175 ss.).

Un caso diferente lo constituye el cementerio de Luzaga, cuya revisión se centró únicamente en los recipientes cerámicos que, dadas las características de esta necrópolis, representan el material más abundante (Díaz 1976), aunque el carácter descontextualizado de todo el

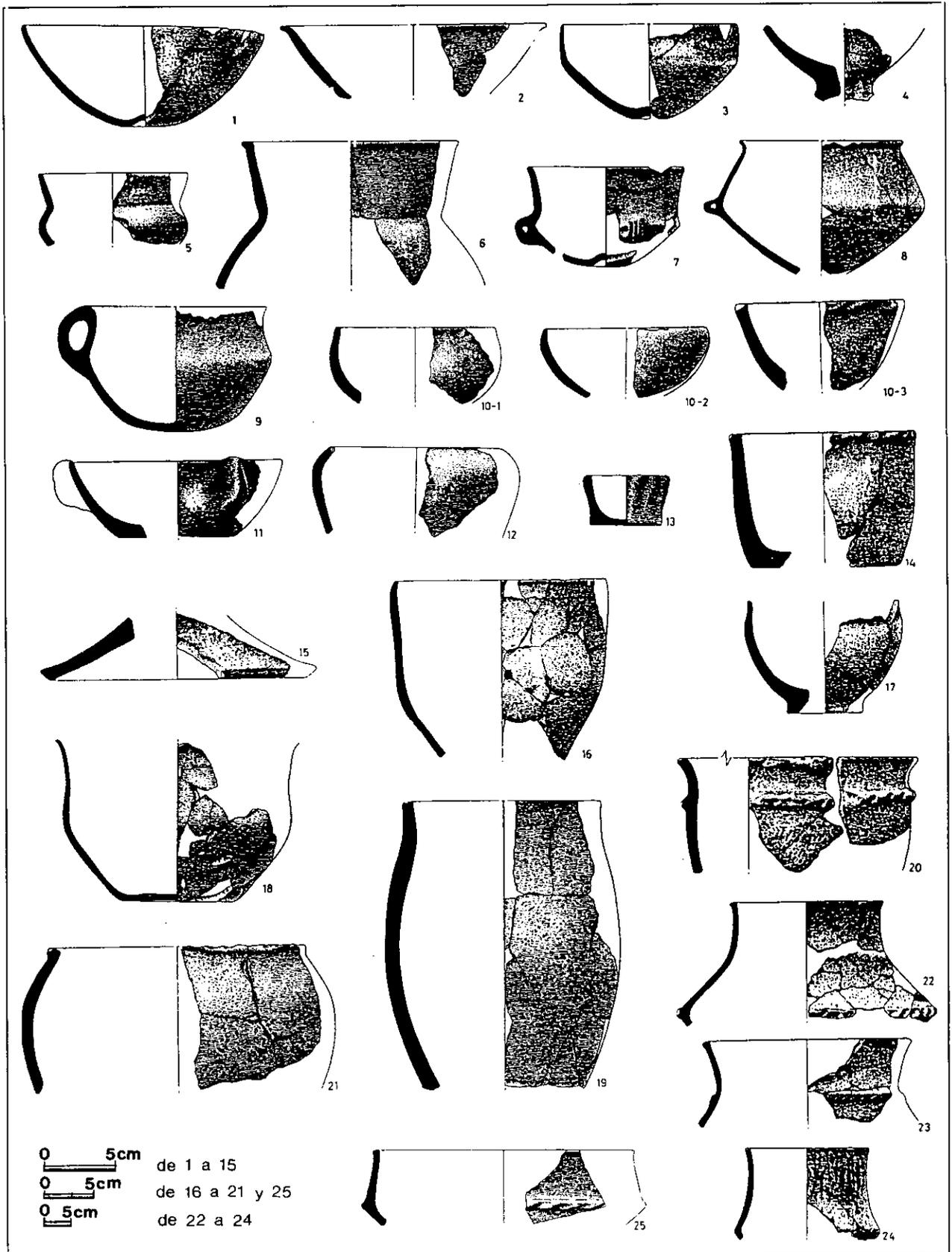


Fig. 100.—Tabla de formas cerámicas de los castros sorianos. (Según Romero 1991a).

conjunto limite enormemente sus posibilidades interpretativas.

Actualmente se cuenta con un amplio repertorio de formas para las **cerámicas a mano** —para cuya cocción se utilizan hornos de fuegos reductores, lo que les da tonalidades negras o parduzcas— principalmente por lo que se refiere a las producciones del Primer Hierro. Las prospecciones realizadas en las tierras del Alto Tajo-Alto Jalón han proporcionado abundante material cerámico a mano, permitiendo establecer una tabla de más de treinta formas para esta región (Valiente y Velasco 1988: 117 y 119, figs. 7-10). Otra de las zonas donde el incremento de las actuaciones arqueológicas ha sido importante en los últimos años es el área Norte de la provincia de Soria, donde se individualiza la llamada «cultura castreña soriana». Los materiales arqueológicos que definen esta cultura son en su gran mayoría cerámicos, habiéndose establecido una tabla de formas (fig. 100) (Romero 1984c: figs. 2-7; *Idem* 1991a: 241 ss., figs. 73-74), la primera realizada para esta cultura, en la que juega un papel fundamental el material procedente de las excavaciones del Zarranzano, analizándose también las poco abundantes decoraciones, sobre todo cordones aplicados e impresiones digitales o unguiformes (*vid.*, asimismo, Bachiller 1987a: 17 ss., tablas II-IV).

Sobre las **cerámicas a torno**, aun contándose con algunos estudios importantes, como los llevados a cabo con el material de las necrópolis de Riba de Saelices, Luzaga y La Yunta (fig. 101), faltan aún tablas tipológicas para las especies a torno de algunas regiones de la Celtiberia. Este es el caso del Alto Duero (Romero y Ruiz Zapatero 1992: 117), donde la producción vascular es bien conocida tan sólo en época avanzada, siendo buen ejemplo de ello las cerámicas numantinas (Wattenberg 1963; Romero 1976a-b).

En Riba de Saelices (Cuadrado 1968: 12 ss., figs. 11 ss.), la cerámica está toda realizada a torno, en su mayoría con paredes finas y barro rojizo u ocre claro, habiéndose individualizado un total de diecinueve formas. A pesar de la dificultad en su conservación, Cuadrado señala cómo casi todos los vasos debieron estar decorados al menos mediante finas líneas horizontales pintadas. También se recuperaron algunos fragmentos de una cerámica basta, de paredes gruesas, tamaños grandes y colores rojizos, en su gran mayoría sin decorar (Cuadrado 1968: 24, fig. 16).

Una información similar es la ofrecida por la necrópolis de Luzaga (Díaz 1976: 404 ss., figs. 4-18). La mayor parte de las piezas están realizadas a torno, generalmente con barros finos y depurados y pastas claras fruto de su cocción oxidante, predominando los colores anaranjados. El engobe se ha conservado en muy pocos casos, al igual que ocurre con la decoración, pintada, a base de líneas

paralelas y combinaciones de motivos geométricos simples (36). Se han diferenciado una docena de formas (37). Entre la cerámica a torno hay que destacar algunas piezas de pasta gris, en alguna ocasión decoradas mediante líneas horizontales pintadas, líneas incisas o con motivos impresos (Díaz 1976: 164 ss.; fig. 19). Junto a ellas, algunas vasijas a mano, de barros poco depurados, en los que predomina el color negro y el rojizo. Se trata de urnas de gran tamaño o de pequeños cuencos, con decoración incisa e impresa, con cordones, gallones y asitas perforadas horizontalmente (Díaz 1976: 468 ss., fig. 20 y lám. V,3-6) (38).

En La Yunta (García Huerta y Antona 1992: 121 ss.), las especies a torno suponen el 95% del total de los recipientes recuperados. Son cerámicas fabricadas con barros finos y depurados, de calidad homogénea, cocidas en atmósferas oxidantes que proporcionan tonos ocre o naranjas, estando generalmente engobadas. Se han documentado en este cementerio un total de nueve formas diferentes, presentando decoración casi la mitad de las piezas recuperadas, siempre pintada, generalmente monocroma, aunque en algún caso se haya documentado la bicromía, a base de motivos geométricos como líneas y bandas horizontales, bandas perpendiculares, líneas onduladas horizontales, semicírculos y círculos concéntricos, dobles triángulos, dientes de lobo y dobles óvalos con radios. Sobre algunos de estos recipientes se han realizado grafitos (García Huerta y Antona 1992: 132 ss.).

Junto a los estudios tipológicos hay que hacer referencia a los cada vez más frecuentes análisis de pastas cerámicas celtibéricas (García Heras 1993a-b, 1994a-b y 1995; García Heras y Rincón 1996), que están proporcionando resultados de gran interés (*vid.* capítulo VIII,2.2).

7.2. La coroplástica

En este apartado se incluye un conjunto de figurillas exentas y aplicadas realizadas en arcilla cocida. Las piezas de mayor antigüedad proceden de la necrópolis de Aguilar de Anguita: un objeto troncocónico rematado en

(36) Sin embargo, Cerralbo (1916: 23) señala que en todo este conjunto cerámico «no hay sino tres o cuatro que estén pintadas con ornamentaciones geométricas sencillas», al tiempo que resalta cómo la cerámica pintada resultaba rara en las necrópolis por él excavadas.

(37) Entre ellas, Cerralbo (1916: 20, fig. 7) destacó las urnas de pie alto, algunas de las cuales presentan junto al borde una «pequeña tacita», forma también identificada en La Yunta-62 (fig. 101.9.1).

(38) De esta necrópolis proceden dos toscos fragmentos de urna decorados mediante pequeños círculos impresos alineados «y en ellos incrustadas anillitas de ámbar amarillo del Báltico» (Aguilera 1916: 22 s., fig. 9), no recogidos en el trabajo de Díaz (1976).

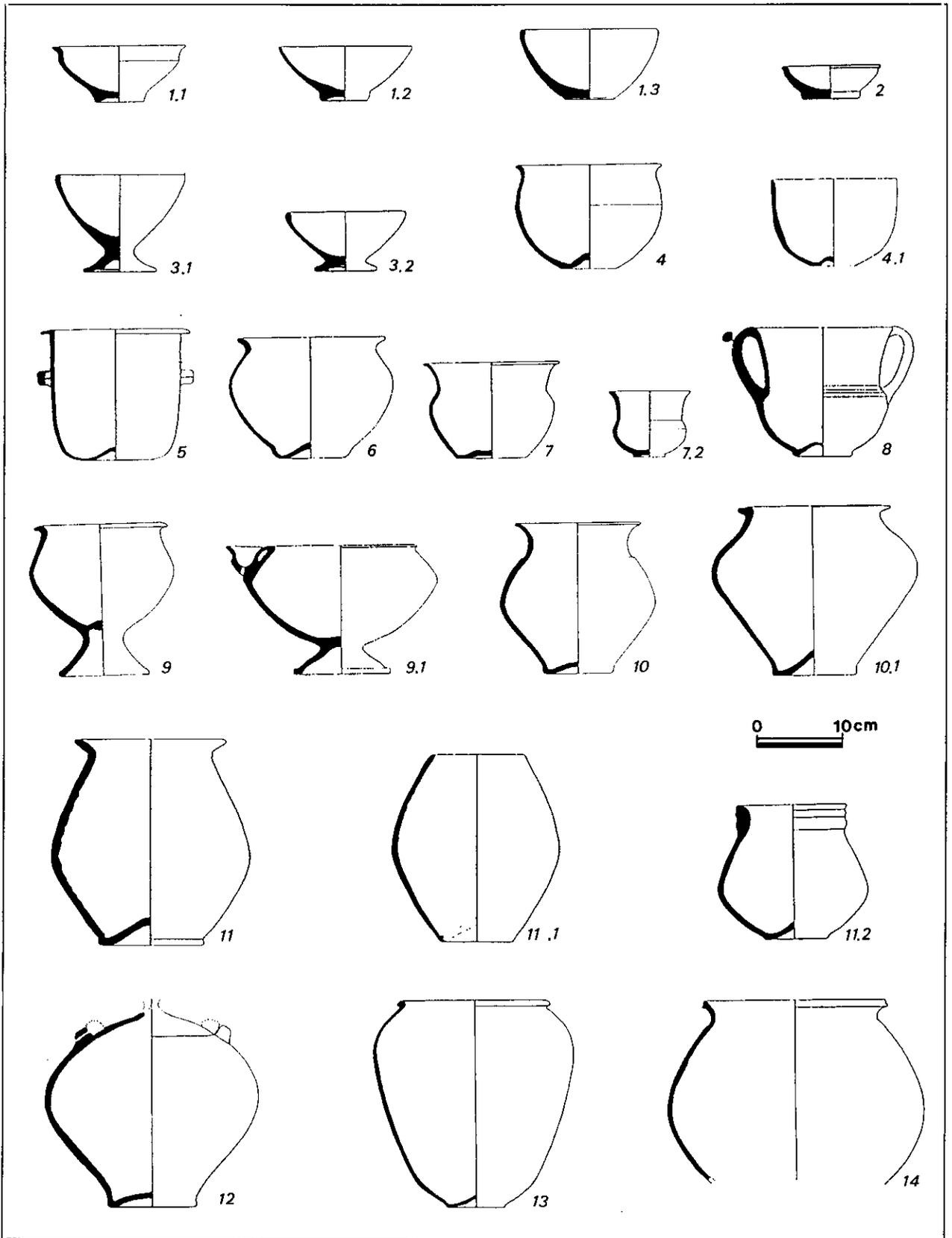


Fig. 101.—Alto Tajo-Alto Jalón: tabla de formas cerámicas a torno. (Según García Huerta 1990).

cabeza de ave, hueco en su parte inferior y con una perforación sobre la cabeza, hallado en el interior de una urna cineraria (Aguilera 1911, III: lám. 24; Cabré 1988: 124; *Idem* 1990: fig. 10), y una figura zoomorfa, posiblemente un caballo, que aparece sobre un disco cerámico. Esta pieza pertenece a la tumba P (fase IIA), conjunto integrado por una urna y su tapadera, a torno, un puñal de frontón exento, una punta de lanza, un arreo de caballo y un disco metálico. Está apoyada sobre cuatro agujeritos, de los que se han encontrado otros dos situados a ambos lados de la figura, en el intermedio de la mano y la pata que, para Cerralbo (1911, III: 48), estarían destinados al jinete, no conservado. Si para E. Cabré (1988: 126; 1990: 212, fig. 10) se trataría de una tapadera con agarradero zoomorfo, no conviene olvidar que la urna cineraria apareció cubierta con una copa (Galán 1989-90: 185). A ellas hay que añadir un vaso ornitomorfo (Aguilera 1911, III: lám. 27, 3), sin contexto.

Con la excepción de estas piezas, el resto de la plástica escultórica celtibérica se configura en su conjunto como un fenómeno eminentemente tardío (fase III), pudiéndose fechar en gran medida en el siglo I a.C., conociéndose algunos ejemplares más antiguos y otros fechables con posterioridad al cambio de era. Cabe destacar una serie de conjuntos procedentes de diversos cementerios y poblados de las provincias de Soria, Guadalajara y La Rioja. Se analizarán primero las figuraciones zoomorfas, cuyas piezas más antiguas como se ha indicado se sitúan en Aguilar de Anguita, para continuar con las representaciones humanas y, dentro de ellas, las cabezas exentas.

Dentro de una vivienda del poblado de Las Arribillas (Galán 1989-90: 181 ss., figs. 3-4) se localizaron media docena de piezas, entre las que se incluyen diversos animales (fig. 102,A): un ave, un caballo y otro posible, un animal sentado, quizás un perro, una cabeza de caballo y acaso un jabalí. En otra vivienda, al pie del cerro Monobar, en Almaluez, se hallaron «varias tinajas celtibéricas de barro rojo y multitud de tosquísimas figuras animales y humanas» del tipo de las aparecidas en Numancia, pero aún más rudas (Taracena 1941: 33-34). De Langa de Duero proceden dos caballos, uno de ellos interpretado quizás como un asidero de tapadera (Taracena 1929: 43 s., lám. X), habiéndose señalado únicamente la procedencia de uno de ellos, que apareció en el interior de una habitación tenida como almacén de herramientas (Taracena 1929: 35 s.). De Numancia procede el conjunto más importante y variado (Taracena 1925: 87; *Idem* 1941: 76; Wattenberg 1963: 42) que, con la excepción de los remates de algunas trompas en forma de fauces abiertas de carnicero (fig. 78,C,16), reproduce figuras y prótomos de caballos y bóvidos. Aparecen formando parte de asas (fig. 103,4 y 6), entre las que destaca una rematada en

cabeza de caballo (fig. 103,3) perteneciente a un *simpulum* (Martín Valls 1990: 148), con función de fusayola (?) (fig. 103,8), o simplemente aplicados (fig. 103,1, 5 y 9), en ocasiones, a trompas (fig. 103,7) y cajas (fig. 103,2). Además, cabe mencionar algunos vasos plásticos (Taracena 1954: fig. 167) en forma de toro y jabalí, figuras exentas de caballitos con jinete (fig. 103,12-14), y los pies votivos, algunos de ellos rematados en prótomos de caballo (fig. 103,10-11).

Del Castillejo de Garray (Morales y Sanz 1994; Morales 1995: 130, fig. 51) procede una copa de cerámica realizada a mano con decoración aplicada zoomorfa en 'perspectiva cenital' (fig. 102,B,1), elemento característico de la iconografía arévaco-vaccea (figs. 102,B,2-8, 138,1 y lám. VII.3) (Romero y Sanz 1992).

Al área meridional de la Celtiberia corresponde un conjunto interesante de piezas aparecidas en el poblado conquense de Reillo (Maderuelo y Pastor 1981: 165, figs. 1-7). Incluye un morillo zoomorfo rematado en cabeza de carnero y con serpientes en su lomo, decorado con motivos geométricos incisos (fig. 104,4), una tapadera realizada a mano con un asidero en forma de cabezas de carnero (fig. 104,1), un fragmento de vaso calado a torno con una serpiente en relieve (fig. 104,2), y los restos de urna a mano con decoración también en relieve difícil de determinar (fig. 104,3).

La presencia de figuraciones humanas está constatada tanto en poblados como en necrópolis. Por lo que se refiere a las figuras de bulto redondo destaca el conjunto de Numancia (Schulten 1931: 268 s., lám. 35,A y C; Wattenberg 1963: tablas XVII,455 y 462), sobre todo una figura femenina (fig. 125,4), con decoración pintada en blanco y negro, y un jinete claramente relacionado con los documentados en las fíbulas (fig. 103,14). A ellos hay que añadir las ya comentadas representaciones de pies (fig. 103,10-11 y 15), también presentes en Langa de Duero, de donde procede un alto pie humano calzado (Taracena 1929: 43 s., lám. X).

Entre las cabezas exentas de terracota, se encuentran los dos ejemplares de la necrópolis de Carratiermes (fig. 105,11-12), tal vez pertenecientes a alguna figura no conservada, al igual que el de Estepa de Tera (fig. 105,13), ejemplar fechado ya en el siglo I d.C. (Morales 1984: 115). Dentro de este grupo se puede incluir una figurita de forma cónica, con la representación esquemática de nariz y ojos, procedente de Langa de Duero (Taracena 1932: fig. 12), similar a otras dos de Castrillo de la Reina y del Castro de Las Cogotas, respectivamente (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992: 429 y 431), y cuyo paralelo más próximo se halla entre las cerámicas numantinas (Wattenberg 1963: lám. X,4.1239 y 9.1244; Romero 1976a: fig. 41) (fig. 109,2-3), desta-

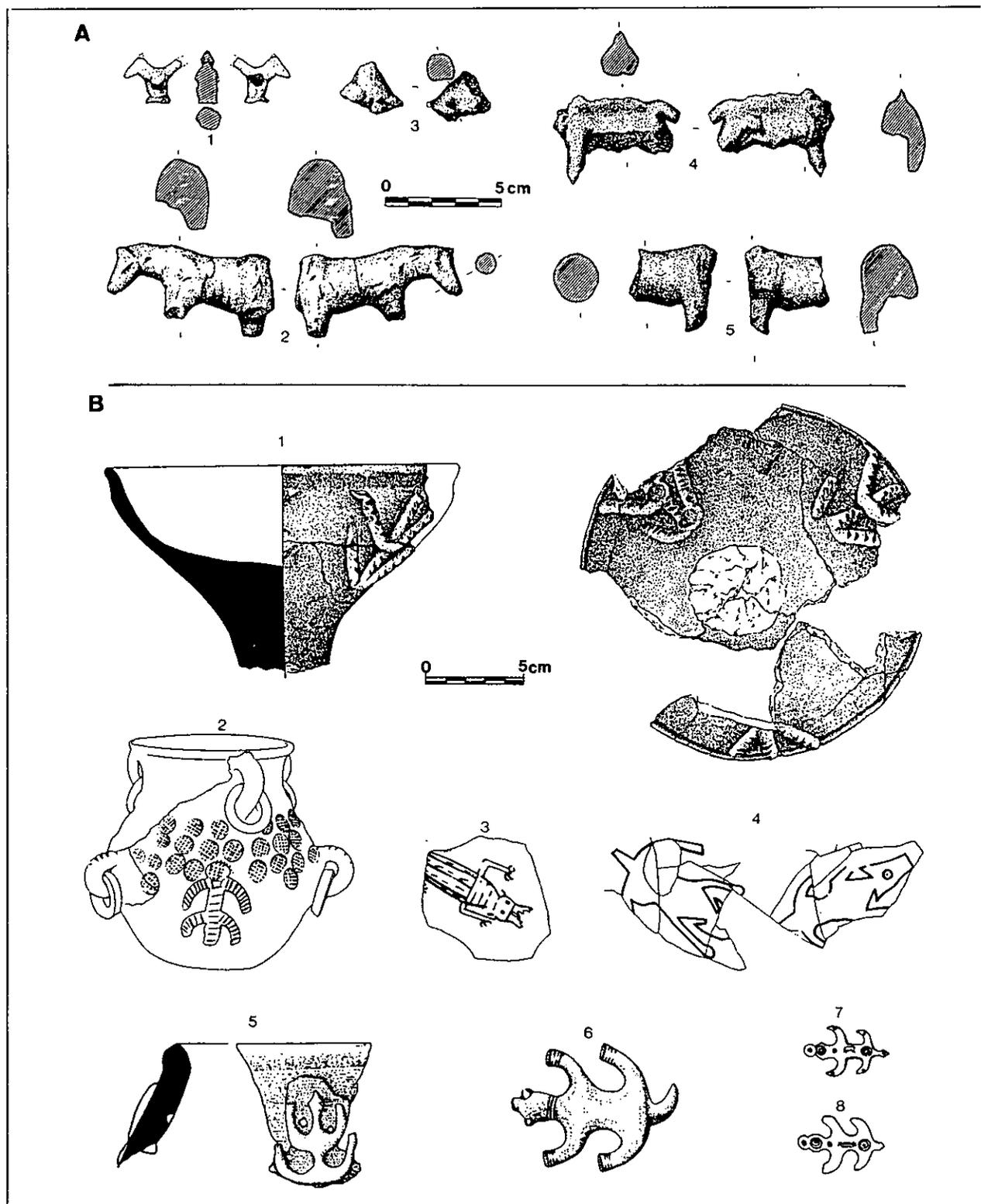


Fig. 102.—A, figuras zoomorfas de arcilla cocida del castro de Las Arribillas; B, representaciones zoomorfas en 'perspectiva cenital' (1-2, aplicadas sobre cerámica; 3-4, pintadas; 5, aplicada de plomo; 6, tésera de hospitalidad de bronce; 7-8, fíbulas o posibles colgantes de bronce): 1, el Castillejo de Garray; 2, Palencia; 3-4 y 7-8, Numancia; 5, Termes; 6, región de Segobriga. (A, según Galán 1990. B, según Morales 1995 (1), Romero y Sanz 1992 (2, 5 y 6), Romero 1976a (3-4) y Schüle 1969 (7-8)). 2-8, a diferentes escalas.

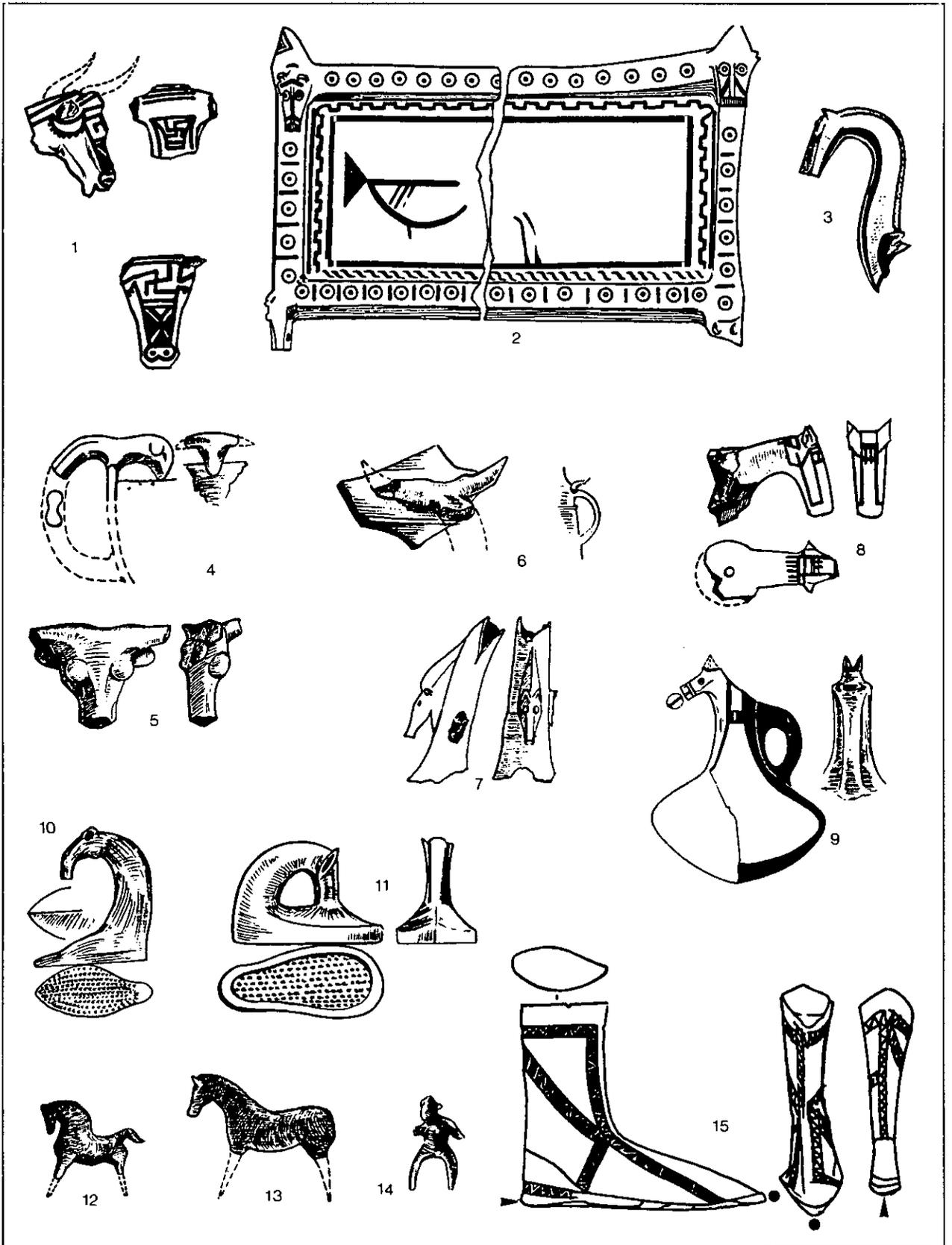


Fig. 103.—Coroplástica numantina. (Según Wattenberg 1963). A diferentes escalas.

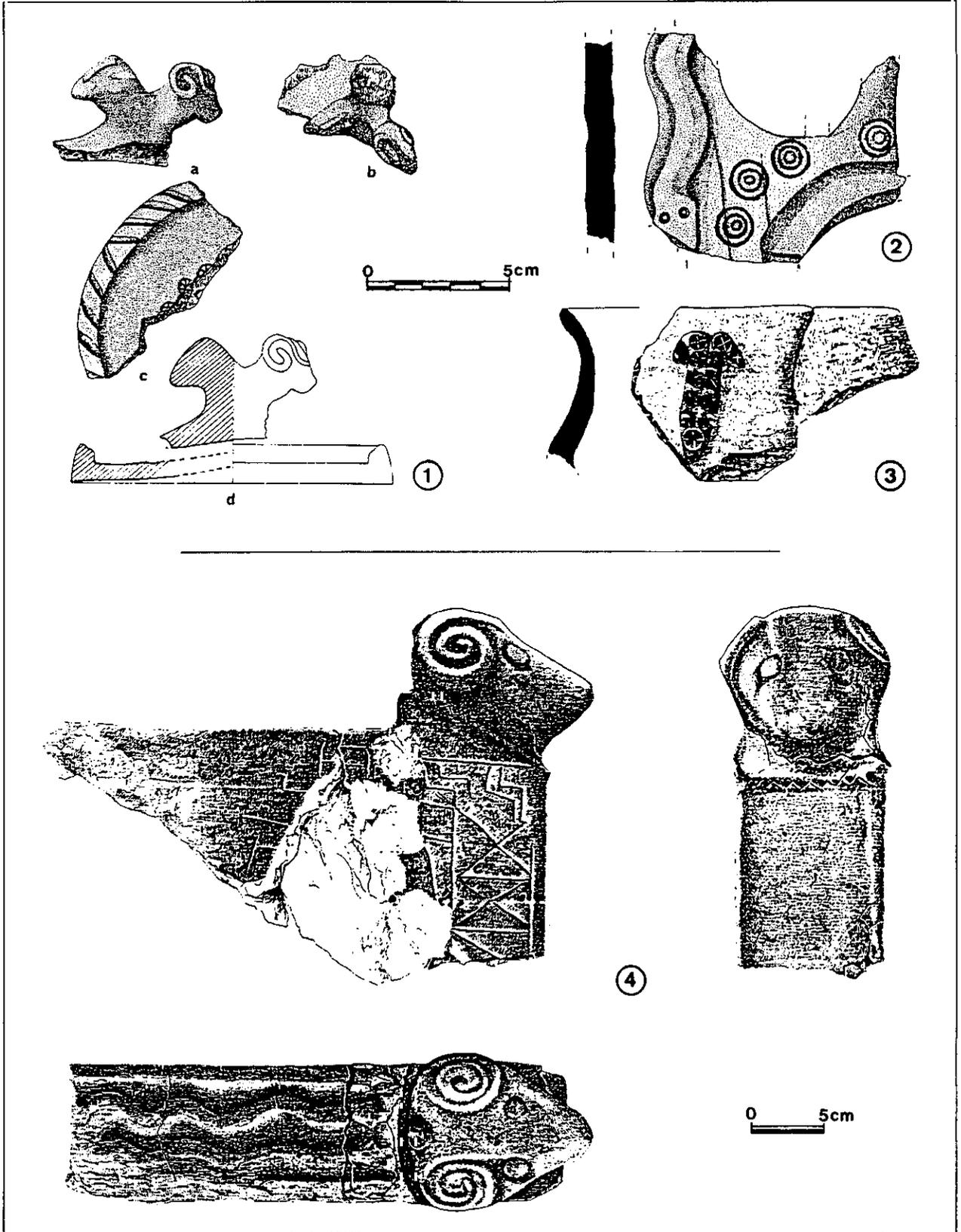


Fig. 104.—Reillo. Representaciones zoomorfas (1-2) e indeterminada (3) sobre cerámica y morillo rematado en cabeza de carnero (4). (Según Maderuelo y Pastor 1981).

cando un personaje tocado con un gorro cónico que se dispone a realizar un sacrificio (fig. 126,1,c).

El conjunto más homogéneo lo constituyen, no obstante, las representaciones de «cabezas-cortadas» aplicadas (*vid.*, sobre su posible interpretación, capítulo X,3.1). Destacan una serie de piezas, entre las que sobresale una urna hallada en una de las necrópolis de *Uxama* (fig. 105,2), a la que últimamente se han venido a sumar dos ejemplares más hallados en la propia ciudad (fig. 105,1 y 3), uno de ellos dentro de una vivienda fechada en época de Tiberio y Claudio (García Merino 1992: 855 s., fig. 1,1 y 3), y otro de la necrópolis de Carratiermes (fig. 105,4), conjunto con el que se puede relacionar un fragmento procedente de Numancia (fig. 105,5). La urna de la necrópolis de *Uxama*, la única completa, tiene varias representaciones de cabezas humanas localizadas en el interior de una estructura cuadrangular pintada que, tal vez, pudiera representar el lugar donde se depositaba y mostraba la cabeza, al modo de los nichos del santuario de Roquepertuse o de la muralla del oppidum de l'Impenal en Luzech (Brunaux 1988: 116). En otros casos, las cabezas aparecen como remates de asas o bajo el arranque de éstas (fig. 105,7-10) o sin vinculación con elemento funcional alguno (fig. 105,6) (39).

Cronológicamente, la coroplástica celtibérica debe situarse en un momento bastante tardío, cuyo término *post quem* sería el 133 a.C., fechándose más bien ya en el siglo I a.C. e incluso en la centuria siguiente.

7.3. Fusayolas

El hallazgo de fusayolas resulta frecuente en diversos ambientes de la Edad del Hierro peninsular (Castro 1980; Berrocal-Rangel 1992: 118 ss.; etc.), estando documentadas en la Celtiberia tanto en necrópolis como en hábitats, en lo que posiblemente haya que ver una diferente interpretación funcional. Se trata de pequeños discos, a veces decorados, de variadas formas (truncocónicas, bitruncocónicas o cilíndricas), realizados en arcilla y provistos de una perforación central para su colocación en la parte inferior del huso (Castro 1980: 127 ss.). La presencia de fusayolas o pesas de huso es habitual en contextos de habitación, lo que suele ser considerado como una prueba de la realización de actividades textiles, aunque el hallazgo de 60 fusayolas en la casa 2 de Herrera de Los Navarros, en su mayoría agrupadas, originariamente engarzadas y colgadas de la pared (Burillo y de Sus 1986:

229 y 232, fig. 13; *Idem* 1988: 65), pudiera sugerir una interpretación diferente para estos objetos, quizás como elemento de contabilidad (de Sus 1986) (40).

Distinta valoración merecen las fusayolas procedentes de ambientes funerarios (tablas 1 y 2 y Apéndice II, nº 98), tenidas como objetos de uso y funcionalidad simbólica, ligadas al culto a los muertos (Aguilera 1916: 49 ss.). Los trabajos de Cerralbo (1916: 49) proporcionaron «casi siempre, cual si fuera cumplimiento ritual, una, y más frecuentemente dos, de tales fusayolas dentro de cada urna cineraria, mezcladas con los pequeñísimos restos incinerados del difunto...», una de ellas en forma de cono truncado y la otra bitruncocónica. Según este autor, tales objetos, a menudo toscos y elaborados sin molde, «son los únicos que se encuentran dentro de la urna en contacto con los leves restos del incinerado; y el rico ajuar de armas, ornamentos espléndidos en bronce y demás joyas de aquella remota época, siempre los hallo fuera de las urnas» (Aguilera 1916: 48). Lamentablemente, el que las necrópolis excavadas por Cerralbo nunca se publicaran dificulta sin duda la valoración que pueda hacerse de la frecuencia de aparición de las fusayolas y de sus asociaciones (41), pero sí puede señalarse, a partir de los pocos conjuntos conocidos, su presencia tanto en sepulturas integradas únicamente por adornos bronceos como en las militares (figs. 61,G, 63, 64,A, 67,F-G, 69,B-D, 72,A y D, 86,B, 94,A-B y 99,11-12; tablas 1 y 2) y que, aun siendo frecuentes, faltan en un buen número de ocasiones (*vid.* tablas 1 y 2).

Los trabajos más recientes arrojan alguna luz al respecto, poniendo de relieve una mayor variabilidad que la señalada por Cerralbo, en particular por lo que se refiere

(40) Una interpretación similar se ha sugerido para el hallazgo de 127 ejemplares en el Santuario A del Castrejón de Capote, en la Beturia céltica (Berrocal-Rangel 1992: 118 ss.).

(41) La revisión de los materiales de la Colección Cerralbo resulta de interés en lo que a las características tipológicas de estos objetos se refiere. Este es el caso de la necrópolis de Carabias (Requejo 1978: 59), donde se analizaron 82 fusayolas cerámicas, 10 de las cuales presentan decoración geométrica de líneas incisas y puntos impresos; 33 son de forma cilíndrica, 28 bitruncocónica, 20 truncocónica, 1 discoidal y otra más cilíndrica muy redondeada. Requejo señala, además, un ejemplar de hierro (?) y otro de piedra lisa (?), materiales ajenos a la fabricación de este tipo de objetos. A pesar de no poseer datos sobre las características morfológicas de ambas piezas, que quizás justificaran su inclusión en esta categoría, sí cabe recordar la existencia de fusayolas no cerámicas, como un ejemplar de bronce interpretado como tal dada su forma y dimensiones, procedente de la necrópolis de Las Cogotas (Kurtz 1987: 207 s.). La necrópolis de La Olmeda (García Huerta 1980: 29) proporcionó 33 piezas entre las que predominan las cilíndricas y esféricas, documentándose asimismo las truncocónicas, bitruncocónicas y semiesféricas, estando únicamente cuatro de ellas decoradas mediante líneas incisas o puntos impresos. De El Atance (de Paz 1980: 38 ss.) proceden 24 ejemplares, dos de ellos decorados mediante incisión y puntillado, de formas bitruncocónicas, truncocónicas o cilíndricas.

(39) A estos ejemplares cabe añadir una cabeza humana aplicada y otra indeterminada de la necrópolis de Luzaga (Aguilera 1911, IV: lám. XXIV,2). *Vid.*, sobre el tema, Martínez Quirce 1996: 169 ss.

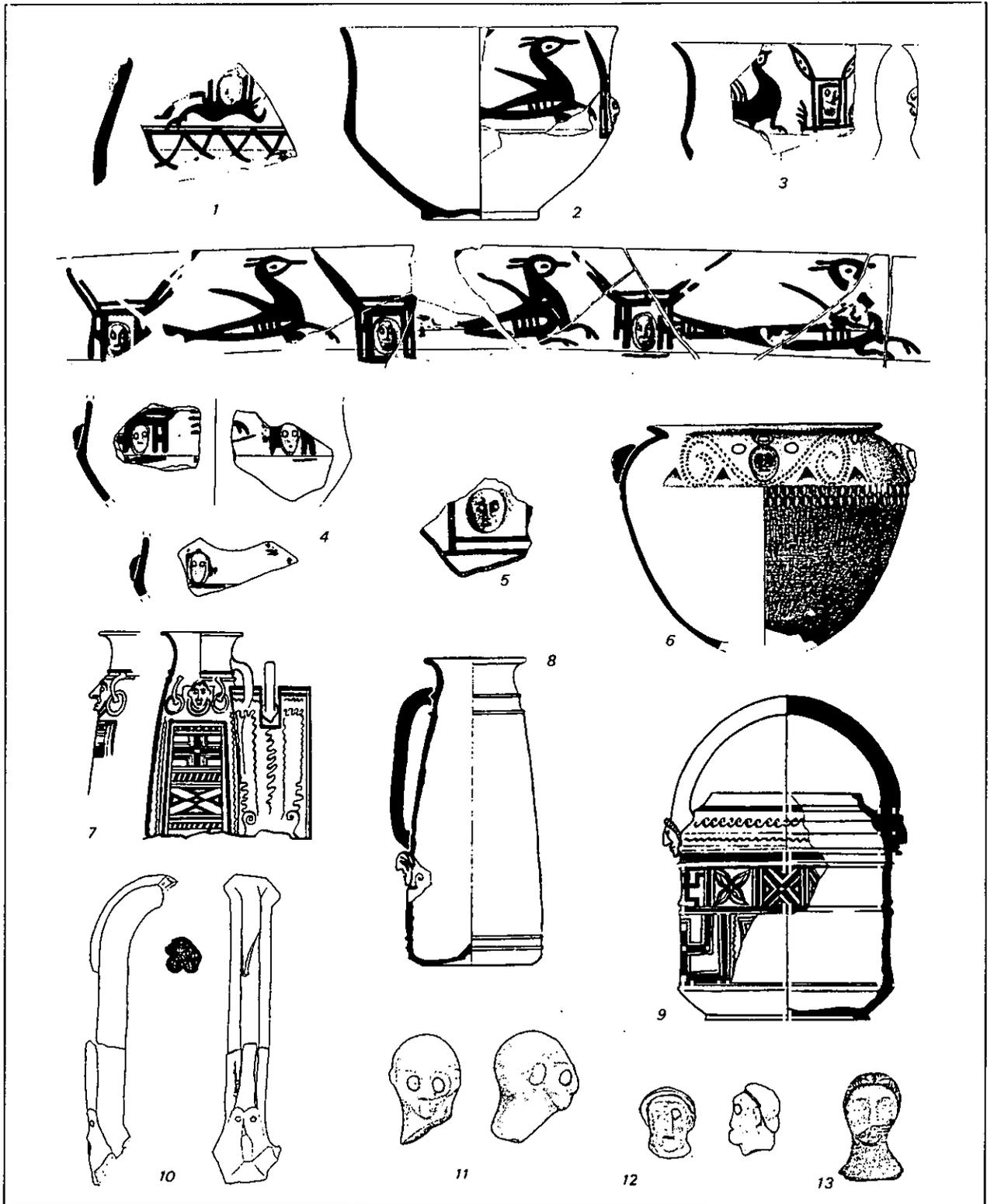


Fig. 105.—1-10, representaciones de cabezas humanas aplicadas sobre recipientes cerámicos: 1-3, Uxama (1 y 3, oppidum; 2, necrópolis de Viñas de Portugal); 4, Carratiermes; 5 y 7-9, Numancia; 6, Contrebia Leukade; 10, Langa de Duero. 11-13, cabezas exentas en cerámica: 11-12, Carratiermes; 13, Estepa de Tera. (Según García Merino 1992 (1-3), Saiz 1992 (4 y 11-12), Taracena 1943 (5), Hernández Vera y Sopena 1991 (6), Wattenberg 1963 (7-9), Martínez Quirce 1996 y Morales 1984 (13)). A diferentes escalas.

al número de fusayolas depositadas en cada tumba o al lugar en que se colocaron. En la necrópolis de Sigüenza están documentadas en algunas sepulturas adscribibles a la fase I (tumbas 2, 5 y 11), así como en otros conjuntos más evolucionados (tumbas 32 y 33), siempre una por tumba y en conjuntos sin armas, colocándose tanto en el interior como al exterior de la urna (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: fig. 27). Presentan formas variadas (truncocónica, bitruncocónica o cilíndrica), asociándose según los análisis antropológicos tanto a enterramientos femeninos (tumbas 2 y 5) como a masculinos (tumba 32) (Cerdeño y Pérez de Ynestrosa 1993: cuadro 5).

En Riba de Saelices (fase IIB) están presentes en 17 de las 103 sepulturas excavadas, generalmente una por tumba, aunque también se documenten dos ejemplares en algún conjunto (Cuadrado 1968: 31). Son de forma truncocónica o bitruncocónica, habiéndose identificado un ejemplar globular, estando en ocasiones decoradas. Sus alturas oscilan entre 2 y 4 cm. Principalmente se hallan fuera de la urna, junto al fondo o al lado de ella y, como se ha señalado, nunca más de dos, una truncocónica y la otra bitruncocónica (Cuadrado 1968: 47).

Mayor diversidad se ha observado en La Yunta, siendo frecuente el hallazgo de un ejemplar por tumba, aun cuando en algún caso se documenten dos, tres, seis e incluso ocho (García Huerta y Antona 1992: 134 ss.), generalmente en el interior de la urna. Suelen asociarse a fíbulas, y nunca a las escasas armas documentadas en este cementerio, pudiendo ser también el único elemento depositado en la sepultura. A tenor de los análisis antropológicos aparecen en idéntica proporción tanto en sepulturas masculinas como femeninas, habiéndose documentado, asimismo, la presencia de seis ejemplares en un enterramiento infantil (42). Su tamaño es homogéneo, con alturas que oscilan entre 4 y 1,5 cm., estando en algún caso realizadas a torno. La mayoría son de forma bitruncocónica o truncocónica, existiendo algún ejemplar cilíndrico. Pueden estar decoradas con motivos geométricos incisos o puntillados y, más raramente, estampillados, identificándose una pieza con decoración pintada.

No existe, pues, regla fija en lo que se refiere a la presencia de fusayolas en las sepulturas. Frente a su relativa abundancia, pueden llegar a ser un elemento claramente excepcional, como ocurre en La Mercadera, donde únicamente se hallaron tres, de forma truncocónica y bitruncocónica y sin contexto (Taracena 1932: 27), estando perfectamente documentada su asociación con armas

en buen número de tumbas de variada cronología pertenecientes a diversas necrópolis (tablas 1 y 2).

7.4. Pesas de telar

Resulta frecuente el hallazgo de *pondera* (vid. capítulo VIII,2.3), sobre todo en los hábitats de finales de la Edad del Hierro (Arlegui y Ballano 1995). Destaca el caso de Langa de Duero, donde las excavaciones de Taracena (1929: 42, fig. 24; 1932: 56, fig. 11) permitieron identificar una gran cantidad de ejemplares, que aparecían formando lotes de 26, 4, 2, 17, 5, 6 y otro de 17. De los 86 ejemplares recogidos en la campaña más reciente, 42 formaban un único lote, con igual tamaño y un peso de un kilogramo cada una. Predominan las piezas prismáticas, ofreciendo en muchos casos la huella del rozamiento de la cuerda de suspensión. Una proporción importante mostraba en su cara superior o anterior marcas incisas (fig. 106), realizadas con el dedo o mediante un punzón de punta roma, estando en un caso estampada. También son abundantes las pesas en el poblado de Izana, documentadas siempre por grupos (Taracena 1929: 15: fig. 4).

De Numancia procede un conjunto importante, habiéndose identificado dos modelos fundamentales (Wattenberg 1963: 42): las pequeñas, en forma de paralelepípedo, generalmente con un signo inciso o impreso en la parte superior y las de mayor tamaño, de forma troncopiramidal, con algún signo inciso ocasionalmente. La asociación más numerosa agrupaba 17 ejemplares (Arlegui y Ballano 1995: 144).

Sorprende el hallazgo, excepcional, de pesas de telar en necrópolis: un ejemplar en Aguilar de Anguita (Aguilera 1911, III: lám. 27,3), de forma truncocónica, al parecer el único de esta necrópolis, y otro de pequeño tamaño en una supuesta tumba (nº 11) de Valdenovillos (Cerdeño 1976a: 7).

7.5. Bolas y fichas

El hallazgo de bolas en poblados y necrópolis de la Edad del Hierro constituye un hecho frecuente. Cerralbo (1916: 52) señala cómo encontraba «bastantes veces en las urnas, sustituyendo a la fusayola, una bola de arcilla cocida». Están realizadas casi siempre en arcilla, conociéndose también ejemplares de piedra, como en La Mercadera (Taracena 1932: 27) donde son mayoría. Frente a su relativa abundancia en algunas necrópolis (Aguilera 1911, IV: 26; Cabré 1929: láms. XIII, XIV y XVI; Cuadrado 1968: 31; Requejo 1978: 60; García Huerta 1980: 30; de Paz 1980: 41 ss.; etc.), en otras resulta un elemento claramente excepcional, como en La Yunta (García

(42) Cabe recordar, no obstante, que en la necrópolis de Padilla de Duero las únicas tres tumbas con fusayolas se vincularían, según los análisis antropológicos, a mujeres y niños (Sanz 1990a: 165).

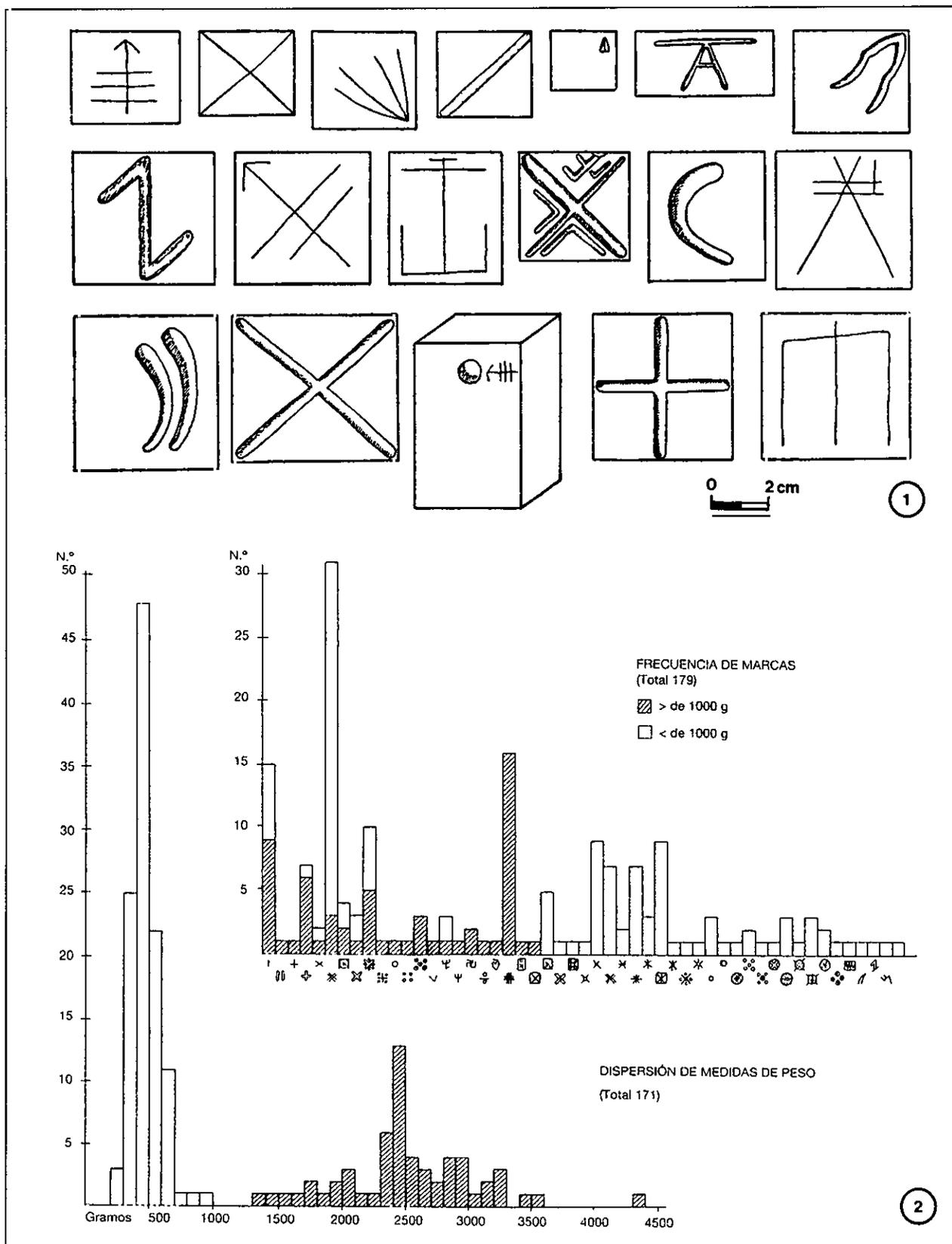


Fig. 106.—Marcas sobre pesas de telar de Langa de Duero (1) y frecuencia de marcas y dispersión de medidas de peso de los ejemplares hallados en Numancia (2). (Según Taracena 1932 (1) y Arlegui y Ballano 1995 (2)).

Huerta y Antona 1992), donde no se halló ejemplar alguno, y, aun no siendo lo más habitual, en ocasiones están decoradas (Morenas de Tejada 1916b: 608; Cuadrado 1968: 31; de Paz 1980: 44 s. y 47, etc.). Pueden aparecer en tumbas militares (tablas 1 y 2, n° 99), como ocurre en Atienza (fig. 67, F-G), El Atance (fig. 69, F), La Revilla-A (fig. 74, A) o en Osma-B, en este caso se trata de un ejemplar de piedra, resultando frecuente su asociación con fusayolas. Es difícil avanzar cualquier hipótesis sobre su funcionalidad (*vid.* Vegas 1983), barajándose una amplia gama de interpretaciones, desde las que les otorgan un valor simbólico (Aguilera 1916: 52) hasta las que consideran que se trataría de piezas de juego (Cuadrado 1968: 47).

Las fichas cerámicas son un elemento que resulta abundante en hábitats, destacando el conjunto de Izana (Taracena 1927: 12 ss.), donde se han hallado 233. Son de forma circular y han sido recortadas sobre fragmentos de vasos, con un tamaño que oscila entre 2 y 11,5 cm. de diámetro, estando 20 de ellas decoradas con incisiones realizadas a punta de cuchillo sobre el barro ya cocido (Taracena 1929: figs. 2-3). Cerca de la mitad de ellas están horadadas, generalmente en el centro de la pieza, aunque dos ofrezcan doble perforación y una triple. En general se hallan sueltas, aun cuando en un caso aparecieron 37 en un lote, «reunidas y apiladas en varios pequeños montones», sin que nada pueda señalarse respecto a su uso.

8. LA EXPRESIÓN ARTÍSTICA

Una vez analizado el artesanado como expresión de la cultura material, conviene ahora, siquiera sucintamente, ofrecer una rápida panorámica de las manifestaciones artísticas celtibéricas. El arte celtibérico forma parte de un complejo sistema cultural constituido a partir de un largo proceso de aculturación y de evolución, en el que los elementos ibéricos, sobre todo, y también los célticos de la cultura de La Tène jugaron un papel determinante, alcanzando sus más altas cotas desde principios del siglo II a.C. (fase III), coincidiendo con la aparición de los *oppida* y de la organización urbana en la Celtiberia, pero también con el inicio del proceso de romanización.

Tan sólo en época avanzada se cuenta en la Celtiberia con conjuntos monumentales o con manifestaciones escultóricas dignas de mención. La arquitectura monumental apenas estuvo presente en la Celtiberia, si bien no cabe duda en catalogar como tal el edificio de adobes de *Contrebia Belaisca*, provisto de una columnata de estilo toscano, de proporciones poco clásicas, realizada en arenisca, conjunto que ha sido fechado hacia el siglo II a.C. (Beltrán 1982), o ciertas construcciones públicas de Tiermes, por otro lado difíciles de datar (Argente, coord. 1990a: 31 s. y 60).

Las estancias principales de ciertas mansiones celtibéricas se hallaron pavimentadas con mosaicos de *opus signinum*, de clara influencia itálica. Destaca el localizado en la estancia más importante de la llamada *Casa de Likine* de Caminreal (figs. 33,2 y 107), ciudad destruida en el curso de las Guerras Sertorianas (Vicente *et alii* 1991: 102 ss. y 120 ss., figs. 34-39). Está decorado con motivos geométricos variados, representaciones astrales y vegetales, peces y delfines, así como una inscripción en alfabeto ibérico en la que se explicita el nombre del propietario de la casa o del artesano que realizó el pavimento, *Likine*, y su procedencia, la ciudad ibérica de *Usecerde*, en el Bajo Aragón (Vicente *et alii* 1993: 750 ss.). Un caso semejante se ha documentado recientemente en la localidad navarra de Andelos, en tierra de Vascones. Es un pavimento de *opus signinum* decorado a base de motivos geométricos y vegetales que incluye una inscripción en la que se menciona a un personaje, *Likine*—que sería la forma iberizada del gentilicio latino *Licinius*—, originario de *Bilbilis* (Mezquiriz 1991-92; Gorrochategui 1993: 424; Untermann 1993-94; de Hoz 1995d: 73 s.; Silgo 1993).

En relación con la escultura, su incidencia en la Celtiberia se reduce a los bajorrelieves de las estelas funerarias celtibéricas de la zona cluniense (fig. 81,1-2), datadas entre los siglos II-I a.C. (Abásolo y Marco 1995: 335). La temática que ofrecen, de tipo heroico, sobre todo guerreros a caballo y escenas de caza, puede vincularse con otras manifestaciones, como ciertas fibulas argéneas con escenas venatorias de La Tène Final (*vid. supra*) o con el tipo iconográfico característico de los reversos de las monedas celtibéricas, el jinete con lanza (Almagro-Gorbea 1995e). Todo ello viene a probar su pertenencia al mismo substrato socio-ideológico al que se adscribirían las élites celtibéricas. Como antecedente de estas representaciones escultóricas en relieve cabe señalar una estela de la necrópolis de Aguilar de Anguita (fig. 50,3) (Aguilera 1911, III: 20 s., láms. 10,1 y 27,1; *Idem* 1913b), pieza que constituye un caso excepcional, al ser la única decorada, a pesar de que algunas de las estelas documentadas en los cementerios celtibéricos prerromanos estuvieran toscamente trabajadas. Es un grabado que reproduce de forma estilizada un caballo sobre el que se sitúa una figura humana (*vid.* capítulo IV,4.2). La sepultura en la que apareció presentaba un destacado ajuar formado por la espada de antenas, una lanza con su regatón, dos discos broncíneos, dos fusayolas y la urna cineraria (Aguilera 1913b) (43).

(43) *Vid.*, asimismo, Artífano (1919: 26), según el cual el ajuar estaba integrado por «la urna cineraria; espada de antenas; dos lanzas con sus regatones; cuchillos y anillos del escudo; filetes de caballo y un juego de grandes discos de bronce».

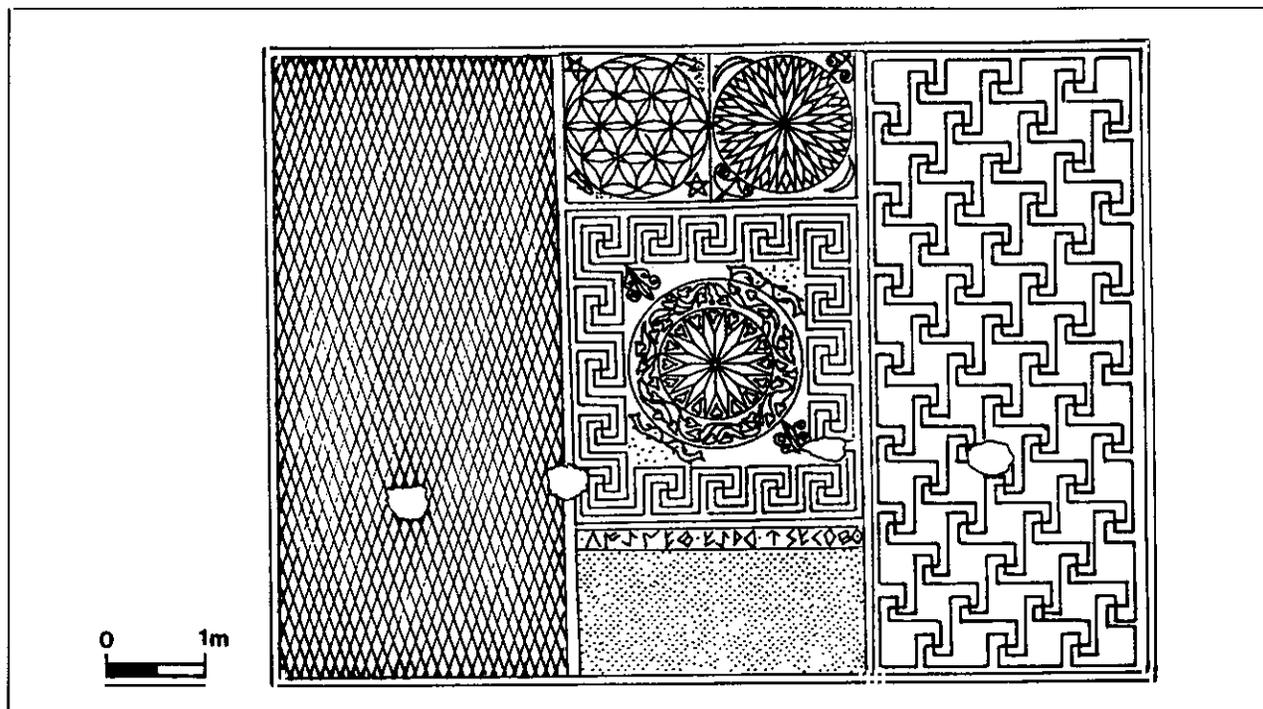


Fig. 107.—Pavimento de opus signinum de la Casa de Likine, en La Caridad de Caminreal. (Según Vicente et alii 1991, completado).

Junto a estas manifestaciones hay que hacer mención de ciertos grabados como los registrados en el santuario de Peñalba de Villastar (Marco 1986: 748 ss., lám. V, fig. 1), que incluyen diversos motivos geométricos, destacando algunos de evidente contenido astral, figuraciones animales, con predominio de las aves, en algún caso cuervos, estando también representados los caballos y algún cérvido. También hay algunas figuraciones humanas, entre las que sobresalen una figura antropomorfa bifronte (fig. 125,5), y otra muy esquemática, caracterizada por una gran cabeza y una representación sumaria del resto del cuerpo, con los brazos extendidos y las manos abiertas, interpretadas como la representación de una divinidad, seguramente Lug, el cual aparece mencionado en dos ocasiones en la llamada «inscripción grande» (vid. capítulo X,1). Estilística y culturalmente, la cabeza de Peñalba de Villastar se encuadra con las llamadas «cabezas cortadas» en piedra, características del arte céltico, y de las que en la Península Ibérica se conocen un buen número de ejemplares, carentes, en general, de todo contexto arqueológico (Almagro-Gorbea y Lorrio 1992: 412 ss.).

Pero, como mejor se define el arte celtibérico, y donde encontró su máxima expresión fue en los objetos relacionados con la vestimenta y el adorno personal, incluyéndose aquí una parte de los objetos que integran la orfebrería (vid. *supra*). Las fibulas, entre las que destacan

ciertas piezas argéneas de gran espectacularidad (fig. 82.5 y lám. III), los broches de cinturón, en ocasiones damasquinados (44), y los pectorales (fig. 87 y lám. IV,2), se decoran profusamente, casi siempre con motivos geométricos y, en ciertos casos, con figuraciones animales o humanas (vid. *supra*). Es en el ámbito definido por estos objetos donde se observan con mayor nitidez las variadas influencias del artesanado celtibérico, inicialmente hallstáticas, posteriormente latenienses y, sobre todo, ibéricas (Schüle 1969; Lenerz-de Wilde 1991; Almagro-Gorbea 1993), que dieron lugar a un conjunto de manifestaciones artísticas de gran personalidad (Romero 1991b).

También las armas fueron objeto de un tratamiento artístico particular, como lo confirman las decoraciones repujadas de los cascos, discos-coraza y escudos bronceos, el damasquinado de las empuñaduras de ciertos modelos de espadas, la aplicación, en las vainas de algunos tipos de espadas y puñales, de placas bronceas decoradas, a veces mediante damasquinado, o las sencillas

(44) El análisis estilístico de los motivos decorativos representados en los broches de cinturón (vid., para los ejemplares celtibéricos, Lorrio 1995c: Apéndice II) ha sido abordado por Cabré (1937) y, más recientemente, por Lenerz-de Wilde (1991: 107 ss.), atendiendo principalmente a las piezas de tipo ibérico con decoración damasquinada.

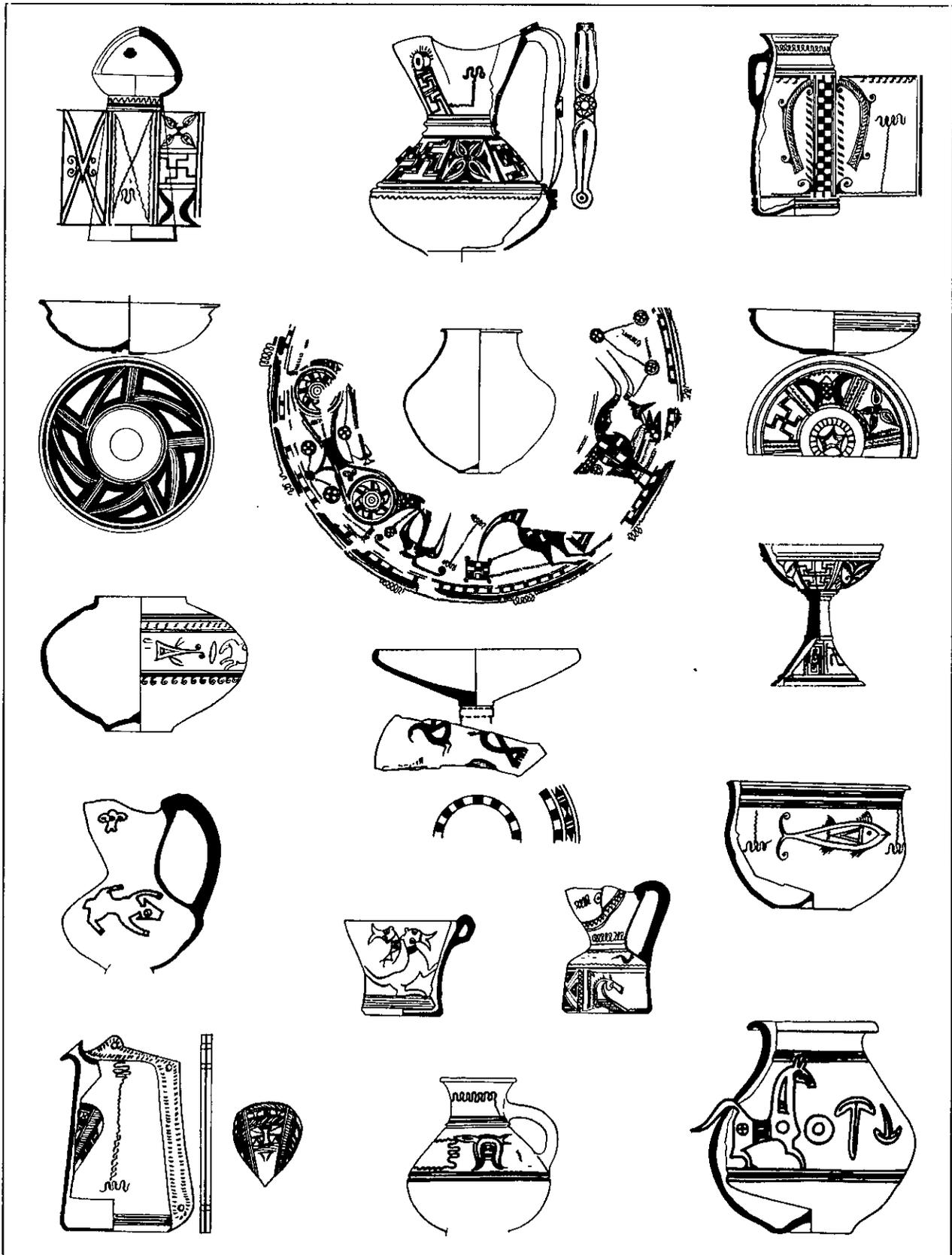


Fig. 108.—Numancia: cerámicas monocromas y policromas. (Según Wattenberg 1963). A diferentes escalas.

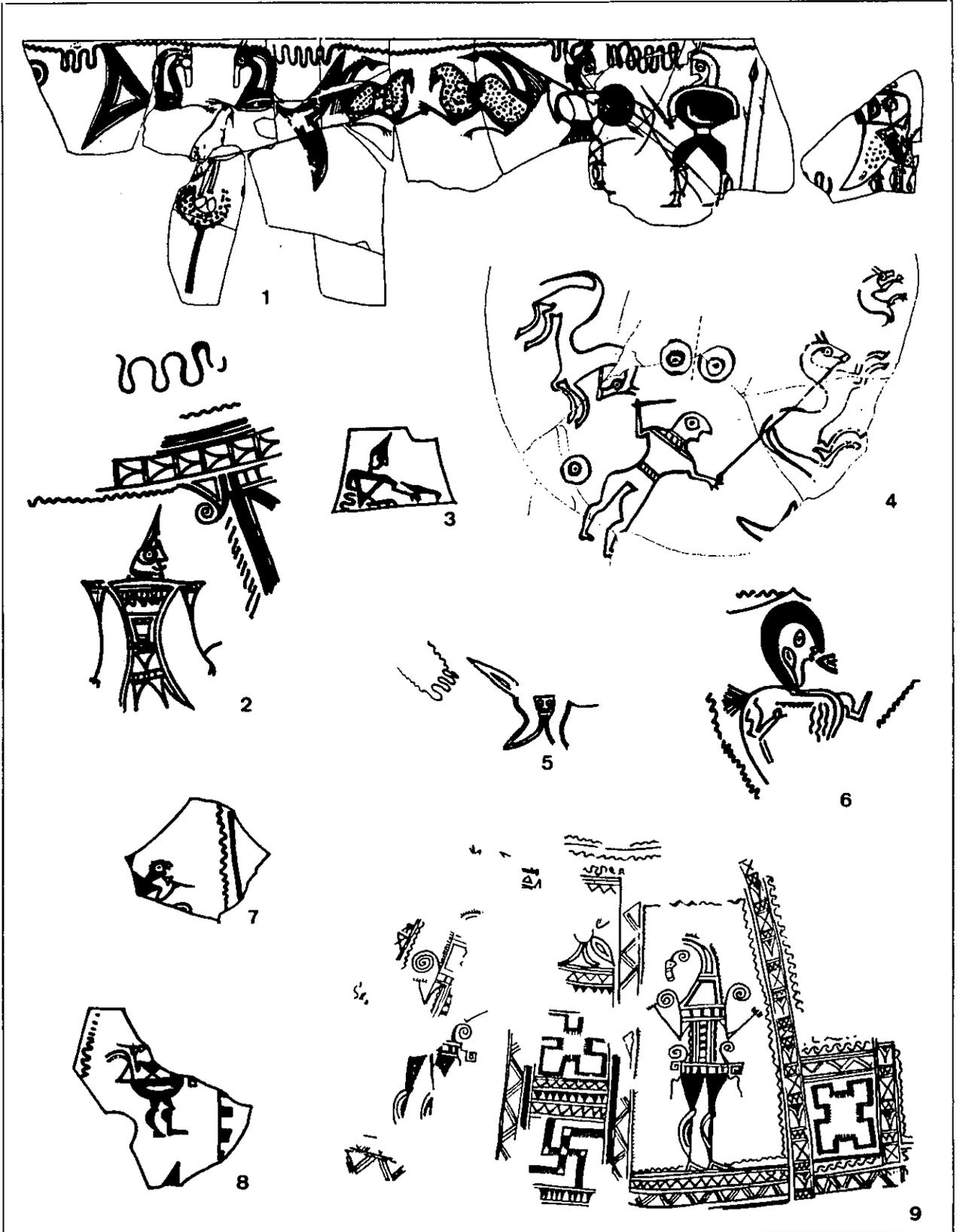


Fig. 109.—Numancia. Representaciones figuradas pintadas sobre cerámica. (Según Romero 1976a (1-2) y Wattenberg 1963 (3-9)). A diferentes escalas.

llas líneas incisas que adornan las hojas de algunas puntas de lanza (*vid. supra*).

Una mención especial merece la numismática, cuyo tipo principal se identifica por una cabeza masculina, a veces con torques, con diversos símbolos en los anversos y una más variada iconografía en los reversos, predominando las representaciones del jinete, generalmente lancero, que caracteriza las unidades, mientras que caballo, pegaso o medio caballo, acompañados o no de símbolos, son reproducidos en los divisores (figs. 80 y 139,B y lám. VIII). En el reverso, bajo la representación iconográfica, se halla la leyenda monetaria, en alfabeto ibérico o latino, en la que aparece el nombre de la ciudad o del grupo emisor. El personaje varonil de los anversos se ha puesto en relación originariamente con la imagen de Melkart/Aníbal de las monedas de los bárquidas, en lo que habría que ver la representación de una divinidad de tipo poliado y guerrero o posible héroe fundador, a veces portando una corona de laurel. Los reversos están tomados de las monedas de Dionisio de Siracusa a través de los prototipos ibéricos, haciendo alusión a la clase de los *equites* celtibéricos, al igual que ocurre, posiblemente, con las fíbulas de caballito, principalmente con las provistas de jinete (fig. 81,3-5 y lám. IV,3-4) (Almagro-Gorbea 1995e; *Idem* 1996: 125 ss.).

Otro ámbito del arte celtibérico especialmente desarrollado es el de la pintura realizada sobre recipientes cerámicos, donde brillan con luz propia las cerámicas monocromas y policromas de Numancia (figs. 108-109 y láms. V-VI), fechadas a lo largo del siglo I a.C., llegando incluso las últimas hasta los inicios del Imperio (Wattenberg 1963; Romero 1976a-b).

Entre las producciones policromas, la figura humana (fig. 109 y láms. V,2 y VI,2-3) no es uno de los temas más tratados, siendo los motivos geométricos, y en menor medida las representaciones zoomórficas, los que gozaron de mayor atención por parte de los ceramistas numantinos. En este sentido, resulta significativo dejar constancia de que sólo la quinta parte de estos vasos presenta decoración figurada y, de éstos, únicamente en torno al 7% ofrecen representaciones humanas (Romero 1976a: 144). En la cerámica de Numancia el tratamiento de la figura humana responde a una estilización claramente geometrizable que, en general, es representada de perfil aunque con el cuerpo de frente. Se observa un gusto manifiesto por formas curvilíneas, vinculables al arte de La Tène, pero con una evidente personalidad.

Desde el punto de vista iconográfico, destaca la relación de algunas representaciones humanas numantinas

con otras manifestaciones peninsulares, como la cabeza cubierta con un prótomo de caballo (fig. 109,9 y lám. VI,2), iconográficamente relacionada con una figura de bronce del poblado alavés de Atxa (Gil 1992-93: fig. IV,4), o un personaje tocado con un casco de tres cuernos (fig. 79,3) que recuerda el que lucen algunas figuras de la diadema de San Martín de Oscos (Lorrio 1993a: fig. 11,E). Otras figuras de interés son aquellas que presentan un tocado puntiagudo que sería posible relacionar, como se ha indicado, con el que ofrecen algunas terracotas (figs. 109,2-3 y 126,1,c). También son de destacar las escenas con figuras humanas asociadas a aves, que se han relacionado con un ritual funerario celtibérico citado en algunos textos literarios (fig. 79, 1-2 y lám. VI,3) (*vid. capítulo X,6*). En general, se evidencia entre las cerámicas pintadas un interés exclusivo por la representación de la figura humana de cuerpo entero, mientras que la cabeza humana, cuando aparece, corresponde a piezas cerámicas aplicadas.

Por último, hay que referirse a la coroplástica (*vid. supra*), que incluye algunas figurillas exentas y aplicadas, reproduciendo tanto animales, sobre todo caballos y bóvidos, como representaciones humanas, entre las que destacan los pies votivos y las cabezas aplicadas. La mayor parte de las representaciones humanas y zoomorfas sobre cerámica fueron halladas en poblados, estando también documentadas en ambientes funerarios, como ocurre con las piezas procedentes de las necrópolis de Aguilar de Anguita, Luzaga, Carratiermes y Osma (*vid. supra*).

El proceso hacia formas de vida cada vez más urbanas que tuvo lugar en la Celtiberia a partir de finales del siglo III a.C. contribuyó de manera decisiva al desarrollo de las manifestaciones artísticas celtibéricas. Dentro de este proceso se encuadra la aparición de una verdadera arquitectura monumental y de la escultura, así como el enorme desarrollo que alcanzó en este período la orfebrería, el trabajo del bronce, la producción cerámica o las representaciones monetarias. El arte celtibérico es la consecuencia de un proceso de sincretismo, cuyos influjos formales provienen tanto de la tradición ibérica como de las influencias helenísticas y más tarde romanas, y, también, aunque de forma más aislada, de la tradición lateniense, poniendo de manifiesto su indudable originalidad en el mundo céltico. El arte celtibérico, al igual que el ibérico, era el producto de unos artesanos «al servicio de su sociedad, esto es, de sus estructuras sociales, de sus ideas y de su religión; en una palabra era una de tantas manifestaciones de su cultura» (Almagro-Gorbea 1986a: 504).